

Vida de Clara de Montefalco

Introducción

Béranger de Saint-Affrique –Berengario- es uno de la gran muchedumbre que, viviendo Clara de la Cruz y durante casi siete siglos de su muerte, estuvo fuertemente atraído por esta “pequeña grandísima mujer”¹.

Cuando Clara murió 17 agosto 1308), Berengario era desde hacía poco vicario general de la diócesis de Spoleto, engolfado en muchos problemas jurídicos y administrativos, así que, cuando el franciscano Pedro de Salomón, de Montefalco, dos días después de la muerte de Clara, le refirió que las monjas de S. Cruz propalaban –según él- de haber descubierto en el corazón de su difunta abadesa, los “signos” de la pasión de Cristo, ciertamente, –según él-, fruto de sus manipulaciones, el monseñor convocó personas expertas tanto de Spoleto como de Montefalco y se presentó en el monasterio, convencido de tener que infligir severos castigos a aquellas monjas que habían osado violar la ley, engañando al pueblo de Dios. En cambio, después de haber examinado las cosas e interrogado a las monjas junto con la corte de teólogos, juristas, médicos, etc., fue como “miraculado”, convirtiéndose luego en protagonista de todo el movimiento eclesial para la canonización. Pidió y obtuvo del obispo de Spoleto poder indagar la vida, los discursos y los milagros de aquella extraordinaria monja, declarada inmediatamente santa por el pueblo. Del proceso informativo empezó a escribir la “vida de la Beata Clara”. Luego, por mandato del papa intervino el cardenal Napoleón Orsini con una “*inquisitio*” más restringida y finalmente, entre el 1318 y 1319, se desarrolló el proceso apostólico, con la deposición de 486 testigos. A continuación, siempre por mandato del papa Juan XXII, todo el voluminoso material del proceso apostólico se resumió en lo que dio en llamarse la “*Relación de los cardenales*”.

De todo este material, hoy poseemos la “Vida” de Berengario, unas doscientas deposiciones del proceso apostólico y la “Relación de los tres cardenales”. Hay que añadir el notable número de pergaminos del archivo del monasterio de S. Clara, con respecto a la familia de Clara y a algunos aspectos de la comunidad de S. Cruz durante la vida y después de la muerte de la misma Clara. Por eso se dice que Clara de Montefalco es la santa más documentada del medioevo.

Clara es llamada “de la Cruz” y este apellido está centrada su espiritualidad. En realidad, su vida fue compleja, sobre todo por las fuertes experiencias diversas y en parte contrastantes, debidas a su personalidad espiritual y en una misionalidad realmente extraordinaria para una “reclusa”. En la dinámica de su vida espiritual y comunitaria podría hablarse de “conversiones”, en el sentido de una sucesiva y permanente totalidad de consagración a Dios y de dedicación al prójimo: por ejemplo, de la vocación eremítica a la monástica, y luego también a la eclesiástica y universal; de la inquietud a la paz vigilante; de la tentación del orgullo a la humildad evangélica; de la “dureza” a la benignidad; del silencio casi total al ministerio de la palabra.

¹ C. LEONARDI, en: MENESTÒ, *El Proceso de canonización de Clara de Montefalco*, p. XVI.

Me parece, escribe un teólogo, que el itinerario de santa Clara sea ante todo un camino de liberación y de libertad a través de una serie de fases en las que el designio misterioso de Dios quiso que alcanzara la estatura que le convenía en conformidad a la estatura de Cristo, fases en las que ha vivido sucesivamente una fuerte experiencia de oración, de contemplación, de penitencia, de ardor, de entusiasmo, de impulso (arroyo), de dedicación a Dios, que desde su infancia le han acompañado hasta la plenitud de su primera juventud, cuando Dios se mostraba a Clara como el deseo único a realizarse, como la fuerza por la que dejarse animar, como la meta en la que entrar en comunión. Pero Dios es Dios y no hay impulso humano por más generoso, entusiasta y fuerte que se, que pueda llevar a la contemplación de aquel que, -dice S. Juan-, habita en una luz inaccesible... Dios es Dios, es santo, es santidad y trascendencia. Y he aquí que entonces aquella a quien Dios había llamado a fijar la mirada en este Dios, en una contemplación sin sombras, en una comunión incondicional, es llevada por Dios mismo al desierto, como aquella de la que habla Oseas, no para hablarla al corazón, sino para probarla, para purificarla a través de un itinerario fatigoso de laceraciones, de angustias, de tentaciones, de pruebas de todo género, de soledad, de amarguras, de experiencias de alejamiento de Dios, de todo lo que Dios con un sabio designio suyo usa, cuando trata de purificar un alma para conducirla a las cumbres de la santidad y de la contemplación, hasta el día en que, tras once años de esta dolorosa travesía de tribulaciones, Dios ya no la hundió más en el abismo de la humildad, para hacerla entender que dentro de estas pruebas es indispensable la aceptación de la voluntad plena de Dios... Clara, en uno de los tantos momentos de éxtasis y de visiones, que no la habían abandonado incluso en los momentos de prueba, de tentación, de su tenaz, obstinada y gran fidelidad a Dios, entendió que era necesario revestirse de aquella voluntad de que se revistió Cristo, despojándose del fulgor de su divinidad y haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, para poder mirar a Dios en el esplendor del monte"²

La experiencia mística de santa Clara de la Cruz puede intuirse meditando estas sus palabras: "La vida del alma es el amor de Dios. Por el amor el alma se une a Dios y se hace una sola cosa con él, y tanta es la amistad de Dios al alma, y del alma a Dios, que lo que quiere Dios, lo quiere también el alma, y lo que quiere una tal alma, lo quiere Dios mismo. Por eso no hay que admirarse, si el alma, por el amor que tiene a Dios, está dispuesta a morir mil veces, antes que ser separada de Dios. Es más, la muerte misma, el dolor y toda tribulación le son dulcísimos". En su experiencia, "cuando Dios en la revelación del Cristo le pide la disponibilidad total para sigilarla con las señales de su pasión y de su cruz, ella que todavía estaba viviendo en la angustia y en la prueba, pronunció aquel sí generoso, total y sufriente, que la hace realizar el salto de calidad, rindiéndola enamorada de la espiritual belleza, es decir, haciéndola verdaderamente según su vocación, según su carisma: alma verdadera y decididamente contemplativa".

También por esto puede decirse que fue "una hija espiritual de S. Agustín, del que además desde 1290 profesó la Regla, en la que moderación y austeridad, interioridad y búsqueda del bien común, amistad franca y elevación constante hacia Dios, autoridad humildemente

² P. A. LOMBARDI, OSA. *Homilía sobre santa Clara*, Roma 1981 (manuscrito).

eficaz y fraternidad sincera, se funden en un todo, para crear aquel equilibrio inteligente, propio -por don de naturaleza y gracia -del obispo de Hipona"³.

"Clara -ha escrito otro autor- fue agustina, habiendo observado en plena madurez espiritual, desde 1290 en adelante, la Regla agustiniana... Es, pues, una mística que, en el cuadro agustiniano, revive algunos grandes temas espirituales, que fueron también los de S. Francisco"⁴.

Estos temas -en particular: descubrir a Cristo en el pobre, en el desheredado, en el enfermo- eran propios de la tradición cristiana, pero, como acaece a lo largo de la historia, en ciertos periodos se convierten en "teología" vivida como vocación, porque es Dios quien suscita santos carismáticos, que son precisamente su voz en la historia.

La lectura de la "Vida" de Berengario hay que hacerla poniendo particular atención en aquellas páginas o periodos en que él trata de explicar, de Clara, la espiritualidad y la enseñanza, respecto a la gracia, al camino en las virtudes, a la unión con Dios, al amor por la verdad, a la entrega y dedicación en bien del prójimo, etc., porque existe el riesgo de que todo ello venga al menos parcialmente sofocado por el mayor espacio dado a la narración de experiencias proféticas, de milagros y de "visiones" (no tanto tuyas como de otras personas respecto a ella). Entonces se puede intuir la santidad de esta "pequeña grandísima mujer"⁵ y desear conocerla mejor, o sea, en realidad, encontrarla personalmente y recoger este o aquel aspecto de su múltiple mensaje, que tiene por comienzo y por conclusión las experiencias de S. Pablo: "...en efecto, con vosotros decidí no saber otra cosa que Jesucristo y Jesucristo crucificado" (1 Cor 2,2); "Estoy crucificado con Cristo y ya no soy yo el que vive, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20).

ROSARIO SALA, OSA



³ P. A. TRAPÈ, OSA. "La espiritualidad de santa Clara de la Cruz", conferencia en el Augustinianum de Roma, 1981.

⁴ C. LEONARDI, en *obr. cit.*, pp.XIV-XV.

⁵ *Ibid.*



Vida de Santa Clara de la Cruz

Proemio

Clara, mujer de santa memoria, fue abadesa del monasterio de S. Cruz de Montefalco, de la diócesis de Spoleto. Cuando murió, yo era vicario general del obispo de Spoleto - entonces en Francia en la curia romana-, ocupado en causas eclesiásticas y enredos jurídicos⁶ Nunca había visto a aquella monja, ni me había preocupado de visitar su monasterio, además porque, siendo francés, no había estado nunca en la diócesis de Spoleto y sólo desde hacía poco había sido aceptado para el oficio de vicario.

Viniendo a conocer la gran fama de santidad de Clara y, después de su muerte, el descubrimiento de la cruz, el flagelo y los demás signos de la pasión de Cristo grabados en su corazón, y los muchos milagros que Dios hacía públicamente por su intercesión, pensé desarrollar una investigación sobre su vida y sus milagros, para que, con el pasar del tiempo, no se perdiesen ni el valor ni la cantidad de los testimonios, y la Iglesia romana pudiese disponer de suficiente material, en el caso que hubiere decidido instruir un proceso canónico.

Pedido consejo y obtenido el consentimiento de muchos religiosos expertos teólogos y también de más de veinte laicos peritos en derecho civil y eclesiástico, empecé un tipo de investigación y a formular artículos específicos⁷. Pero un día, alguno de mis colaboradores me reprochó el mezclarme en tales asuntos y no ocuparme con más celo de los intereses de la curia. Entristecido por semejantes reproches, la tarde del mismo día entré en la capilla de S. Juan contigua a mi cámara y allí comencé a reflexionar sobre la susodicha investigación y sobre los reproches recibidos. Y allí estaba de pié, casi en medio de la capilla, sin ningún apoyo, erguido ante el altar. La capilla estaba bien iluminada por muchas lámparas encendidas⁸.

De improviso vi tres esferas negrísimas, terribles y repugnantes, que avanzaban girando sobre sí mismas y a mi alrededor, hasta tocar y sacudir mis vestidos. Continuando muchísimas veces a venir del mismo modo, cada vez intensificaban más la tentación de inducirme a abandonar el trabajo iniciado. Progresivamente surgieron en mi ánimo muchas razones, cada una de las cuales me parecía suficiente para tener que suspender el trabajo y para destruir cuanto ya había hecho. Insinuándose en mi mente casi con la fuerza de la sugestión, me decían: “Tus colaboradores y los administradores de tu superior el obispo y el obispo mismo se escandalizan por esta investigación y no soportan con resignación que tú, ocupado en semejantes asuntos, descuides el tribunal judicial y los negocios temporales de la curia. También la curia romana, actualmente ocupada en las cosas temporales y en otras cuestiones mundanas, no presta atención a las cosas espirituales, si no proporcionan a

⁶ Berengario de Donadio, francés, oriundo de Saint Affrique, vicario general del obispo de Spoleto, Pedro Trinci, en los años 1308-1310.

⁷ Alusión al primer proceso *ordinario*, diocesano, iniciado el 18 de junio de 1309 y terminado el año siguiente; con un apéndice del 1315 sobre algunos.

⁸ Es la iglesia de Santa Eufemia, incluida en el palacio arzobispal de Spoleto, edificio del s. XI, todavía en buen estado, que tuvo también la titularidad de S. Juan y de Santa Lucía.

la vez algún beneficio material; las monjas del monasterio de Santa Cruz, por otro lado, son tan pobres que ciertamente no podrán afrontar los costes de este trabajo; es más, sólo con grandes dificultades y mendigando logran obtener lo mínimo para su sustentamiento. Además, tú mismo por esta tu solicitud te harás odioso al obispo y a otras muchas personas. Además ¿qué sacarás tú mezclándote en estas cuestiones que no conciernen a tu oficio? De verdad no estás obligado a indagar sobre estas cosas y si preguntas a tu conciencia, verás que puedes abandonarlo sin ofender a Dios. Es deber exclusivo de la Iglesia romana canonizar a los santos y examinar su vida y milagros. A propósito de ello, ¿te has olvidado acaso de que dos reyes de Francia, durante 40 años consecutivos, dedicándose con toda su potencia y poniendo a disposición sus inmensas riquezas, a duras penas lograron obtener la canonización del rey Luis, su predecesor, que brilló con tantos milagros?”⁹.

Por los contrastes de esta lucha quedé talmente postrado incluso físicamente que apenas podía sostenerme y, casi vencido por las tentaciones, me propuse interrumpir el trabajo, y quemar lo ya hecho, o destruirlo de otro modo, aquella misma noche sin más dilación.

Pero, en medio de aquella lucha, el Señor alivió mi mente y dije, sin quitar ni poner nada: “Señor Dios, te suplico me muestres tu voluntad, para que sepa qué debo hacer respecto a estas cosas. Tú, en efecto, Señor, sabes que ni por esta Clara, que no he visto nunca y no sé quien haya sido y ni siquiera por S. Pedro o S. Pablo o por cualquier otro santo por más grande que sea en la vida eterna, me ocuparía de tales cosas, si no estuviera convencido de agradar a tu voluntad”. Y he aquí, apenas he terminado de decir estas palabras, a mí, que como he dicho, estaba erguido de pié, se me apareció la virgen santa Clara, vestida de blanco con tiras moradas de lino entre la espalda y hasta los pies, como si fuese una dalmática diaconal con franjas adornadas de seda. Sus vestidos estaban cerrados por ambos lados, también ellos adornados con seda: parecía verdaderamente por los lados del vestido cosidos, que la virgen estuviera vestida con una dalmática diaconal. La cabeza y el cuello de la virgen Clara estaban cubiertos con un velo blanco y no se podía ver nada por atrás. En esa aparición la virgen no volvió nunca la cabeza, ni me dijo palabra alguna, sino que estaba arrodillada como orando, las rodillas y los pies cubiertos por el vestido, el cuerpo erguido y la cara vuelta hacia la parte derecha del altar: después de haber estado algún tiempo así, desapareció de mi vista. En el momento de la aparición de Clara, en mi mente -con una especie de unción espiritual y con grandísimo consuelo-, se me dijo: “¡He ahí a Clara!” En el mismo instante cesó la tentación, mi mente quedó pacífica y tranquila, y aquellas horribles esferas no se atrevieron más ni a aparecer ni a tentarme, es más, durante y después de la visión, mi alma se sintió invadida de dulzura espiritual e iluminada con tanta luz, que conocí la voluntad de Dios en este trabajo: es decir, que yo debía indagar sobre la vida y milagros de santa Clara, así como también sobre los signos de la pasión de Cristo y de la Trinidad encontrados en su cuerpo. Conocí también, en esa visión, que aquellas esferas habían sido demonios que me habían tentado y que con las repetidas apariciones habían renovado la tentación y los motivos para destruir el trabajo ya realizado.

Desde entonces comencé a indagar, examinando algunos testigos sobre las cosas comúnmente admitidas, si bien pocos sobre la mayor parte de ellas. De sus testimonios

⁹ Se trata de Luis IX rey de Francia (+ 1270), canonizado en 1297, por consiguiente 27 años después de su muerte, y no 40 como afirma Berengario.

compilé cuanto sigue, ordenándolo con la mayor precisión que supe, según el tiempo y la edad de Clara; y testigo es mi conciencia de que no añadí nada y que sólo escribí lo que depusieron los testigos. Más aún, cuanto fue recopilado de los testimonios, en cuanto pude y, salvada no obstante la substancia, lo sinteticé según el rudo estilo del que dictaba, no descuidando nada para conservar fielmente la verdad de los hechos y el significado original de las palabras.

Infancia y adolescencia

En Montefalco, poblado del ducado de Spoleto, vivió una virgen purísima, Clara de nombre y de belleza, pero clarísima por su vida virtuosa y por su ciencia¹⁰. Atraída por Dios, desde la infancia, hacia los deseos divinos, ya a los cuatro años se retiraba en cualquier lugar de la casa paterna y, estando sólo con la camisa en cualquier estación del año, repetía muchas veces las oraciones que entonces sabía. Pero tal vez porque en la casa paterna no tenía siempre la posibilidad de estar sola largo rato, iba o se hacía llevar a un lugar cercano llamado "Castellare", donde estaba la iglesia dedicada a S. Juan¹¹ y allí, olvidada muchas veces incluso por sus padres, sentía consuelos y ardentísimos deseos, aunque entonces, por su tierna edad, no supiese que eran experiencias espirituales. Además, ya en su infancia, frecuentaba la "cárcel" o "reclutorio" de su hermana Juana de santa memoria y de otras reclusas y allí sentía dulzuras y deseos espirituales como podía entonces¹². Adhiriéndose fuertemente a aquellas religiosas y deseando el estado religioso, escuchaba con mucha diligencia sus consejos y los ponía en práctica. Pero cuando ella iba al reclutorio, un demonio con la cara tapada se le aparecía con frecuencia bajo aspectos horribles, infundiéndole miedo. Clara, sin embargo, aunque había oído que aquel demonio quería matarla, no interrumpía su camino, convencida por inspiración divina de que no podía acercarse a ella ni ocasionarle algún daño.

El Señor manifestó a Clara todavía niña las experiencias que tuvo después y aun no pudiendo comprenderlas antes de que ocurriesen, sin embargo, según las iba viviendo, iba reconociendo que le habían sido preanunciadas.

¹⁰ El autor no dice nada de su familia. Pero por muchos documentos originales, conservados en el archivo del monasterio montefalquense, y por otras fuentes coetáneas, tenemos muchas noticias. El padre se llamaba Damián y la madre Jacobina. El primero murió mientras con su ayuda se estaba construyendo el segundo reclutorio, que luego se convirtió en monasterio. La segunda, una vez viuda, se retiró allí a vivir con las hijas y allí murió. Sobre el argumento, cf. S. NESSI, *La familia de S. Clara*, en *El proceso*, pp. 576-605.

¹¹ Esta era la antigua iglesia dada, en 1275, por el ayuntamiento de Monefalco, a los agustinos, los cuales entre 1279 y 1285 construyeron otra en su lugar, dedicada a S. Agustín. Berengario, entonces, dice justamente: "donde estaba", mientras en la *Relación de los tres cardenales*, posterior una veintena de años, puede leerse al respecto: "y ahora, cambiado el nombre, se llama de S. Agustín"

¹² En aquellos tiempos, en Montefalco, además del reclutorio llamado de "Damián" (el padre de Juana y de Clara) construido por interés del susodicho, en una pequeña parcela de terreno adquirida a propósito por un cierto Petronio de Chira (a lo largo de la vía Spoletina, en frente del hospital de los pobres del ayuntamiento, llamado de S. Leonardo), existían también otros reclutorios: el de Santa Catalina de Bottacio (en donde, en un segundo tiempo, Juana fundará el monasterio agustiniano), a lo largo de la misma vía, pero más cercano a los muros de Montefalco; el llamado "de Benita" (por el nombre de la fundadora), que luego se convertirá en un monasterio benedictino; y el "de las hijas de Feliciano", que bien pronto se unirá al precedente.

A los seis años Clara entró con gran entusiasmo en el reclusorio de su hermana Juana. Sintió por ello tanta alegría que durante una semana, perdido el apetito, no comió más que una manzana y un trocito de pan. Manifestaba, en efecto, tanta alegría que su entrada parecía obra de Dios. En el reclusorio se hizo discípula de santidad: seguía muy diligentemente las costumbres y acciones de Juana en mantener el silencio, en la custodia de los sentidos, en la asiduidad a la oración y en las otras buenas obras. Aunque no hubiese hecho profesión de obediencia, dado que el reclusorio no era todavía un monasterio con una regla, sin embargo obedecía totalmente a su hermana Juana y observaba, como si fueran de Dios, sus consejos y sus órdenes.

Juana, rectora del reclusorio, asignaba a Clara hacia media noche un lugar para la oración, la mayor parte de las veces junto a sí misma. Clara, perseverando en la oración, esperaba pacientemente la “vuelta” y la orden de la rectora y nunca se apartaba de aquel lugar hasta no ser llamada por ella. Pero la mayor parte de las veces sucedía que Juana se alargaba en éxtasis y por eso Clara no era llamada en el momento oportuno. Incluso tras esperar hasta después de tercia y alguna vez hasta después de nona, se volvía, pero sin moverse de donde estaba, aguardando a su hermana, raptada en éxtasis, como si fuese una estatua. Y la aguardaba sin querer comer ni alejarse, por más que las otras compañeras la llamaran con indiscreción para comer. Una vez que, por la insistencia de una compañera, tomó un huevo, hizo por ello gran penitencia.

Durante su infancia, a Clara, mientras oraba, se le aparecía con frecuencia la santísima Virgen con el niño Jesús bajo el manto, con el aspecto de la misma edad de Clara. El niño Jesús, exhortado por su madre, se acercaba a Clara, la cogía de la mano y le infundía maravillosos consuelos. Clara, que lo veía con sus propios ojos, quería cogerlo y jugar con él, pero el Niño escapaba volviendo a su madre y dejando a Clara en un gran deseo.

En el reclusorio era costumbre y orden de la rectora, que las reclusas observaran diligentemente el silencio desde la hora de las Completas hasta la hora Tercia del día siguiente. Clara, creyendo en su inocencia tener también que observarlo, dedicada exclusivamente a la oración, lo observaba rigurosamente. Si sucedía que, por enfermedad de Juana, estuvieren presentes su madre y el hermanito, no quería hablar ni siquiera con ellos. Si era llamada, respondía sólo: “Dios sea alabado”. Si le hablaban por más tiempo, callaba, pero realizaba los servicios pedidos. Si por un momento se le escapaba la lengua, violando el silencio, se retiraba a un lugar escondido y hacía penitencia: en el invierno, cuando la temperatura era gélida, movida de contrición, castigaba su cuerpo metiendo los pies y parte de las piernas en una vasija y estaba así en el hielo hasta haber recitado cien veces el “Padre nuestro”.

Una vez, siendo todavía niña y absteniéndose siempre de carne, le fue impuesto por Juana comer el pedacito de carne que le había dado, pero Clara por amor a la abstinencia lo tiró; cuando luego cayó en la cuenta de haber desobedecido, lloró amargamente.

Ya de niña, aborrecía tanto los embustes, que en todo el resto de su vida jamás pudo comprobarse que dijera una mentira. En el caso en que, engañada por motivos razonables y por conjeturas verosímiles, dijere algo diverso de como había sucedido, puede tenerse por verdadero que nunca habló en contra de su conciencia.

Siendo todavía niña, si deseaba algo sabroso para comer, se reprendía así: “¡Cuerpo miserable, no saborearás eso que deseas!” Un día, que estaba mala, le asaltó el deseo de comer “casciata” [de Cascia]. Entonces se llevó a la boca y comió una corteza vieja de pan. Pero la benignidad de Dios trasformó el sabor natural del pan viejo en óptimo sabor a “casciata”, tanto que Clara no recordaba de haberla comido nunca así de buena. Desde entonces ninguna dulzura de alimento sedujo más el deseo de Clara, ni volvió a tener deseo de comer una cosa más que otra¹³.

Llegada a la adolescencia, la virgen Clara comenzó a dominar el cuerpo con el freno de la austeridad y, mortificándose con innumerables disciplinas, enflaqueció tanto que Juana y las otras compañeras se maravillaban de cómo pudiese soportar una tal penitencia. Alguna vez, en efecto, encontraban la cuerda, con la que se disciplinaba, desfigurada y cubierta de sangre, por lo que Juana, que, como ya se ha dicho, desempeñaba el oficio de rectora, llena de compasión por Clara, la reprendía por tales excesos. Pero Clara apenada, porque Juana y las otras compañeras habían llegado a saber estas cosas, cambiaba con frecuencia los medios con los que disciplinaba su cuerpo y, escogiendo los momentos más aptos, cogía a escondidas el manto de una de las compañeras para cubrirse, de modo que si Juana a causa de la diversidad de tiempos, de los golpes y del manteo, hubiese ido a buscarla, no pudiese reconocerla. Por lo demás Clara persistía asiduamente en la oración y, además de las acostumbradas, cada noche habitualmente hacía mil genuflexiones, según la costumbre común, besando mil veces el suelo y extendiendo los brazos en forma de cruz¹⁴. No descuidaba las horas canónicas según el modo de las religiosas iletradas y practicaba devociones particulares en honor de la bienaventurada Virgen María y de muchos otros santos y santas, sobre todo de las vírgenes.

Juana y sus compañeras servían al Señor en total pobreza. Nada tenían y nada pedían, viviendo paupérrimamente de las ofertas espontáneas y no buscadas. Si a Clara se le daba pan y otros alimentos en una cierta abundancia, no guardaba nada, sino que se lo daba a los pobres, reteniendo para sí sólo lo que consideraba estrictamente necesario para una sola comida. Acogía con reverente humildad los mandatos de la rectora respecto a los servicios, pero incluso sin el mandato explícito, queriendo obedecer más a la intención que a la voz, cuando era urgente hacer algo útil, lo hacía devotamente sin aguardar a que lo hiciera otra o a la orden; si luego otra hubiese comenzado a hacer ese trabajo, Clara la ayudaba con deferencia. Hacía los servicios de la cocina y limpiaba con las propias manos, por desprecio a sí misma, los lugares donde se retiraban las monjas para sus necesidades corporales. Amaba, en efecto, despreciarse a sí misma por el impulso profundo de la humildad que la inducía a semejantes cosas. Si a una de las religiosas le imponía la rectora una penitencia, Clara hacía con ella la misma penitencia. Durante la práctica de estos servicios tenía el corazón continuamente dirigido hacia Dios. Se maravillaba mucho de cómo una persona

¹³ Sobre la “casciata” cf. G. GARAMPI, *Memorias eclesiásticas...de la B. Clara de Rimini*, Roma 1755, p. 213; consistía en una especie de pizza hecha con añadiduras de huevo y queso, como se confeccionan en Umbria hoy día, especialmente durante el tiempo pascual

¹⁴ Esta era una práctica piadosa, típicamente benedictina y en particular avellanita; cf. al respecto : H. HOSTE, *Aelred de Rievaulx et la dévotion médiévale au Crucifié*, en “Collectanea Cisterciensia”, 29 (1967), pp. 37-43; G. PENCO, *La oración en forma de cruz*, en “Vita monastica”, 21 (1967), pp. 131-136; P. PALAZZINI, en *S. Clara de Montefalco y su tiempo*, cit. pp.389ss.

pudiese rehusarlos y afirmaba que en el trabajo la oración y la devoción no disminuían, sino más bien aumentaban.

Soportaba las propias enfermedades con paciencia, es más, con acción de gracias y con gran alegría. Si luego sucedía que enfermase una de las religiosas del reclusorio, Clara sentía tanta compasión que sufría y estaba angustiada ella más por la compasión que la enferma por la gravedad del mal. A las enfermas se ofrecía disponible para todas sus necesidades, sin repugnancia para los servicios más íntimos y viles.

No satisfecha con los vestidos de lana de las religiosas, llevaba un cuero de cerdo o una malla de crines de caballo, llamada “pelengolo”, en contacto con la piel, alternando, el uno o el otro, para el cambio. Se cubría después con un escapulario solo y una sola túnica, sin ninguna otra cosa, aunque oprimida por el frío, sino cuando tenía que tomar medicinas o ya en edad avanzada, pero sólo durante las enfermedades: entonces se ponía también una sotana remendada y sin valor que ella misma se había confeccionado con retazos despreciables y de deshecho. Tenía solamente un manteo o clámide que usaba sobre todo cuando iba a hablar en la grada.

Andaba descalza y tan raramente usaba calzado, que si se unieran en un solo tiempo los periodos en que lo llevó, sería tan breve que no habría gastado ni siquiera un par de los más endebles.

No reposaba en cama alguna, pero se aplicaba asiduamente a la oración y en el poquísimo sueño que se concedía no quería si caso ni paja, porque pensaba que al cuerpo le bastase sentarse sobre el frío suelo y alguna vez sobre un poco de paja: se apoyaba en una pértiga, que estaba plantada en su pequeña celda o si no al máximo dormía un poco apoyada en una tabla.

Clara parecía sobrepasar la frugalidad en la comida y la bebida más allá de las fuerzas de la fragilidad humana: raramente y en mínima cantidad comía carne, pescado u otros alimentos agradables al cuerpo o condimentados. Se contentaba con tomar un poco de pan y agua una vez al día, habitualmente después de la hora nona y con frecuencia después de las vísperas; lo cubría, así empapado, de tierra y ceniza y luego lo comía considerándolo bueno así. Decía que si el cuerpo pudiera sustentarse sólo con paja, no habría tomado más alimento que paja. Por eso, alguna vez no tomaba en la jornada más que un panecillo del valor de un dinero cortonés; alguna vez poco más o menos la mitad; y alguna vez no comía nada en todo el día. Cuando después, en alguna fiesta o en el domingo o en otra ocasión, quería recrear un poco el cuerpo, tomaba sólo tallos de vid, de zarzas o brotes de otras plantas, o hierbas, o también -lo que le parecía un grande reposo- alubias secas o, más raramente, puestas a remojo con pan. Si alguna vez tomaba un alimento cocido, habitualmente lo comía sin condimento y sin sal o le echaba agua o lo volvía insípido de otro modo. De estos alimentos o semejantes comía en escasa cantidad.

Además, para hacer penitencia más libremente, deseaba con todo ardor, si hubiera sido posible con honestad, de hacer vida eremítica e ir en compañía con una santa mujer, de

nombre Inés, que se decía viviese como eremita en el monte Cucco¹⁵. Y hubiera realizado semejante deseo, si no hubiese pensado en su honestidad, que incurriría en excomuni3n, saliendo del reclusorio. Este modo austero de vivir, Clara lo observ3 durante la adolescencia y la juventud, no s3lo en el reclusorio, sino tambi3n en el monasterio constituido despu3s, hasta que se vio tan empeorada por las enfermedades, que resfriado el est3mago y debilitado todo el cuerpo, por consejo del m3dico, por mandato del confesor y por obediencia a la rectora, fue necesario que mitigara la austeridad. Pero s3lo con gran dificultad fue posible obtenerlo, al menos en parte. En efecto, incluso despu3s de esta mitigaci3n, se qued3 al borde de la abstinencia, con una sola comida y en peque3a cantidad; vino beb3a tan poco, y adem3s aguado, que apenas llegaba a una taza de un tercio de litro y ni siquiera llena, o sea, menos de una “foglietta”¹⁶; le bastaba para toda la semana. Durante tal enfermedad rar3simamente com3a pocos trozos de carne y a duras penas permit3a que le preparasen para cama un sac3n o paja.

Este modo de vida lo observ3 tan moderadamente y tan ordenadamente mantuvo el deseo de comer, que ni la variedad de alimentos ni los delicados sabores de cuanto a veces les ven3a ofrecidos, la removieron de la firmeza de su prop3sito. Aceptando sobriamente las cosas delicadas y agradables sin alguna avidez y tolerando las ins3pidas y desagradables, para mantenerse tomaba s3lo una parte de un solo alimento entre los que le daban.

Present3ndose en el reclusorio cualquier persona, sobre todo si era hombre, para hablar con la rectora Juana o con Clara, entonces jovencita, 3sta yendo al locutorio, teniendo el rostro detr3s del muro o interponiendo entre s3 y la persona externa un pa3o a la ventana, ten3a gran cuidado de no ver ninguna persona, ni laica ni religiosa y de no ser vista. Cuando ven3a alguno de sus familiares Juana quer3a inducir a Clara a no esconderse al menos a la vista del hermanito, sino hablarle a la ventana, despu3s de haber quitado el pa3o. Pero la pur3sima virgen Clara, que quer3a conservar sin mancha la honestidad de la mente y del cuerpo, bajando los ojos y el velo de la cabeza, se envolv3a en el manto muy cuidadosamente y as3 incluso al hermano le dec3a con brevedad pocas cosas, sin asociarse en ning3n modo a las risas o a las vanas conversaciones, sino m3s bien con voz tan queda que a duras penas se la o3a al exterior. Reprendida alguna vez por la hermana, porque se escond3a del hermano, incluso cuando se hizo religioso, Clara se justificaba diciendo: “Podemos tambi3n hablarnos sin vernos”.

Una noche, pasada la hora matutina, Clara golpe3 una pandereta. Al ruido acudieron Juana y algunas religiosas, encontrando a Clara bien derecha de pie, pero muy cansada. Despu3s de haberla ayudado le preguntaron qu3 la hab3a sucedido. Clara respondi3: “He visto a demonios que quer3an obstaculizarme”. En efecto, con frecuencia demonios sol3an poner obst3culos a Clara en las buenas obras, por eso las religiosas corr3an en su ayuda cuando sent3an tales cosas.

¹⁵ Monte Cucco (mt. 821), en el territorio de Giano en Umbria, no muy lejos de Montefalco. En el pasado, err3neamente, se individuaba en Montelucio de Spoleto

¹⁶ La *foglietta* es una medida t3pica local, todav3a en uso en el lenguaje vulgar hasta el 3ltimo conflicto mundial, equiparable al cuarto de litro.

Un día el diablo golpeó a la ventana del reclusorio y con sus golpes la abrió. Una de las reclusas comenzó a reírse y como a burlarse. El diablo dijo: “Por este escarnio no voy a darte las gracias ciertamente”. Pero Clara entendió las palabras del demonio y, después de un cierto tiempo, se las refirió a las religiosas jóvenes como enseñanza, mientras las reprendía por las risas y las conversaciones vanas. No dio a entender, sin embargo, quién había sido la que entonces se rió.

Un día que las reclusas debían recibir devotamente el Cuerpo de Cristo, habiendo Juana y las otras recibido la comunión de la mano del sacerdote, Clara que estaba absorta en la oración alejada de las demás, llamada por una de ellas para la Comunión, olvidada de sí misma por el fervor de la oración, se acercaba sin manto. Viéndolo Juana la reprendió así: “Vete, no quiero que comulgues”. Oyendo estas palabras, Clara cayó en la cuenta de que estaba sin manto y sintió un grandísimo dolor y, vuelta a su celda, lloró amargamente. Y he aquí que, mientras oraba aún cubierta de lágrimas, se le apareció Cristo y, besándola, le dio la Comunión y la dejó profundamente consolada.

En el segundo reclusorio

Entre tanto, mientras Clara perseveraba con fervor de espíritu en la vida austera iniciada en el reclusorio y continuada después en el monasterio, se piensa que la rectora Juana, mujer de admirable santidad, recibiera una respuesta de Dios: a continuación lo demostró con la palabra y la acción abandonando el susodicho reclusorio y transfiriendo con las otras religiosas a la morada que la divina providencia les había dispuesto. Por Dios le fue también indicado el lugar donde fundar el monasterio: en una revelación vioalzada una cruz de maravillosa belleza y alrededor de ella una comunidad de santas religiosas. Habiéndose, pues, -según el mandato divino- transferida con sus compañeras sobre una altura, cercana a la entrada de la puerta del castillo, a una casa que en aquel año por la pobreza no pudo terminar, algunos adversarios se opusieron con todas sus fuerzas a la construcción de monasterio¹⁷. Un día que un tal más que los otros amenazaba con violencia a Juana, a Clara y a las demás religiosas y las colmaba de injurias, intervino un amigo de ellas, que le reprendió ásperamente y respondió con injurias a las injurias. Clara, sintiendo gran compasión por su adversario, sufría porque éste injuriase a su enemigo y se entristecía de que alguien fuese injuriado por causa de ellas. Estando ya en la casa no terminada y no cubierto aún la mitad del techo y sufriendo el frío invernal, Clara sentía más pena por las necesidades de las otras que por las suyas y cubría con su manto ahora una, ahora a otra de las compañeras, dándoles sus vestidos y quedándose ella sólo con una túnica.

Ordenada la casa de alguna manera a modo de monasterio, aunque aún no se hubiera obtenido una Regla, y dado que las mujeres no tenían ni el necesario para comer, por la necesidad urgente, hubo que confiar a algunas el encargo de mendigar el pan de puerta en puerta y de desarrollar la tarea servidoras para las necesidades urgentes. Clara se ofreció

¹⁷ Sobre esta oposición, sostenida por el ayuntamiento de Montefalco, pero dirigida por los frailes menores en defensa del monasterio de Santa María Magdalena, que ya existía desde el 1269 más o menos, a una distancia cercana de apenas un centenar de metros, pero dentro del cerco de los muros, cfr. *El proceso*, test. De sor Marina, p. 115

voluntaria y pidió humildemente de ser elegida como sierva en todos los servicios. Habiendo recibido, tras repetida insistencia, el encargo de servidora, cuando legaba la hora de mendigar el pan, exultaba de júbilo. De ordinario precedía un tanto a la compañera que le había sido asignada y donde podía probar mayor vergüenza allí es donde de ordinario en voz alta pedía el pan teniendo descubierto el fardel. Mas, para que con ocasión de ir por ahí vagando, la irreprochable pureza profundamente radicada en Clara desde la infancia no pudiera perderse por el desenfreno de los sentidos, y para esconder más radical y ocultamente su belleza física, que ella consideraba como vergonzosa, en el desarrollo de este servicio cerraba de tal manera el manto que por el rostro y el cuerpo así cubiertos no pudiese ser reconocida. Recibida la limosna se arrodillaba humildemente y decía “Deo gratias”, con voz tan alta que pudiese ser entendida por todos. A pesar de ello en el andar se cuidaba talmente de la vista de los hombres, de no mirar a ninguno y de no ser vista por ninguno de ellos. Llevaba los ojos bajos hacia tierra y escondía el rostro y las manos bajo el manto.

Después de algún tiempo, dado que Clara tenía con frecuencia raptos de éxtasis incluso durante estos servicios la rectora Juana, con el consejo de las otras religiosas, ordenó que Clara no se ocupara más de tales servicios. Por su humildad Clara se opuso por mucho tiempo con muchas lágrimas, pero luego por el valor de la obediencia consintió devotamente y a partir de entonces permaneció siempre recluida en el monasterio hasta la muerte¹⁸.

Durante una visión, Clara tenía en sus manos ante sí un hermosísimo cordero con la cara de niño, cuya lana era más blanca que la nieve y más suave que la seda, siendo gracioso en todo. El cordero la miraba a la cara y Clara sentía indecible dulzura y amor que emanaban del cordero y de sus ojos. Luego el cordero bajó en una fosa profunda en la que estaba erigida una vara altísima. El cordero estaba erguido y como sosteniéndose en la vara, gritaba: “Vosotros los que os sentáis a las pingües mesas, volveos a mirar al cordero que llevó la cruz!”.

El marido de una mujer difunta, deseando con una cierta simplicidad conocer su estado, un día se encomendó vivamente a Juana. Clara, acompañando en aquel momento a su hermana, presencié semejante recomendación y, movida a compasión, vuelta a su celda, suplicó al Señor por la mujer de aquel hombre. E inmediatamente por revelación divina vio que soportaba gravísimas penas en el purgatorio. Clara, sufriendo intensamente con ella, tuvo la respuesta de cómo el alma sufriente de aquella mujer podía ser ayudada. Vuelta a la ventana, en la que el hombre estaba todavía hablando con Juana de su deseo, llamó a parte a la hermana y, tras haberla referido las penas dolorosas de la mujer, añadió que el hombre- como le había sido revelado- podía ayudarla, dando ciertas limosnas a ciertas personas que nombró. En realidad, no quería hacerse ver por aquel hombre ni revelar que había tenido una visión. Muchas otras veces sucedió que Juana recomendaba a las religiosas en general una situación o una persona y Clara tenía la respuesta del Señor.

Ya en su adolescencia fijaba talmente la mirada de su meditación en la crudeza de la pasión de Cristo que la mayor parte de cuanto conocía por los sentidos lo refería

¹⁸ Semejantes salidas de la clausura, para pedir limosna, deben considerarse como hechos excepcionales, ligadas a algún momento particularmente difícil de máxima penuria de medios, que no hay que generalizar

mentalmente a los sufrimientos de Cristo. Mientras estaba a la mesa para comer, refería mentalmente el alimento sólido a la esponja, la bebida al hiel y vinagre, las lámparas a los ojos de Cristo y así las demás cosas necesarias para la diversidad de servicios, a la pasión del Señor. A causa de la meditación continua estaba tan unida a la pasión de Cristo y tan llena de compasión, que de sus ojos se veían correr riachuelos de lágrimas. Por eso, sintiendo vergüenza de tanto llanto y no queriendo propalar la causa, para poder tenerlo escondido con más dignidad, raramente quería sentarse a la mesa o en cualquier otro sitio donde estuviesen las demás religiosas, pero dedicándose con prudencia a los servicios de la mesa o a otros, vuelto el rostro, se secaba los ojos o escondía de otras maneras, según le era posible, las señales de su dolor. Además, para compadecerse más con Cristo, deseaba ardientemente que el Señor la revelase el hecho, el modo y el desenvolvimiento de la pasión. De hecho, se había acostumbrado a pedir de vez en cuando al Señor algo particular y el Señor la escuchaba plenamente, porque tenía tanta fe que creía, que cuanto pidiese al Señor, lo habría obtenido, aunque le hubiera pedido la resurrección de un muerto. Sucedió, pues, que un día, mientras la virgen Clara se hallaba inflamada en un tal deseo, Dios le manifestó su pasión. En el instante de aquella revelación, vio a Cristo que pendía de la cruz sobre un monte y al pie de la cruz su madre en lágrimas y una gran turba que hacía mucho tumulto y las demás cosas que acontecieron en la pasión de Cristo, así que por el Señor le fueron revelados y mostrados el modo completo y el desarrollo de su pasión. Igualmente le fue confirmado por revelación divina haber visto y que le había sido mostrado todo lo que había acaecido en la pasión de Cristo como si hubiera estado presente en persona a los pies de la cruz en día de la crucifixión. Permaneciendo con frecuencia en tal visión, se unió de tal manera a la pasión del Señor que a menudo sentía en sus miembros un dolor inexplicable. No distinguía en absoluto los sabores de la comida y de la bebida: todo le era insípido y amargo como si tragase la bebida que Cristo había recibido en la cruz.

Sucedió un día que, mientras Clara charlaba en la celda con una compañera y discutían juntas sobre la pasión de Cristo, Clara le relató la susodicha revelación y añadió: “Lo que se pida con afecto, Dios lo concede rápidamente y yo tengo bastante experiencia”. En efecto, creía que Dios actuase con todas como con ella. Su compañera le dijo: “Sé que yo no soy una con las que Dios haga mi voluntad”. Oyendo esto, Clara se consideró alguien, como repetía ella misma con gran dolor algún tiempo después. Y desde aquel momento le fueron sustraídas —en gran parte— la grandeza de las revelaciones y la elevación de las frecuentes visiones en once años, durante los cuales no pudo tener paz en la mente, sino continuamente un durísimo conflicto de tribulaciones. Por lo que, además de la austeridad de la acostumbrada penitencia, se privaba del alimento y al trabajo añadía las disciplinas renovando otras expiaciones corporales. Por todo ello llegó a un tal agotamiento y a una debilidad tal que el alma de Clara sostenía el cuerpo como si no fuera suyo, casi como si fuera un vestido o el cuerpo de otro no unido a su alma: a duras penas lo sentía como propio. Esto llegó a tal pérdida de fuerzas que, enfriado por no tener más el calor natural, que a duras penas habría sentido en su interior o en otras partes el calor, aunque en el exterior o en otras partes se le hubiera quemado.

Durante semejantes tribulaciones, una noche Clara se vio puesta como diana de dos que querían golpearla con tiros de ballesta: uno disparaba los vicios y el otro las virtudes. Asustada por semejante visión, Clara quería esquivar el conflicto y volvía el rostro para no

ver las flechas del vicio. Comprendió, sin embargo, que no podía esquivar el conflicto, porque si no hubiera visto los vicios y mantenido el conflicto de los arqueros, no habría podido tener la luz plena ni volver a aquella limpieza que había tenido en el pasado. Lanzando los arqueros las flechas hacia Clara, se lanzaba primero contra ella la flecha del vicio, o sea, el vicio mismo. Inmediatamente, sin embargo, de la parte opuesta se lanzaba la flecha de la virtud con todas sus propiedades, es decir, la virtud contraria a aquel vicio. Y así todos los vicios y todas las virtudes a ellos contrarias, uno a la vez respectivamente, en todas sus especies y con todas sus propiedades, fueron lanzados por los arqueros contra Clara en aquella visión. Sin embargo, durante la visión Clara comprendió que la virtud rechazaba continuamente el vicio y que los vicios no la tocaban en lo más mínimo, sino que, perdido todo impulso, caían por tierra. En cambio, las virtudes con sus propiedades, rechazado el vicio, permanecían en ella.

En este conflicto recibió tanta ciencia y doctrina que, a quien la hubiese preguntado, habría podido responder exhaustivamente sobre los vicios, las virtudes y sus propiedades o sobre cualquier otra cosa: de hecho, aquella visión fue para Clara una escuela admirable, en la que aprendió una altísima doctrina. Por eso deseaba ardientemente encontrar a alguien con quien dialogar con sutileza y profundidad sobre tales cuestiones. Era también consciente que de cualquier cosa que se tratase —hasta, por poner un ejemplo, de un ramito de encina— habría sabido dar —con diversos procedimientos— tantas explicaciones y sacar tantos conocimientos y por consiguiente elaborar tantos discursos, que habrían podido escribirse muchos libros. Y sin embargo, incluso después de tales visiones y después de haber recibido tal alteza de conocimientos, puesto que no tenía la luz habitual en las revelaciones ni la paz en el corazón, pidiendo consejos a los frailes menores y a sus otros confesores, indicaba la causa de su tribulación, acusando la propia vileza y la propia miseria. A tan profundas palabras, algunos de sus confesores interiormente conmovidos, mejoraban sus condiciones, otros la alababan muchísimo por su santidad y otros admiraban sus conocimientos y la sutileza de su ciencia. Pero Clara en ninguno podía encontrar la respuesta a su deseo, y así todos aumentaban los motivos de su dolor. Se consideraba pésima y rechazada por Dios y en cierto modo desesperada. Por eso, después de la confesión, más triste que antes y llorando amargamente, volvía a su celda y de dolor le parecía que iba a morir, porque no encontraba quien la aconsejara o, al menos, alguien que creyese en la vileza que ella pensaba y afirmaba tener. Además, no quería confesarse más con el confesor que la alababa; por eso cambiaba de confesor con frecuencia.

Transcurridos los once años que duró dicha tribulación, un día hacia la hora tercia se le apareció a Clara un hombre que tenía una lámpara de aceite encendida y en la mano una gavilla de paja. El puso la paja sobre la llama, pero no lograba ardiera. Clara, admirada de que la paja no ardiese, sintió una voz que le decía a aquel hombre: “Empapa la paja en el aceite y arderá fácilmente”. Y así sucedió. Clara, vuelta en sí, comprendió clarísimamente el significado de la visión: la paja de su deseo debía estar empapada en el aceite de la humildad. Por eso, desde aquel momento, se sometió completamente a la voluntad divina y se consideró totalmente una nulidad, igualmente contenta, la quitase o no la quitase Dios aquella tribulación. Habiéndose ofrecido no sólo a ésta, sino también a otras tribulaciones más graves, según la libre disposición de la voluntad divina, recibió paz, consuelo y luz mucho más de cuanto había tenido antes. Dios, no sólo la volvió al estado anterior, sino que

la elevó a uno más alto. Por la abundancia de gracias no perdió el desprecio de sí, ni la humildad que había tenido durante el conflicto.

A continuación tuvo también una forma de visión de la Trinidad más elevada de cuantas había tenido precedentemente. En ella vio a Dios trino en las personas y uno en la sustancia y esencia de Dios en la gloria infinita. Además, durante tal visión sentía tanto deleite y tal plenitud de gozo, que si Dios la hubiese preguntado: “¿Quieres otra cosa?”. No habría sabido ni pedir ni querer otra cosa. Aunque de esta última visión Clara había hecho una referencia mucho más amplia, la mente obtusa del confesor no pudo ni retener ni comprender sino que la susodicha visión de la Trinidad no anulaba las precedentes, pero que Clara tenía precisamente esta visión y que por semejante luz no perdía la que de dios había tenido antes. Además, Clara tuvo la certeza de que había tenido durante tanto tiempo aquellas tribulaciones para elevarse a mayor virtud. En efecto, todo aquel periodo, desde el tiempo de la visión de los arqueros, había existido en ella como una guerra espiritual, una especie de conflicto entre los vicios y las virtudes.

En el mismo periodo, un día Clara vio en espíritu muchos árboles cercanos unos de otros, alguno de los cuales superaba a los demás en grandeza y en altura. Ella estaba en uno de los más grandes. Pero, puesto que le parecía que se podía llegar hasta ella y ponerla obstáculos, se trasladó a otro más alto: viendo que aún era posible acercársele, no se sentía satisfecha, ni segura. Estando en esta consideración, fue elevada por encima de todos los árboles y puesta en un lugar tal, que la separaba de todas las cosas terrenas y la daba seguridad, por lo que no tenía ya nada que temer.

Erección del monasterio / Clara abadesa

Con el pasar del tiempo, ordenado un poco el lugar, en que se había construido para convertirlo en monasterio, la rectora Juana y las otras religiosas pidieron al obispo diocesano una de las reglas aprobadas.

Tras una discusión entre ellas acerca del título que había que dar al monasterio, Juana declaró que se le impusiera el título de Santa Cruz, relatando la visión, que ella había tenido del Señor, de la que ya se habló antes. Confortadas por este hecho las religiosas unánimemente obtuvieron del obispo diocesano la Regla más moderada, es decir, la del Beato Agustín y como título del monasterio el de “Santa Cruz”. Ordenada la comunidad monástica y elegida abadesa Juana, que era antes la rectora, Clara observaba la obediencia a ella tanto más diligentemente cuanto más se consideraba obligada por la profesión que había hecho, aunque la hubiese observado regularmente también antes¹⁹.

Una vez se le apareció a Clara un joven espléndido que llevaba en la cabeza una corona de flores, que él puso en la de clara en señal de esponsalicio.

¹⁹ La petición dirigida al obispo diocesano, con el “consentimiento unánime” y tras la “discusión” entre las religiosas, deja intuir fácilmente que la elección de Regla agustiniana debió incumbir a la comunidad misma, más bien que al obispo otorgante. Se conserva en el archivo del monasterio el diploma episcopal relativo, 10 de junio de 12290 (ed. S. NESSI, 1981)

Pasada Juana, por voluntad del Señor, a la otra vida, Clara, afligida según la naturaleza humana, reflexionaba no obstante más intensamente sobre el estado de la hermana difunta. Al tercer día, hacia la hora matutina, permaneciendo en semejantes reflexiones, vio firme sobre su cabeza una antorcha grande como una viga gruesa. Estaba encendida y refulgía con fuerte luminosidad, porque era muy grande su llama. Segura por ello de la salvación de su hermana, sintió tanta alegría y conformó talmente su voluntad a la del Señor, que si hubiera podido volver a su hermana a la vida terrena, no lo habría hecho jamás. En la misma visión, de hecho, le fue dada por el Señor una luz intelectual por la que conocía a los buenos y a los malos y a cada uno en su condición de malicia y de virtud. Entre tanto también Juana se le apareció a Clara, quien la preguntó, diciéndole: “Juana, ¿no estás muerta?” Y Juana: “No fue muerte la mía, sino paso a la vida”.

Después de algunos días, Clara fue elegida abadesa. Se convirtió en espejo y en norma de santidad e instruía con el ejemplo y la doctrina a las monjas a ella confiadas sobre cómo debieran progresar en el amor, proponiendo como fundamento del edificio espiritual la humildad. A su enseñanza añadía que, para conseguir la perfección en la virtud, es útil el trabajo y el ejercicio del cuerpo, aunque sean más útiles y eficaces el trabajo de la mente y su elevación a Dios. A la perfección de la virtud, en efecto, no se puede llegar, sino a través de la austeridad de la penitencia y del trabajo: y el trabajo del cuerpo dispone la mente y la fortifica para la virtud. Por eso decía a las jóvenes, sobre todo cuando fue avanzando en edad: “Si yo tuviera un cuerpo como el vuestro, no me acostaría nunca en la cama”. Con éstas y otras palabras les exhortaba a la penitencia.

Ella tenía, en la elocuente exposición de su doctrina, la admirable capacidad de arrastrar a la comprensión de sus discursos las mentes, incluso las más obtusas, de los oyentes y, por la fuerza del espíritu que hablaba en ella, las encendía, por más frías que fueran, con el fuego de la dulzura divina, de modo que cuantos la escuchaban no se cansaban nunca, ni se sentían jamás hartos de sus discursos. De ella, en efecto, parecía salir un fuego que inflamaba los ánimos de los oyentes, destilando dulzura espiritual, por la que, después de haberla escuchado, se iban de allí colmados de ardientes deseos espirituales. Se sentían realmente satisfechos, porque el hablar de Clara, como si fuera un agua celestial, saciaba maravillosamente los ánimos, pero era una saciedad que producía una sed y un hambre mayor. Sus palabras, realmente, parecían palabras de vida eterna, palabras vivas, palabras penetrantes, conformes a la Sagrada Escritura, sacadas de la fuente del agua viva que salta hasta la vida eterna. En el fervor de las palabras divinas, encendía a los demás y se encendía a sí misma en el fervor del espíritu. Con frecuencia mientras hablaba a las monjas o a otras personas, tenía un arrebato: improvisamente perdía las fuerzas físicas, estando sentada y rígida como una estatua, la mayor parte de las veces manteniendo un color roseo, y así permanecía absorta en el fervor de su reflexión.

Aunque Clara no fuera mujer instruida, sin embargo, la grandeza de su capacidad para comprender las Escrituras y cuánto ardor divino de amor hubiese en su alma, lo demostraba eficazmente con la ejemplaridad de su vida y con la enseñanza de su doctrina, a cuantos se le acercaban. Cualquier discurso de los doctos parecía un nada en parangón con sus palabras. Por encima de las posibilidades del entendimiento humano comprendía las Escrituras, con tal agudeza que, de cualquier cosa, aunque mínima, hacía maravillosos

discursos con profundísimas expresiones. Y ella, que, antes de la muerte de su hermana, hablaba raras veces y muy brevemente, ahora, en virtud del encargo recibido, instruía a las hermanas con propiedad y con frecuentes enseñanzas.

Una santa monja de Spoleto, una noche de Navidad, vio improvisamente, refulgente de admirable esplendor, el cielo abierto y descender de él como una tromba (trombón) de oro, de color semejante al fuego, enviada a Clara por el Señor. Ella la vio descender del cielo realmente y toda recogida posarse junto a clara,

Una tarde, casi un año después de la muerte de Juana, mientras Clara, en el claustro del monasterio, exhortaba a las monjas a obras de perfección, una columna roja como fuego y resplandeciente, alta como un hombre, pero sin tener sus contornos, se paró delante de Clara. Con el color rojo se mezclaban otros colores que decoraban la columna. Tras haber estado algún tiempo elevada ante Clara, desapareció, in fundiendo en las monjas presentes una unción espiritual. Las monjas que estaban en el claustro vieron la forma delante de Clara, mientras que las otras de la casa sólo el resplandor.

Otra vez, mientras Clara se disponía para tener el capítulo, una esfera grande como la luna, bella y fúlgida como el sol, pasó delante de ella. En esta visión Clara se transformó en el color de la esfera y, volviéndose toda roja y esplendente por el arrobamiento que siguió, aquella noche no pudo tener el capítulo.

A mí, que escribo estas cosas, un religioso canónigo de Gubbio, hombre de gran santidad, con el que Clara se confesaba con frecuencia, me dijo que a ella le fue mandado y dado el Espíritu Santo en una esfera de fuego.

Una vez, él le preguntó: “Clara, ¿es posible que un prelado –del que dio el nombre- sea santo como le considera la gente, a pesar de estar ocupado en recibir a muchas personas y en diversos empeños?”. Clara le respondió: “La gracia de Dios actúa en el alma por encima de la naturaleza y del entendimiento. Desde que Dios dispuso en mí la buena voluntad, yo habría podido hacer ambas cosas, aunque en mi celda habría tenido mayor bien de Dios y mayor consuelo de espíritu”.

En la elevación de su inteligencia, Clara sentía gran estupor cuando pensaba en las obras de la inmensa benignidad del Altísimo, y sobre todo en los misterios de la Encarnación y de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y cuando consideraba interiormente los otros actos por él realizados en esta vida. En ellos su contemplación era continua, en ellos se sumergía su meditación y ellos eran el objeto su amor, no apartando nunca la mirada de la contemplación de las cosas divinas. Incluso cuando estaba ocupada en los servicios del monasterio o en otros trabajos, la fuerza de la inteligencia permanecía continuamente fija en Dios, por más que, de ordinario, rezase con mayor fervor y gozase de mayores dulzuras espirituales, cuanto más –alejada de las preocupaciones exteriores- se dirigía a Dios en la intimidad. Tan dirigidos tenía sus pensamientos a su dilecto Jesús que con frecuencia, elevada en los fervores de su habitual contemplación, especialmente durante las fiestas de la Navidad del Señor y otras fiestas principales, e incluso durante muchos días que precedían o seguían tales festividades, a veces durante semanas y meses, perdía las fuerzas físicas naturales. Tenía éxtasis elevadísimos, algunas veces sólo uno al día, otras veces más, y otras un arrobamiento duraba varios días. Durante estos raptos su rostro era a veces rojo,

a veces pálido y a veces durante el mismo raptó cambiaba a intervalos de color. Sus miembros, a veces todos y a veces algunos, se movían con movimientos rápidos, mientras otras quedaban inmóviles. El cuerpo unas veces estaba erguido como una estatua, otras sentado o de rodillas ya veces extendido. Los arrebatos eran tan fuertes y tan frecuentes, desde su adolescencia hasta su muerte, que le debilitaban mucho y las monjas temían que en ellos pudiese morir. En efecto, tras los arrebatos quedaba muy débil y mientras duraban perdía la capacidad de los sentidos. En las predichas festividades y en muchos de los días a ellas próximos, Clara ignoraba lo que se hacía respecto a ella y al monasterio y no quería sino oír lo que se refería directamente a la misma festividad. Por eso las otras monjas de vez en cuando le ponían obstáculos, le creaban fastidios y la entretenían con discursos varios para distraerla, con el fin de que no muriese durante tales elevaciones. Una vez, en torno a la fiesta de la Navidad del Señor, mientras una de sus compañeras, en el claustro del monasterio, la cortaba el pelo, la cabeza, no sosteniéndose, bamboleaba como si fuese la de una muerta. Y habiéndole la imprudente esquiladora cortado con las tijeras la piel junto con el cabello, Clara no se enteró de lo que le había hecho; pero, terminado el corte de pelo, entró en la celda más apartada, donde, postrada boca abajo, desde la hora tercia durante todo el día y parte de la noche, permaneció absorta en éxtasis, antes de que le volviese la capacidad natural de los sentidos. Desde aquel día de Navidad permaneció casi en un arrobamiento continuo hasta el mes de mayo. En efecto, durante aquel tiempo, cuando oía hablar de Dios o cantar, su alma se sentía tan atraída, que el cuerpo perdía todas sus potencias: por eso las monjas tenían gran cuidado de que no se hablase de Dios, cuando Clara hubiere podido sentirlo. Si luego, en la calle o en otro lugar cercano al monasterio, algunos cantaban laudes, las monjas mandaban rápido a suplicar a los cantores de no cantar cerca del monasterio.

Una noche, estando Clara enferma, un demonio llamó al torno, haciendo un ruido como si un hombre golpease el torno con una piedra. Una monja, que entonces servía a Clara, quiso ir al torno, convencida de que fuese un criado con las medicinas para Clara. Clara la dijo: “¿Dónde vas? No es quien tú crees”. Pero ella, convencida de que fuese el criado de verdad: “Tengo que ir” Clara le dijo entonces: “Haz la señal de la cruz antes de ir, porque no es quien tú crees” Llegada al torno, siguiendo la costumbre del monasterio, dijo: “Dios sea alabado”. Y repitió varias veces estas palabras. Puesto que nadie respondía nada, volvió a Clara, que la dijo: “Te había dicho la verdad, porque era un diablo que quería meterte miedo”.

Otra noche, durante la misma enfermedad, a las monjas les pareció que alguno, quitada la barra de hierro, hubiera abierto las puertas del monasterio. A una monja que quería ir a ver, Clara le dijo: “Tu no sabes qué vas buscando; sigue rezando. No es más que un demonio que se esfuerza en obstaculizarnos y hacernos desistir de la oración”. Pero aquella monja quiso examinar la puerta y, encontrándola cerrada, reconoció que Clara había dicho la verdad.

De las visiones y revelaciones que Clara tenía durante los éxtasis, no se puede saber nada con certeza, ni siquiera lo que ella con gran dificultad, raramente y de modo incompleto y velado refería. Pero se podían recoger signos de santidad de algunas palabras que a veces decía durante los raptos, mientras que otras veces no manifestada nada de sí. Una vez, en

efecto, durante un éxtasis, a pesar de estar enferma, sus miembros que durante mucho tiempo no había podido mover, comenzaron a moverse rápidamente. Permaneciendo así un poco, comenzó a hablar, diciendo: “¡Dejadme andar, dejadme andar!” Y luego añadió: “¡Llévame contigo!”. Levantó los brazos al cielo y se alzó para sentarse con gran admiración de las monjas, precisamente porque durante mucho tiempo no había podido moverse. Y dijo: “Todas las cosas arden, todas las cosas arden y vosotras ¿qué hacéis?” Luego comenzó a cantar dulcemente, diciendo: “¿Qué servios te prestan los santos, amor mío? Te prestan servicios de cantos. Hazme sonar de nuevo, amor mío, aquel instrumento, mientras veo entrar mi alma en la tuya!”. A continuación en voz baja y afectuosamente dijo: “De verdad era estúpida al tener miedo, pero lo tenía en contra de mi voluntad sin una causa”. Y repetía con frecuencia estas palabras. Luego invocó a la bienaventurada Virgen María y a los santos, como se habla a personas presentes, y entre otros santos invocaba a S. Agustín diciendo: “¡S. Agustín ruega por mí!”²⁰. Las monjas que estaban presentes refirieron esto un día a otra que no estaba presente, pero en un sitio alejado, para que Clara de ningún modo pudiera oírlo. Pero ésta llamó a otra monja y le dijo: “¿Qué dicen éstas y por qué? ¿Creen que lo que digo proviene de mi espíritu? Yo estoy convencida de ser la mujer peor del mundo y no veo ninguna persona peor que yo”. Se ignora, sin embargo, qué es lo que Clara vio en aquel éxtasis, excepto sólo esto, referido por una santa monja que vivió en aquel monasterio: que Clara obtuvo entonces la certeza de su salvación. Personas dignas de fe, que conocieron más profundamente a Clara, piensan que ella, en las diversas épocas, vio a Cristo en todos los actos que realizó durante su vida terrena.

Joven bellísimo, el Señor Jesucristo, vestido con vestiduras blancas, llevando a la espalda una cruz una cruz igual en forma y grandeza a la cruz en que fue crucificado, se le apareció a Clara en la oración. Y le dijo: “Estoy buscando un lugar firme en que poder plantar la cruz y aquí encuentro el lugar apto para plantarla” y a continuación añadió: “Si quieres ser mi hija es necesario que tú mueras en cruz”²¹. Tras esta visión y aparición, Clara decía estar convencida que el Señor habría hecho aún grandes cosas en el monasterio. De esto se cree con fundamento que la virgen Clara, llamada de la Cruz, haya tenido la cruz y todos los signos de la pasión de Cristo en su corazón, no sólo como imágenes en la contemplación, sino también física y sensiblemente. Uno de los brazos transversales de la cruz que llevaba en el corazón había traspasado y perforado el corazón mismo hasta el externo, como comprobaron todos aquellos que quisieron ver a Clara después de su muerte. La misma

²⁰ En este punto el código montefalquense de la *Vida*, el más antiguo entre los conservados, trae efectivamente el nombre de S. Agustín. Sólo el *ora pro me* que sigue, resulta interpolado. Todos los otros códigos, muy posteriores y provenientes de comunidades franciscanas, tienen: “S. Francisco mío, ¡qué hermosos eres!” (*Sancte Francisce mi quomodo es pulcher*). Que el paso ya antiguamente fuese incierto y las varias copias discordantes, lo demuestra la reelaboración humanística de este texto debida a Juan de Miguel Alberti da Carrara, de la segunda mitad del s. XV, la cual unifica así los textos discordantes: “Tum ad beatum Augustinum beatumque Franciscum... loquebatur”. En apoyo de la integridad del código montefalquense sobre este punto, hay también una apostilla marginal de mano del 1500, o sea, anterior a las graves manipulaciones que desfiguraron el código, que señala: “Sancti Augustini visio et invocatio”.

²¹ Tal aparición se narra con mayor abundancia de detalles por algunos testigos, especialmente por Sor Juana di Egidio y por el hermano de la santa, fray Francisco; cf. *El proceso*, pp. 20, art. 128; 69s. 294s. Se dice que aconteció unos 15 años antes de la muerte de Clara (por consiguiente hacia 1293).

Clara, durante la enfermedad que la llevó de este mundo, afirmó cinco veces tener la cruz de Cristo en su corazón.

Clara reveló la aparición de Cristo con la cruz y las palabras por él dichas a dos monjas de fiar, y otras veces, mucho antes de su muerte, al confesor, pero de la impresión de los signos no refirió nada, sino cuando habló de la cruz antes de morir. Ella, en efecto, por costumbre, no revelaba, sino de modo fragmentario e incompleto, las revelaciones y las gracias que el Señor le hacía y, aun de esta manera, sólo para gloria de Dios, para edificación del prójimo, o también para afirmar su confusión, su humildad y su ingratitud. Quería ocultar totalmente su santidad. Sin embargo, el prudente y santo hombre don Tomás, en otro tiempo canónigo de Gubbio, confesor de Clara, con cautela supo arrancarle ésta y otra muchas cosas, fingiendo descubrir engaños y deficiencias en tales revelaciones y visiones.

En la instrucción de oficio, Clara ponía como especial empeño en la custodia de la castidad, teniendo alejados de contactos humanos el rostro y los sentidos de las vírgenes. Quería que en su monasterio fuera observada con toda rigurosidad y para dar ejemplo a las demás, aun en su edad más avanzada, cuando hablaba por cualquier necesidad a un hombre, sustraía de su vista las manos y la cara. Y si por casualidad era vista por alguno, mantenía los ojos bajos en modo de no ver a nadie. Cuando recibía dinero u otros dones a través de la reja o recibía a los oblatos para la obediencia, escondía la cara y cubría las manos con el manteo antes de extenderlas para la acogida. Queriendo recibir a Raino como oblato, el canónigo Tomás le dijo: “Es necesario que tú le recibas con las manos descubiertas, como hacen las otras abadesas”. Pero Clara le respondió: “Yo no lo haré así”

Pasado el tiempo, un hombre venerable, elevado poco después al cardenalato de la Iglesia romana, le rogó con mucha insistencia que lo recibiera bajo su protección espiritual. Sólo con mucha dificultad Clara accedió a sus súplicas, porque no tenía costumbre de tales acogidas, pero no olvidándose de su acostumbrada honestidad, antes se cubrió las manos con el manteo²².

No permitía ningún coloquio secreto, ni la familiaridad con ningún hombre, por muy santo que fuera, de cualquiera de las monjas, ni que ellas dieran sus nombres al confesor o que tuvieran otros coloquios fuera de la confesión. Quería, en efecto, que dirigieran su amor sólo a Dios y que su exclusivo amor al servicio de Dios, en ningún modo se volviese hacia cualquier criatura. Una vez Clara, durante la oración, se acordó de un prelado conocido por su gran santidad. Mientras rezaba por él, fue conducida en espíritu ante su cámara. Y he aquí una mujer bellísima, que Clara pensó ser la Ssma. Virgen, salió de la puerta sin remover la cortina que pendía de ella y dijo a Clara: “¿Quieres ver a este prelado?”. Clara respondió: “No”; la señora repuso: “¿Quieres saber cómo está?”. Y Clara: “Sí”.

²² Aquí seguramente se trata del card. Pedro Colonna (creado por Nicolás IV en 1288), que fue protector de la Orden agustiniana (nombrado por Celestino V en 1294). La elevación, a que se alude en el texto, ha de entenderse en referencia a su reintegración (después de haber sido depuesto por Bonifacio VIII, en 1297) a la dignidad cardenalicia, según cuanto dispuso Clemente V en 1305. En efecto, antes del 1288, Clara no habría podido recibirlo, porque, no siendo abadesa, no tenía autoridad para ello, y aún tenía veinte años. Se tienen noticias de que también recibió como oblatos a un cierto Raino y a fray Ventura (probablemente el beato Ventura de Trevi, eremita, muerto en 1310).

* En la “visión” se dijo “15 días”; en la interpretación, se dice “15 años” [N.d.R]

Experiencias interiores / Los pobres y los enfermos

En el año décimo quinto antes de su partida de este mundo, hacia la fiesta de la Natividad del Señor, antes y después, Clara permaneció tan absorta en Dios, que perdió toda fuerza física, como si estuviese oprimida por una gravísima enfermedad. En la fiesta de la Epifanía creció tanto que durante los treinta días siguientes no tuvo ni memoria de las cosas de la tierra, ni conocimiento de lo que se le hacía, ni sensibilidad de comida o bebida o de su cuerpo. En semejantes éxtasis o raptos, como refirió antes de morir, vio el juicio de las almas realizado por Dios en un instante. No vio desarrollarse ningún proceso: cada alma, reconociendo las consecuencias de sus culpas, se veía mortalmente culpable y sabía de estar condenada. Clara, aplicando a sí misma la intuición de su observación y conociendo los propios defectos atendía un juicio de condena. En efecto, veía haber faltado no sólo en los pecados cometidos, sino también respecto a las buenas obras, en las que, si antes no había tenido conciencia de defectos, ahora clarísimamente reconocía haber faltado, no obrando en el modo debido. Veía que no le quedaba esperanza alguna de salvación, sin embargo, continuó a no desesperar de la misericordia de Dios, preparada, no obstante, a sostener en paz y tranquilidad el juicio de su condena, teniendo el deliberado propósito y la consiguiente satisfacción de que en ella se cumplierse plenamente la voluntad de Dios. Después vio un innumerable multitud de demonios, que gritando y vociferando decían a Clara: “Es necesario que tú vengas aquí abajo”. Entretanto un alma era arrastrada por los demonios con rastrillos y ganchos y precipitada a lo profundo, donde un diablo la golpeaba con un hierro grande y horrible. A la caída de esa alma se produjo un tal ruido y estrépito, que no podrían hacerlo igual, si cayesen el cielo y la tierra y gritaran juntos todos los hombres de la tierra. Aunque Clara viese todas estas cosas, no pudo saber si aquel alma era condenada al infierno o si caía en el purgatorio. Otra vez durante aquellos treinta días Clara vio un monte redondo y de admirable belleza. Estaba lleno de espilleras como aquellas para las ballestas, de las que relampagueaban por todas partes, como rayos de sol, de relámpagos que le inspiraban propósitos de obras santas a ella y en general a las mentes de los hombres. En alto, hacia la mitad del monte, supo que estaban Dios, los ángeles santos y la gloria de los bienaventurados. Y los santos decían a Clara: “Ven, ven!”. Y oyó una voz decir del monte: “Vendrá ciertamente, pero no ahora. Es necesario que vuelva a la vida terrena por quince días [años]”. Desde aquel momento Clara empezó a sentir un dulcísimo rocío que le daba refrigerio y la reanimaba interiormente, recibiendo de Dios en su interior y sensiblemente un maná dulcísimo que la confortaba espiritual y físicamente. Restaurada así incluso físicamente, comenzó a recobrar la memoria de las cosas temporales. De hecho, durante los treinta días precedentes, que a ella le habían parecido sólo tres, no había tenido conocimiento alguno de las cosas terrenas. También en los cuatro meses siguientes, cuando quería pensar en las necesidades del monasterio, no podía apartar la mente de Dios, ni pensar en las cosas de la tierra. Y así, como creía, habría continuado en adelante, si por la inoportuna insistencia de las monjas, no hubiese debido condescender a tales requerimientos. Con todo esto, desde entonces no tuvo afecto a persona alguna, sino cuando la inducían a amar y honrar a Dios.

No hay duda de que las visiones precedentes fuesen verdaderas: en efecto en el año décimo quinto* siguiente Clara pasó de este mundo y, durante el tiempo que vivió, sostenida

milagrosamente por Dios más que por los alimentos, no se preocupó de las cosas temporales, sino al servicio de Dios.

Un hombre de Spoleto, en verdad de gran devoción, santidad y fe, de nombre Conde, vio en una revelación, como él mismo contó a personas dignas de fe, un ininterrumpido reguero de miel descender del cielo a la boca de Clara: la nutría sin interrumpirse nunca, fluyendo continuamente, sin pausa. Pero cuando reverberaba el sol, el chorro descendía sobre Clara más copiosamente y con mayor impulso. El, deseando saborear la dulzura del alimento de Clara, durante la visión acercó su cabeza un poco por encima de Clara, y poniendo la boca al chorrillo la llenó de aquel maná melifluo. Sintió tanta dulzura que si hubiese sido dueño de todas las cosas terrenas, gustoso, como afirmó, lo habría dado todo, si hubiese podido saborearlo otra vez. Por eso él aseguraba con firmeza que Clara era alimentada con alimento espiritual, añadiendo en alabanza suya que si la gente hubiese conocido la santidad de Clara, se habría puesto en tiendas y pabellones alrededor del monasterio.

Una leprosa, reclusa del monasterio de S. Bartolomé de Monteluco, envejecida en una vida de perfección y de obras santas, un día mientras persistía en la oración, vio por encima del cielo—como refirió después con juramento— muchos ángeles y santos y a la Beata Virgen Madre de Dios, y una mesa maravillosamente preparada y adornada copiosamente con deliciosos manjares²³. Un hermosísimo niño, que la reclusa reconoció como Cristo, el Hijo de Dios, caminaba alrededor de la Beata Virgen y de la mesa, y dijo a la reclusa: “¿Ves esta mesa y los manjares? Este es el pan del cielo y Clara de Montefalco come de este pan”.

El médico Felipe de Spoleto, oyendo en aquel tiempo muchas cosas sobre la santidad de Clara, no las creyó, porque según la naturaleza parecían imposibles. Por eso un día se fue al monasterio a indagar, como si quisiera visitar a Clara, entonces enferma, bajo la apariencia de piedad. Habiendo oído allí que Clara a veces había estado y estaba dos meses tomando apenas cuatro onzas de pan como alimento y que había perdido el gusto, de modo que no sentía diferencia alguna entre el agua y el vino, entre el vino y el vinagre, entre el vino normal y el destilado, ni distinguía el sabor de algún alimento o bebida, comenzó con cautela a hacer algún experimento. Pero después de haber hecho algunos, antes de alejarse aún no creía, pensando que todo era una ficción. Yéndose, puesto que el tiempo era hermoso y caluroso, se quitó los vestidos pesados que llevaba. Se había alejado del monasterio apenas media milla, cuando de repente estalló una tormenta con granizo, truenos y relámpagos espantosos. El médico quedó tan abatido y físicamente postrado que a duras penas llegó medio muerto a Spoleto a media noche, perdiendo a sus compañeros que a causa del mal tiempo se habían caído en acequias. El médico, como dijo él mismo, no había sufrido nunca una tormenta peor. Llegado a casa, no sabiendo calentarse de otro modo, se metió entre la paja del lecho y puso encima muchos paños. Mientras pensaba a la tribulación sufrida y estaba apunto de adormecerse, oyó una voz clara que le decía: “Felipe, has sufrido esto por permanecer incrédulo respecto a los milagros de Dios”. Desde entonces consideró verdaderas las cosas que había oído y que no eran ficciones las que había visto.. Tras algún

²³ Esta es Juanita, recordada también más adelante (p.), y particularmente en el art. 77 del proceso (cf. *El proceso* p.11). La referencia a su deposición está relacionada con el primer proceso, el de 1309-10, perdido.

tiempo el que había sido incrédulo y después creyente con gran fe, procuró volver al monasterio.

La virgen Clara estaba inflamada del ardor de la caridad y, deseando ofrecerse a los necesitados, distribuyéndoles todo lo que poseía y considerando aún de no darles bastante, de hecho, a los que consideraba indigentes, distribuía con misericordia los vestidos, el calzado, los alimentos, las medicinas, los velos, los mantos, que a ella bastante indigente le daban de vez en cuando para sus necesidades, debido a las frecuentes enfermedades, reteniendo para sí los vestidos peores. Un día, por ejemplo, viendo en el oratorio un pobre, que había salido de la cárcel hacía poco, y estaba casi desnudo, le dio su propio manto para que se hiciera un vestido. A la señora Beatriz, viuda piadosa, le dio más de una vez y en diversos tiempos, según sus muchas necesitando, velos, fajas y túnicas. Pero también a las monjas de su monasterio daba lo que de vez en cuando le venía dado a ella para sus personales necesidades. No permitía que ni ella ni ninguna otra monja tuviera algo como propio, sino que a cada una se le diera para sus personales necesidades según las posibilidades del monasterio y que no hubiera diferencia alguna, bien fuera ofrecido al monasterio, a la abadesa o a ésta o aquella hermana a quien debía proveerse. Y esto se sigue aún observando en el monasterio con toda firmeza²⁴.

También a los enfermos que sabía necesitados mandaba alimentos y medicinas dadas a ella o de algún modo adquiridas. Besaba devotamente las manos a las leprosas y lavaba sus llagas, les daba de comer y preparaba para ellas con gran esmero pequeños bocados. A una de ellas dio en diversos momentos dos túnicas. La donación de limosnas y de cosas era tan frecuente, que contarlas requeriría demasiado tiempo. Sin embargo, la donación de cosas de un cierto valor lo hacía con el consentimiento de las otras monjas. Sentía compasión por las necesidades físicas, pero mucho más por las espirituales. Rezaba por la conversión de los pecadores, amaba espiritualmente a los enemigos y a los que causaban daño al monasterio; para ellos imploraba al Señor e impedía su condena.



Un notario que había atribuido a Clara con falsedad un cierto reato, acusado luego de falsedad, -no por esto, sino por haber falseado un documento- corriendo serio peligro de vida, fue librado por las súplicas y la ayuda de Clara, incluso en la magistratura civil²⁵.

²⁴ Este uso hace particular referencia a la regla agustiniana, observada en el monasterio, la cual prescribe explícitamente: “Si alguien trajese a sus hijos o allegados, que viven en la casa religiosa, alguna cosa, como un vestido o cualquiera otra cosa considerada necesaria, no se reciba ocultamente, sino que se entregue al superior, para que, al hacerla común, se conceda a quien la hubiere menester (Hech 4, 32,35). Por tanto, si alguno escondiese lo que se le dio, sea condenado como reo de hurto (n.32).

²⁵ El notario se llamaba Esteban: una vez amenazó a Clara de denunciarla al papa Banifacio VIII, como confidente de los cardenales Colonna, que habían sido degradados en 1297 (cf. PIERGILI, ed.1663, p.84). Un notario de Montefalco, de nombre Esteban di Giacomo, es conocido por dos actas rogatorias en 1295 (Archivo de la Catedral de Spoleto, pergaminos 255 y 513)

A un tal, que había persuadido a un primo de Clara a abandonar la vida religiosa –algo para ella más doloroso que cualquier otra cosa- le hablaba con mansedumbre y rogaba a Dios por él, con profunda compasión, porque había sido causa de tanto mal²⁶.

Un tal, que había causado muchos daños al monasterio, después de su muerte se le apareció un día a Clara, sufriendo durísimas penas. Clara le dijo: “¿No eres tú Pucciarello?”; respondió: “Sí” y Clara: “¿Estás salvado o condenado?”. El respondió: “estoy en camino de salvación, pero sufro grandes penas, que aumentan de continuo y que deberé soportar por treinta años, especialmente por las ofensas que ocasioné en vida a tu monasterio”. Y desapareció. Clara, sintiendo por este hombre gran compasión, suplicó por él al Señor y durante el capítulo con vivísima solicitud se lo recomendó a las monjas. Después de algún tiempo refirió que aquel hombre se había salvado por sus oraciones²⁷.

Un año, en las tres semanas que preceden la Navidad del Señor, Clara permaneció en éxtasis casi continuamente en una especie de arrobamiento, en el cual veía casi de continuo al Hijo de Dios encarnado. Hacia la media noche de la Navidad creció mucho el éxtasis; y entonces, junto con el nacido Niño, vino una vía de la longitud de una casa grande, luminosa como el sol, proceder de Dios y descender directamente, sin ningún obstáculo, hasta ella misma. Al fulgor de tal luz, la virgen Clara, alzada y sintiendo una unción espiritual, erguida de pie, se veía, entre los ángeles y los santos, puesta en medio de la luz solar, que veía descender de Dios Padre a ella y de ella ascender a Dios. Sintiendo a los ángeles y a los santos cantar exultantes por el Niño recién nacido, comenzó a cantar dulcemente con ellos. Por revelación divina supo que todos los santos respondían a su canto y que su voz resonaba por todas partes. Algunas monjas que estaban por el monasterio oyeron el canto de Clara, pero no pudieron entender lo que decía.

Un fraile de la Orden de los Menores, teniendo una duda sobre un paso de la Sagrada Escritura, fue al monasterio para interrogar a Clara acerca de él. El sentó junto a la grada en la que las monjas se confiesan. Clara, estando en el interior quiso confesarse. El fraile, ignorando del todo qué monja le hablaba y sin poder quién fuese, comenzó a escuchar a la penitente. Y he aquí que a penas Clara empezó a confesarse, el fraile, que, a pesar de hallarse cerca, estaba fuera y separado por un muro, sintió fluir de la penitente y penetrar en su alma un calor que suscitaba dulzura y deseos divinos. Ni el muro interpuesto podía impedir que el fraile, al exterior, sintiese la santidad de Clara, aunque ignorase del todo quién fuese. Después que ella hubo terminado su confesión, el fraile dijo que quería hablar con Clara. Ella, después de decir quién era, satisfizo plenamente al fraile acerca de la duda por la que había venido.

²⁶ Entre los muchos primos de Clara no se sabe cuál de ellos sea al que se alude aquí. Acaso pueda identificarse con aquel fray Santiago de Gonzo OFM, nombrado más adelante (cf. p. , nota 50)

²⁷ Este Pucciarello, hijo del maestro Juan de Montefalco, junto con su hermano Tomás, había oprimido mucho al monasterio, por el hecho de que su hermana Catalina había entrado allí de monja contra la voluntad de los suyos. Una vez, con algunos cómplices, habían quebrantado la clausura e invadido el monasterio a mano armada (cf. *El proceso*, pp. 181s.).

Espíritu profético

Esplendente Clara por la plenitud de la virtud, esplendente por la limpieza ejemplar de su vida, esplendente por la claridad de su doctrina. Pero su esplendor se manifestó sobre todo en esto: conocía con espíritu profético las cosas ocultas de las mentes, sabía las cosas pasadas, comprendía las presentes y predecía las futuras, conociéndolo todo con claridad en la contemplación de Aquel que es esplendor y espejo de luminosidad. Cuando una monja pensaba sólo en su mente algo deshonesto o se enorgullecía de algo o era arrastrada a consentir en algún pecado, Clara, iluminada por revelación divina, llamaba a aquella monja expuesta a tal peligro, pero sin que las otras supieran el motivo. Expuestos a la que era tentada la especie, el modo y el orden de la tentación, con gravedad la corregí según su necesidad. Si se trataba de un pensamiento deshonesto, decía: “¿Es éste un pensamiento digno de una persona religiosa?” Si alguna vez el diablo metía en el corazón de alguna monja una tentación oscura o se aparecía en forma de algún espíritu celestial, Clara instruida por Dios, intuía los engaños y descubría los peligros y las consecuencias. Haciendo llamar a la que le sucedían estas cosas, en secreto, le descubría los engaños del demonio y le enseñaba con claridad el remedio necesario.

También cuando tenía el capítulo exponía con exactitud las propiedades y los grados de la virtud y cómo la astucia de los demonios hacía desviar las almas contemplativas del camino de la virtud. Decía alguna vez: “Cuando una monja de aquí llegó a un cierto grado de virtud -y Clara lo especificaba- cayó después por una seducción diabólica” y Clara la especificaba también. Y otra vez: “Hubo otra monja, que en un cierto momento le fue mostrada por el diablo una visión -y Clara la especificaba- y creyendo estar en alto, en el mismo momento cayó”. Y así, celebrando el capítulo tocaba las condiciones y las mentes de la mayor parte de cada una de las monjas. Aunque Clara jamás diera el nombre de ninguna, cada una, sin embargo, mientras se examinaba, comprendía con toda claridad que Clara, sobre el punto tratado, había hablado para ella y había dicho la verdad. Además, en estas correcciones, Clara añadía con frecuencia: “Podría indicar con un dedo a la monja que padece tal mal y decir su nombre, pero prefiero corregirla secretamente”. Después hacía la corrección en secreto, escogiendo una hora no supuesta por las tras, para que la monja que tenía el defecto, no fuera descubierta. Y así, conociendo los defectos de todas las monjas, prevenía con profética providencia sus necesidades y las de otras muchas personas. Por eso, las religiosas vigilaban con gran cuidado para no hacer nada ilícito, y ni siquiera pensarlo, sabiendo por experiencia que nada podían pensar en su interior, sin que Clara, por revelación divina, llegara a conocerlo.

A la monja, que después de ella, fue abadesa, reveló, después de haberla impuesto el silencio, algunas cosas secretas de las otras, previendo, como se cree por revelación divina, que habría sido elegida para dirigir el monasterio después de ella. En efecto, una vez, en el año en que murió, le dijo: “Trata de ser una monja fuerte, para que nada te pueda engañar”. Y en el mismo año, le dijo otra vez: “Juana, sé que moriré este año”. Juana le respondió: “No digas eso, Clara; yo pido a Dios que me haga morir de inmediato, para no ver tu muerte, si es así”. Y Clara: “No digas eso, lo que tú dices de mí, yo lo decía de mi hermana, y no fui escuchada”. A ella y, algunas veces, a otras monjas prudentes y más ancianas, revelaba individualmente virtudes y santas reflexiones de las religiosas, pero sin que lo pudiese saber



aquella de cuya virtud se trataba. Mas si alguna en el ejercicio de las virtudes sobrepasaba los límites de la prudencia o tuviese otro defecto, entonces, puesto que se alejaba de la característica de la virtud, le decía aquel tanto necesario para corregirla.

Una novicia hacía, en el máximo secreto, una penitencia exagerada y demasiado dura para ser soportada por el cuerpo, de la que Clara no podía tener conocimiento sin una revelación divina. Clara la reprendió en secreto. Acogida la enseñanza sobre el modo prudente de mortificar el cuerpo, la novicia reconoció que obedeciendo a la enseñanza de Clara superaba con una penitencia más ligera las tentaciones del demonio y que con una penitencia corporal más dura –en contra de la enseñanza de Clara- era vencida por el demonio. La misma novicia mantenía secreto un cierto pecado, que no había revelado ni siquiera al confesor: Clara, sin haberla preguntado, se lo descubrió y, en consecuencia, la novicia se arrepintió y cumplió la penitencia impuesta.

Para Consolación de las monjas predecía con frecuencia la llegada y el motivo de la llegada de personas santas. Un día les dijo: “Mañana, hacia la hora de tercia, tendréis aquí una peregrina, de espíritu devoto, que viene de regiones lejanas”. A la mañana siguiente hizo preparar comida para la peregrina, que estaba llegando. Hacia la hora tercia, es decir, la hora que el Señor le había revelado, Clara fue al oratorio y comenzó a abrir la grada. Y he aquí que una mujer de Carcassonne, de nombre Margarita, entró casualmente en el oratorio, porque no había venido a propósito al monasterio. Clara, apenas la vio y reconoció que era la que le había sido mostrada por revelación, con cara alegre le dijo: “Bienvenida sea mi peregrina”. Luego llamó a las monjas, diciendo: “Venid, porque ha llegado mi peregrina”. Margarita, considerando que era y venía de lejanas regiones, más allá de los Alpes, y que no había estado nunca por aquellas partes, es más, que sólo por casualidad había llegado a Montefalco y había entrado en el monasterio, quedó muy maravillada. Llamada por Clara se acercó a la reja y Clara le dijo: “Ayer te vi mejor que ahora y sabía que hoy ibas venir”. Tras haber hablado de cosas divinas, Clara hizo servir a Margarita el alimento preparado. Cosa admirable parecía cómo Clara había visto y conocido con anterioridad la mujer que venía; otra cosa admirable era cómo la comprendiese mientras hablaba. Las monjas que estaban con Clara en la grada no podían entender las palabras de Margarita. Clara, en cambio, las entendía y comprendía totalmente su sentido y respondía a todo de modo apropiado. Pero ¿por qué admirable? El que le había hecho ver a la mujer antes de que llegase, hacía también que la entendiese mientras hablaba²⁸.

Un hombre de Spoleto, ahora ya difunto, bajo el pretexto de una mayor santidad, trató de hacer salir a Clara de su monasterio, para trasferirla a otro de Spoleto. Pero Clara no quiso acceder. Después de algún tiempo, el mismo hombre comenzó a tener –por llamarlo de algún modo- conversaciones espirituales, demasiado frecuentes con una religiosa de Spoleto. Aunque al comienzo de aquella familiaridad la intención fuese sólo hacia Dios, más adelante, sin embargo, entre ellos se trataban en el mayor secreto las cosas más torpes y deshonestas. Habiendo sido revelado a Clara que corrían el peligro de pecar, ésta le hizo llamar. Cuando llegó, le refirió las expresiones indecentes y el conjunto de las sugerencias

²⁸ Se trata de Margarita, provenzal, quien a partir de entonces se convirtió en una fidelísima admiradora de Clara; por desgracia sus testimonios, consignados en los dos procesos, se perdieron. Pero a lo referido por ella se hace alusión más adelante en el texto (cf. p. 90)

y tentaciones diabólicas ocurridas durante la conversación y en consecuencia lo reprendió severamente. Él, asombrado por el estupor y la vergüenza, lloró amargamente. Clara, sintiendo compasión por él, le enseñó con prudencia lo que debía hacer para evitar el peligro y hacer penitencia de lo que había cometido. Desde entonces él se abstuvo de tales conversaciones y por cuanto había faltado hizo tanta penitencia que, para cumplirla, se retiró durante muchos días de la vista de los hombres. Con el tiempo, estando enfermo en Spoleto, Clara, una noche, en su monasterio, estando en oración, tuvo una visión en la que veía a Dios vestido de juez, sentado en tribunal y un joven, que, empuñando una espada, quería matar a aquel hombre. Clara, por la compasión que- siempre en visión- sentía por él, se arrodilló humildemente y rogó por su liberación. El joven le dijo: “Clara, con esta espada él quería matarte, por eso merece que venga matado”. Clara replicó: “No suceda nunca, Señor, sino que le sea perdonado, como yo también le perdono, la ofensa que me hizo”. Entonces el Señor le dijo a Clara: “No sea matado, pero pagará una gran pena”. Oído lo cual, Clara volvió en sí y pidió al Señor por él y lo encomendó a las oraciones de las monjas. Y he aquí, al día siguiente, Clara tuvo noticias y se comunicó a las monjas que aquel hombre había muerto aquella noche. Clara entendió que había muerto durante el tiempo de aquella visión y que se le había perdonado la pena del infierno y condenado con el aumento de la pena del purgatorio; por eso todavía más rogó al Señor por él y lo encomendó a las oraciones de las monjas²⁹.

Clara predijo también la deposición del cardenal Santiago colonia; en efecto, en una revelación lo había visto andar por lugares escondidos y solitarios, sin el *capello* rojo, como un hombre en fuga³⁰.

En otra visión, Clara vio que algunos hombres inicuos conducían fuera del monasterio de Collefiorito a fray Santiago, capellán del mismo monasterio y que de otra parte venían sus cómplices. Estos le echaban el guante junto a la verja del monasterio, le prendía y le metían en prisión. No mucho tiempo después de esta visión, fray Santiago fue prendido en el modo y lugar como le había sido revelado a Clara³¹.

Un fraile de la Orden de los Menores mantenía en el corazón un secreto reprobable y peligroso para su salvación, y lo tenía tan escondido, que ninguno fuera de él mismo habría podido encontrar un indicio. En su corazón, sin embargo, había decidido de hablar a Clara de la tentación. Mientras un día conversaba con ella en la grada, participando al coloquio espiritual con las palabras acostumbradas, se levantó para marcharse. Pero Clara le preguntó: “¿No tiene alguna otra cosas que decirme?” y él respondió: “No”. Clara añadió: “Mira bien, porque tenías otra cosa que decirme”. Con determinación el fraile lo negó: “De verdad, no tengo ninguna otra cosa que decirte”. Clara dijo entonces: “siéntate aún un poco”. El se sentó y Clara con gran fervor de espíritu, dijo: “Pobre hombre, tú escondes, desde hace tiempo, en tu mente, un pensamiento mortífero, y ahora ¿quieres escondérmelo, como si yo no lo conociese?”. Y comenzó a exponer ordenadamente el pensamiento del

²⁹ Se trata de Cetto de Spoleto, recordado con frecuencia en las actas procesuales del 1318.

³⁰ Las relaciones de Clara con los dos cardenales Colonia, cuando ocurrió su deposición en 1297, debían de estar ya en marcha desde hacía tiempo.

³¹ El fraile, probablemente, estaba vinculado a los Colonia, desde el momento que la testigo sor Francisca, al proceso de 1318, precisó: “fue prendido por mandato del papa Bonifacio” (cf. *El proceso*, p. 334)

fraile y lo expuso de modo tan completo, que el mismo fraile no lo habría hecho mejor. Admirado y aturdido por la vergüenza negó ser verdad lo que había dicho Clara; la cual le dijo: “Si podías negar estas cosas antes de mi exposición, ahora, sin embargo, después de haberla hecho, si mientes pecas aún más. Piensas tal vez que Dios me haya engañado?”. Entonces el fraile con vergüenza reconoció humildemente la culpa de su mentira y que Clara había dicho la verdad. Con su consejo y por sus oraciones fue librado de la detestable tentación³².

Sor Catalina tenía un hermano en la Orden de los Menores. Un día, en presencia de Clara, dijo: “Muy gustosamente hablaría con mi hermanos”. Pero Clara la reprendió de amar en exceso a sus parientes; y añadió: “Haz de modo que puedas verlo en el paraíso, porque en este mundo no lo verás más”. La muerte de aquel fraile, no conocida por la hermana y acaecida poco después, demostró que había sido revelada antes a Clara³³.

Otro fraile de la misma Orden hablaba un día a la virgen Clara. Ella, deseando su salvación eterna, según la disposición de una revelación tenida, le dijo: “Si no te abstienes de los pecados, que idiotamente estás cometiendo, además del juicio divino, tendrás que soportar la vergüenza de la cárcel de tu Orden. En una revelación te veía, efectivamente, en Gubbio y, por estos pecados, condenado a cárcel”. Pero el religioso, olvidado de la enseñanza de Clara, que le había predicho el posible futuro, y torpemente enredado por la costumbre en sus placeres, después de algún tiempo, en el convento de Gubbio, tal y como se lo había predicho Clara, le fue impuesto por su superior la condena de cárcel³⁴.

Un fraile de la Orden de Predicadores, lector en teología, fue un día al monasterio que le era del todo desconocido. Clara en aquel momento tenía el capítulo e instruía a las monjas: improvisamente permaneció inmóvil y dejó de hablar, estando con la cara un tanto elevada. Vuelta en sí tras breve tiempo, mandó a la monja encargada del oficio de tornera: “Ve al torno, porque tal dominico llegará allí de inmediato y respóndele”. Y dirigiéndose a las monjas, les dijo: “Acogedlo con benevolencia; es un hombre de buen espíritu y podéis hablarle con confianza”. Cuando la tornera, obedeciendo a la abadesa, se acercó al torno a través del cual es costumbre responder a los solicitantes, aquel fraile llamó al torno. La tornera, preguntado quién era, añadió: “¿Eres tal fraile de la Orden de Predicadores?”. El fraile quedó muy admirado, porque ni había estado antes en aquel monasterio, ni en aquel lugar había pernoctado nunca y además sobre todo, porque por la interposición de la pared y del torno, la monja no había podido verlo y, aunque lo hubiera visto, no habría podido conocerlo. El fraile dijo: “¿Cómo me habéis conocido?”. La tornera respondió: “Yo no os conozco en absoluto, pero Clara os conoció en espíritu y hace poco, durante el capítulo, me ha mandado venir a responderos”³⁵.

³² También éste se llamaba fray Santiago, según el testimonio de Sor Tomasa, pero no sabemos si ha de identificarse con el precedente (cf. *ibid.*, p. 213)

³³ El hermano se llamaba Bartolo o Bertuccio, recordado también en el proceso de 1318

³⁴ No se conoce el nombre de este fraile

³⁵ Se trata de fray Egidio de Nicolás de Spoleto, recordado en el proceso de 1318, donde él mismo comparece como el 387º testigo; pero su testimonio se perdió.

También otra vez, Bernardo de Pesaro fue al monasterio y Clara, en la inminencia de su llegada, se lo predijo a las monjas³⁶.

Un día Clara, estando en oración, vio una bellísima estrella de triple grandeza y del esplendor máximo del sol, fija sobre su monasterio. A aquel esplendor confluían muchas gentes de diversas partes del mundo. Como Clara contó, ella pensaba que la estrella representase un alma santa que habría vivido en el mismo monasterio. Aunque Clara no dijera esto de sí misma, todos pensaban, sin embargo, que era precisamente ella la representada en la estrella.

Vacante la sede apostólica por la muerte de Benedicto XI, un fraile menor bregaba y hacía propaganda por un cierto prelado para que fuera elevado al sumo pontificado. De aquel fraile dijo Clara: “Ese fraile –y lo nombró- tiene la conciencia sucia, porque de su propaganda espera sacar alguna ventaja temporal. Dios, sin embargo, no responderá esta vez a su deseo”³⁷.

Monseñor Angelo dei Tignosi, sacerdote de Roma y canónigo lateranense, para hablar con Clara, se dirigió a Montefalco. En el día en que tenía que entrar en el pueblo, Clara, no informada por noticias humanas, sino por revelación divina, lo vio venir al monasterio. Contando la visión a las monjas, hizo prepararle la comida y así, llegado al monasterio el mismo día, después de un viaje de casi tres millas, encontró la mesa preparada³⁸. También a don Tomás, canónigo de Gubbio, le sucedieron con frecuencia cosas semejantes.

Una monja recomendó encarecidamente a Clara a algunas personas, que le habían pedido esto, pero no dijo ni los nombres ni los motivos. Y he aquí que Clara, un día después, dándole la respuesta, le especificó la causa de la recomendación y las personas por su nombre.

A un hombre de Spoleto, de buena fama, Clara, un día, le recomendó de dedicarse más a la oración y de retirarse de las conversaciones de los hombres, en las se ocupaba demasiado. El observó escrupulosamente el mandato de Clara, estando recluso cuatro días en su propia casa. Pero el quinto día, habiendo ido al convento de los frailes menores para escuchar los oficios divinos, después de la misa, dejándose convencer a hablar con los religiosos, se enfrascó en la conversación, por lo demás nada ilícita, hasta después de la hora tercia. Recordándose de no haber observado el mandato de Clara, volvió a casa apesadumbrado y sabiendo por experiencia que su falta le había sido revelada a Calara por el Señor, esperaba su corrección. Y he aquí que, pocas horas después del mismo día, se presentó un enviado de Clara, rogándole de ir a ella. Considerando entre sí el motivo de la llamada, compareció lleno de vergüenza ante Clara y, después de haber oído de ella absolutamente todo sobre su conversación, prometió que en el futuro no habría faltado más en lo que se refiere a tales coloquios. Pero, vencido por la fragilidad humana, después de

³⁶ Este debía ser un personaje de alto rango, muy ligado al monasterio, en donde tenía una hija monja de nombre Francisca, la cual resulta haber entrado antes de 1298; de ella se habla más adelante (p. 138?)

³⁷ El prelado, al. que se alude en el texto, según el historiador del 1600 Bautista Piergili –que tuvo a su disposición toda la documentación completa de los dos procesos- habría sido el obispo de Sutri, Santiago, vicario de Roma en aquel tiempo (cf. PIERGILI, ed. 1663, p.123)

³⁸ Es un personaje ilustre, muy amigo de Clara, recordado también más adelante (cf. p. 129 y n.64)

pocos días, de nuevo y de modo semejante faltó en el hablar, y en el mismo instante le fue revelado a Clara por el Señor. Habiendo retornado luego a ella, lo corrigió con piadosas amonestaciones en relación a las conversaciones y a sus ocasiones.

Otras veces, cuando ese hombre venía al monasterio, con frecuencia Clara le exponía, mejor de cuanto lo hubiese hecho él mismo, cualquier cosa que hubiese pensado a lo largo del camino y en los lugares en donde se había parado³⁹. En efecto, como conocía las conciencias de las monjas de su monasterio, así en espíritu profético preveía los acontecimientos, los pensamientos, los hechos y las acciones de las personas por las que rezaba, para predecirles las cosas futuras, para revelar los secretos del corazón e indicar claramente las consecuencias de los sucesos, especificando alguna vez los lugares, los tiempos, las circunstancias y las personas.

Si en el convento se hacía algo contra las constituciones del monasterio, ésta, algunas veces, antes de que la llegara noticia por comunicación humana, acostada en su celda, corregía la falta, en secreto, si la falta era oculta, si no en presencia de las monjas, pero con prudencia, por si podía lesionar el honor de Dios, al haberlo sabido por inspiración.

Sucedía que las monjas, hablando con personas externas, alababan la santidad de Clara. Ella, sin que ningún mortal se lo refiriese, sino teniendo conocimiento por revelación divina, reprendía a las que la habían alabado. Alguna vez decía: “¿Qué razonamientos hacéis? ¡Qué mal me conocéis! Yo tengo conciencia de ser la peor de todas las criaturas. Aunque algunas veces vea cosas de vuestro estado o del de otras personas, no debéis creer que esto proceda de mi bondad, sino que ocurre por motivo del oficio y por vuestras oraciones o por las de otras personas buenas. Aunque el Señor se muestre conmigo complaciente y benévolo, yo de mi parte, sin embargo, habría cometido todos los males y todos los desenfrenos, si Dios no me hubiera protegido; soy demasiado ingrata con los beneficios de Dios. Cuando reflexiono sobre estos beneficios y siento mi ingratitud, no veo que la malicia de cualquier persona, por desenfrenada que sea, pueda paragonarse con mi miseria. En efecto, ante la ingratitud todos los vicios cuentan bien poco. Reflexionad, hermanas, que si Dios nos dejase de su mano, nosotras por nuestra parte haríamos el mal y nada más que el mal. ¿De qué, pues, podemos vanagloriarnos?

Aunque Clara supiese que la santidad de las monjas de su monasterio era estable en el servicio de Dios, una cosa, sin embargo, temía grandemente: que religiosos falsos e hipócritas, bajo la apariencia de virtud, trataran con coloquios familiares de descarriar alguna de ellas, especialmente porque había oído muchas veces que algunas personas protegidas por la fama de santidad, habían caído en las más graves faltas, por la familiaridad de tales religiosos. Por eso, cuando embaucadores de tal calaña, bajo capa de santidad, venían al monasterio, Clara muchas veces predecía su venida y a la llegada de algunos decía: “Dentro de poco tendréis aquí una persona vestida de este modo –y lo describía-, la cual trata de sembrar entre vosotras los errores de su espíritu. El se ha preparado durante mucho tiempo con intenciones fraudulentas, queriendo mostrar delante de vosotras de ser como en realidad no ha sido nunca y de encontrar en vosotras, si le es posible, un motivo de reproche.

³⁹ El códice de Montefalco, al fondo, indica el nombre: *Blasius Letule*; probablemente de identificarse con el bien conocido confidente Blas de Paoluccio de Spoleto, recordado con frecuencia en el proceso de 1318.

Guardaos, por tanto, de sus conversaciones y ninguna le hable, si no de lo que yo habré encargado”. De tales personas, antes de que viniesen al monasterio, daba algunas veces los nombres, otras veces los describía a través de particulares de la persona y del vestido. Indicaba también el tiempo, tanto que algunas veces predecía el día y la hora, tal como le había sido revelado por el Señor. Y si alguna de las monjas incautamente se disponía a hablar con tal persona peligrosa, que estaba para venir, Clara la llamaba a sí personalmente, la detenía de hablar con ella y le explicaba el error y el motivo de la prohibición del coloquio, respetando totalmente, en cuanto podía, y con la ayuda del Señor, el honor de Dios y la reputación del prójimo.

Por referir textualmente un hecho conocido por muchos –porque las monjas, que permanecieron en el monasterio después de la muerte de Clara, no querían difamar ninguna persona por cosas que eran conocidas sólo en el monasterio–, un día Clara, hablando a las hermanas, dijo: “He visto dos religiosos –y los nombró– venir a este monasterio vestidos con el hábito de su Orden: cada de vosotras se abstenga de conversar con ellos, ni presuma ninguna de hablar, de cualquier modo, a alguno de ellos. De hecho, uno de ellos venía bajo el aspecto de lobo rapaz; el otro bajo forma de puerco y como fuese de verdad un puerco, tenía una cola larguísima y enroscada. El lobo trata de sustraer las almas a Dios; el puerco, en cambio, almacenando odio como indica la cola, trama insidias por medio de acciones inmundas”. Y he aquí que los susodichos frailes, el mismo día o al siguiente, vinieron juntos al monasterio. Clara, yendo a la grada, tras un breve coloquio, les dijo: “No quiero, hermanos, que tengáis coloquio alguno en este monasterio, ni es oficio vuestro tener la confianza de las monjas”. Puesto que los frailes quedaron turbados y el lobo, mostrando signos de humildad, preguntaba inoportunamente la causa por la que Clara no quería sus coloquios, ella les refirió la visión, añadiendo que no quería que ninguno tuviese conversaciones en el monasterio, sino las personas a les que les competía por oficio⁴⁰.

Con su espíritu profético no sólo proveía a las monjas vivas, sino también a las difuntas: si una moría la recomendaba en el capítulo y algunas veces decía: “Tal hermana –y decía su nombre– sufre en el purgatorio grandes penas”. Y otras veces: “Dad gracias a Dios, porque tal hermana ha entrado en el paraíso”

Libraba a las monjas de las insidias de los diablos, por lo que éstos, indignados, con frecuencia y sobre todo los viernes por la noche, después del capítulo, se le aparecían a Clara en la celda, amenazándola con cosas terroríficas y con matarla, porque destruía así radicalmente su obra y sus maquinaciones. Y ese odio creció hasta tal punto que una noche quisieron sofocarla de verdad. Las monjas, que lo oyeron, acudieron al rumor y al estrépito de ellos, encontraron a Clara extremadamente fatigada, y la ayudaron como pudieron. Pero Clara, mientras se restablecía, aunque sufriese sus frecuentes molestias, todavía más contra ellos, quebraba sus tentaciones y sus ataduras y, manteniendo a las monjas en el servicio de Dios, con frecuencia se burlaba de ellos y descubría sus maldades

Santa Clara refirió a su confesor, don Tomás, canónigo de Gubbio, que durante siete años había estado tan expuesta al poder de los demonios, que la habían afligido con terrores,

⁴⁰ Los dos citados son: fray Pedro di Salomone (el lobo) y fray Santiago di Capitone (el puerco), ambos frailes Menores de Montefalco, recordados en el proceso de 1318.

pegándola, con enfermedades y con otros sufrimientos y que ella luego, por odio a sí misma, y para que los demonios pudieran golpearla más libremente, de noche salía del dormitorio al claustro, para que ellos, al golpearla, no pudieran ser impedidos por las monjas. Decía Clara, además, que con ellos había ganado mucho.

Un doctor en leyes de Spoleto tenía un hijo de vida disoluta y con malas disposiciones de ánimo y lo recomendó a las oraciones de Clara. Habiendo ésta rogado al Señor por él, después de algunos días dijo al padre del joven: “De vuestro hijo y de su vida no dudéis en absoluto, porque Dios ha dispuesto para su salvación”. El joven, en efecto, después de algún tiempo, entró en la Orden de los Frailes Menores, en la que vivió laudablemente y murió con gran contrición de sus pecados y con buena disposición de ánimo⁴¹.

Un hombre de Foligno, que había malgastado sus días en acciones malas y disolutas, fue golpeado por una enfermedad tan grave que se temía seriamente por su salud. La hermana se lo recomendó con gran afecto a las oraciones de Clara y además mandó al hermano enfermo, a escondidas de Clara y sin que ella lo supiera, una granada cogida del árbol que Clara había plantado con sus propias manos, confiando en que por sus oraciones y comiendo aquel fruto, se curaría. Y he aquí, que después de pocos días, aquel hombre, convaleciente de su enfermedad, vino a ver a Clara y dándole las gracias por la salud recobrada, se enmendó de la vida disoluta y entró luego en la Orden franciscana⁴².

Otro joven de la misma ciudad, desordenado y dado al juego, recomendado por la hermana y por la madre a las oraciones de Clara, de repente cambió tanto su vida, que huyendo del juego, vivió dócil, humilde y mansamente, hasta el punto de poder su madre corregirlo como si fuese un muchacho⁴³.

Durante una festividad de la Navidad del Señor, de repente, un rayo luminoso como el sol, brilló sobre el rostro y los ojos de Clara. Ella alzó los ojos y vio que aquel rayo de luz provenía del rostro de Cristo. En aquella luminosidad Clara vio de improviso el mundo entero, como si viese la punta de una aguja. Cristo estaba sentado en el cielo y tenía los pies cercanos a la tierra, pero sin tocarla. Estando así, amonestó a los pecadores y con la señal de la cruz bendijo a sus amigos. Realizado lo cual, Cristo volvió al cielo. Clara vio y reconoció a aquellos a quienes se había dado la bendición.

Un fraile* de la Orden de los Menores, entonces capellán del monasterio, tenía una hija de nombre Andreola, monja del mismo monasterio, la cual, gravemente enferma, una noche expiró con los signos acostumbrados de los moribundos. Las monjas, acudiendo a la voz de

⁴¹ El jurista es Bartolomé de Santiago, el cual, en los años 1313-1317, resulta haber estado al servicio del inquisidor de la parvidad herética fray Felipe de Montenegro; recordado como uno de los más asiduos frequentadores de Clara y del monasterio, desde cuando era abadesa su hermana Juana, Clara elegida para sucederla (1291), le hizo intervenir ante el obispo diocesano para que la exonerase del cargo (cf. *El proceso*, pp.362-365; y PIERGILI, ed. 1663, pp.119, 160).

⁴² Se alude a Corraduccio di Ermanno; su hermana, Francisca, era monja en el monasterio de Clara, en el que, una vez muerta la santa, desempeñó un papel importante en el descubrimiento de los signos de la pasión en su corazón (cf. p. 137)

⁴³ Muy probablemente es un hermano del precedente (cf. PIERGILI, ed. 1663, p. 78)

* Este fraile había sido antes un laico casado y había tenido una hija. Viudo, se había hecho fraile y la hija monja [N.d.R.].

la enfermera, encontraron a la muchacha ya muerta, la cara color de cera, los labios y las uñas casi negras y los miembros fríos y rígidos, y se turbaron fuertemente, porque el padre de la muchacha, capellán del monasterio, no había sido llamado a la muerte de la hija. Clara, venida la lugar en donde se hallaba el cadáver, dijo a las monjas: “Rogad a Dios para que vuelva la vida a este cuerpecillo. Dios, en realidad, puede infundir la vida y el espíritu no sólo en este cuerpecillo, sino también en un tronco”. Y arrodillándose junto al cadáver oró al Señor. Alzándose de la oración, después de algún tiempo, la muchacha comenzó a mover los miembros y a recobrar la palabra. A la mañana siguiente el padre de la muchacha, venido al monasterio, habló largo rato con ella. Tras haber comido un bocado, y haberse confesado con el confesor que había venido con su padre, hacia la hora nona del mismo día, murió. No se produjeron, sin embargo, los acostumbrados pasos de los moribundos, sino que simplemente las potencias de los sentidos abandonaron el cuerpo⁴⁴.

Una muchacha de Stanano, de nombre Bizzola, en la mañana de un viernes santo vino al monasterio y hallándose delante de la puerta del claustro externo la sirvienta Iluminada, le suplicó que se emplease ante la abadesa y las monjas para su acogida. Deseaba, en realidad, dedicarse al servicio de Dios y del monasterio. No habiendo podido obtener anda después de insistentes súplicas, por fin, rechazada por Iluminada, se fue llorando y atribulada casi hasta la desesperación. Mientras tanto Clara, estando en su celda, tuvo esta visión: veía un hermoso acodo de vid, grande hasta formar casi un haz de sarmientos y follaje. El acodo deseaba ser trasplantado al monasterio y no quería echar raíces o vivir en otro sitio, sino en el monasterio. Clara veía también que la sirvienta Iluminada echaba fuera del monasterio al acodo, que así comenzaba a marchitarse y luego a secarse. El mismo día, Clara, habiendo referido la visión a Iluminada y a otra monja para conocer la causa, después que hubo sabido cuanto había sucedido con la muchacha, de inmediato mandó a la misma Iluminada a buscar a Bizzola, la cual, el mismo día, apenas llegada al monasterio, fue acogida al instante y, cambiando el nombre, empezó a llamarse Cristiana.



Contra los errores del espíritu de libertad

Entre las muchas revelaciones que con frecuencia tuvo Clara, una noche vio una nube de gran oscuridad que fluctuaba sobre el mar. En medio a la nube yacía un como crucifijo y a su alrededor una gran multitud de hombres y mujeres religiosos y laicos. Clara reconoció la mayor parte de los que estaban al lado del crucifijo y bajo la nube. Ellos, adorando a aquel crucifijo con todas sus energías, y creyendo erróneamente que fuese Dios, recibían

⁴⁴ El hecho está ampliamente documentado en el proceso de 1318. El padre de monja se llamaba fray Andrés de Tignosone de Montefalco.

de aquel un grande pero desordenado ardor. Clara, invitada por aquellos miserables a adorar con ellos a aquel crucifijo como Dios, reconoció la sutileza del engaño diabólico y no quiso acercarse a adorarlo, al contrario se alejó de su vecindad, sabiendo que la vista de aquel crucifijo no infundía en el ánimo una unción espiritual y que la pasión que los adoradores recibían de él, se trasformaba en apetitos ilícitos y en libidines impúdicas, que Clara aborrecía más que ninguna otra cosa. De ello conoció Clara que aquel crucifijo era el demonio, que había atraído a los que creían en él a esta perfidia y a la obcecación de la mente, para que les parecieran lícitos el placer carnal y la impureza. Entre tanto, habiendo notado Clara entre los que estaban en adoración un hombre muy conocido por su gran fama santidad, un demonio comenzó a denigrarla, diciendo: “¡Tenemos uno de los tuyos!” Clara le respondió: “De los míos, no; ni habría sido tampoco de los tuyos, si hubiera hecho caso a mis palabras”.

A continuación un fraile de la Orden de los Menores, venido al monasterio, propuso a Clara, como si quisiera pedirla un consejo, tres cuestiones, habiéndoselas oído a un fraile de Gubbio de la misma Orden, famosísimo por su santidad, pero que decía tener dudas sobre ellas; a saber: el hombre puede hacer lo que quiera; el infierno no existe; el alma en esta vida puede perder todo deseo. Clara, pareciéndole que estas afirmaciones pudiesen contener el veneno del error y ser demasiado densas en significados para comprender al instante, no respondió de inmediato, sino que por la noche, durante una larga oración, le pidió al Señor su comprensión. Habiéndola recibido, en la mañana respondió al fraile; “Las palabras sobre las que me has consultado llevan en sí un peligrosísimo veneno, si no son entendidas con la debida distinción. En efecto, el infierno no existe en cuanto suplicio de los buenos; el hombre puede hacer lo que quiera, si su voluntad está ordenada en Dios: de hecho es posible que Dios ordene la voluntad de una persona, en modo tal de quitarle la humana para darle la suya, o sea, la de Dios mismo, así que la voluntad de esa persona conformada a la suya no deseará nada que sea contrario a la voluntad divina. Entonces esa persona puede hacer lo que quiera, porque quiere sólo lo que quiere Dios. Por tanto los que dicen poder hacer lo que quieren, no dicen la verdad, si no están en tal estado, como he dicho. El alma, luego, pierde el deseo en este mundo: no es que no pueda desear nada en esta vida, pero es posible, y a veces sucede, que el alma, en el fervor de la contemplación, por arrebatado u otro éxtasis, absorba e inmersa en Dios y desvinculada de todo, repose en un maravilloso deleite, tal que durante el tiempo en que el alma permanece en él, no desee otra cosa que lo que tiene”. El fraile, escuchadas las palabras de Clara, no descubrió los errores que tenía en el ánimo, y, sin decir palabra, se fue.

Después de algún tiempo los dos predichos, o sea, Bentivenga, heresiarca y maestro de errores, y su discípulo Santiago, todavía ocultos —que tenían el oficio de predicadores de la Orden de los Menores y entre los otros de aquella provincia eran tenidos en gran veneración de santidad, especialmente el heresiarca— una tarde hablando de la libertad del alma, afirmaban que ésta pierde todo deseo y que el hombre puede satisfacer toda ansia carnal sin temor de ofender a Dios y realizar cualquier acción que le venga en gana, sin diferencia alguna de pecados y de especies. Creyendo, interpretando y haciendo propias, según el sentido literal y sin distinción alguna, las afirmaciones que había hecho precedentemente, Bentivenga despreciaba las explicaciones de la virgen Clara antes expuestas. Esta le dijo: “El alma, en esta vida, no pierde nunca el deseo, jamás el alma fiel puede estar inmóvil en

esta vida y no crecer en la gracia recibida o infusa por Dios, de modo que no desee cosas más altas y no las ansíe, las busque y las encuentre. Es de necesidad que el alma o mejore de virtud en virtud, o, si no lo hace, decrezca, porque el amor de Dios no puede estar ocioso. Si al alma luego le fuese dada la libertad de pecar, ésta ya no sería libertad, sino sujeción y esclavitud al diablo. El hombre pecando se hace esclavo del demonio y se desvía de la voluntad de Dios: el alma, actuando contra la voluntad de Dios, peca y pecando se encadena y se hace esclava del demonio”

En este coloquio, aunque Clara reconociese que eran errores las afirmaciones hechas por el heresiarca, sin embargo, puesto que el fraile gozaba de gran honor en su Orden y era muy alabado por la santidad, y su error aún no había sido descubierto hasta ahora, le hablaba con mansedumbre y con una cierta consideración de expresión. Puesto que estaba dudosa, de si el heresiarca lo creía y estaba de verdad convencido de los errores que decía o si los afirmaba para ponerla a prueba, le hablaba con moderación, en el sentido de que, defendiendo la verdad, combatía los errores sin mostrar alteración de ánimo. Pero, ya que al aproximarse la noche, no permitía continuar los coloquios, los dos herejes se retiraron y se volvieron al convento de donde habían venido. Pero Clara, permaneciendo en oración durante la noche, vio a Cristo el Señor mostrarse con el rostro turbado, porque ella había hablado al heresiarca demasiado dulcemente y no había resistido con más ferviente coraje a sus errores. Cristo, además, le aseguró que aquellos miserables habían caído en ellos torpemente y estaban tan obcecados que creían verdaderos los errores que sostenían.

A la mañana siguiente los dos frailes volvieron al monasterio, y, puesto que el heresiarca sostenía los predichos errores, Clara respondió con más audacia, defendiendo la verdad católica y con grandísimo fervor. El, maravillado y desconcertado, porque ella no creía a sus errores, la preguntó diciendo: “¿Puede un hombre, después de haberse unido a una mujer, recibir a la mañana siguiente el cuerpo de Cristo?” El, diciendo eso, prescindía del caso del matrimonio, y se refería sólo a la unión por lujuria. Clara, aunque turbada por la obscenidad de las palabras, para defender la fe y la verdad, respondió: “¡No!” El heresiarca continuó: “¿Podría Dios hacerlo?”. Y Clara: “Dios no es autor del pecado y, si hiciese pecado, no sería Dios: esto, sin embargo, es pecado”. Entonces el heresiarca, como burlándose de ella y de sus palabras, sonriendo le dijo: “¿Dios lo permite?”. Clara respondió: “Lo permite”. Y el hereje: “Nada sucede sin el permiso de Dios, porque según el testimonio de las Escrituras, ni siquiera una hoja de un árbol cae en tierra, sino por permisión divina, por tanto, ya que Dios lo permite, es cosa buena, y porque Dios es bueno, no permitiría nada que no fuese bueno”. Clara dijo: “En este caso hay que distinguir dos cosas en el hombre: está la acción del pecado, que es siempre mala; en Dios está la permisión, que es siempre buena. Por eso, lo que en este caso hace Dios, o sea, la permisión, es un bien y se sigue un bien, porque el fruto y el valor de la virtud aparecen mejor por la mezquindad del vicio” Entonces el hereje, acordándose de un buen apoyo de su error, le preguntó: “Puesto que el mérito de la Magdalena es mayor que el de Inés, ¿qué agrada más a Dios, la virginidad de Inés o la corrupción de la Magdalena?”. Clara respondió: “Sin duda que agrada más a Dios la virginidad de Inés y que, en cambio, le disgusta la corrupción de la Magdalena. No niego con ello que la Magdalena pudo haber tenido tanta contrición y tanto ardor de piedad y de caridad y tal hondura de virtud que pudo superar el mérito de la virginidad de Inés. A Dios, sin embargo, no le agradó el pecado, sino el bien que luego se

siguió”. El heresiarca, no pudiendo vencer los argumentos de Clara, se dirigió a la autoridad de las Escrituras y de los santos. Sostenía, aduciendo muchos testimonios, que su errónea opinión se basaba en muchos santos y en las Escrituras. Pero Clara le respondió: “Yo no he estudiado las Escrituras, y lo que mantengo no digo de haberlo leído en las Escrituras, sino que la verdad que afirmo me la ha revelado el Señor y no he oído nunca lo contrario a los predicadores católicos. Estoy segura de que el Señor no me ha engañado y de que lo que sostengo podría confirmarse con los testimonios de las Escrituras y de los santos. Tú, en cambio, miserable, expones las Escrituras con entendimiento malicioso y falso y por no entenderlas deliras cuando las interpretas así. Ni tampoco quiero esconderte que los santos, que con tanta frecuencia aduces, de ningún modo afirmaron ni que la castidad no ha de observarse, ni los demás errores que tú sostienes. Si los hubiesen afirmado no serían santos. Yo jamás creería a semejantes errores y, puesto que estoy instruida por tal maestro, jamás creeré. Más aún, aunque todos los hombres del mundo dijeren y creyesen lo que tú afirmas, yo sola jamás me alejaría de esta verdad que el Señor me ha mostrado y que he aseverado. Ahora reconozco también de ver con claridad lo que el Señor me reveló recientemente por visión. Veía, en efecto, que un tal, atacado por la ceguera de este espíritu tuyo y cegados ambos ojos, venía al monasterio para hablarme. Ahora en persona reconozco que aquel ciego eras tú” El hereje replicó: “Dices la verdad cuando afirmas que te parecía ciego de ambos ojos aquel tal de mi espíritu, que veías en tu visión, porque tú, teniendo un gran cerebro, no penetras la sutileza y la profundidad de mi espíritu”. Clara le dijo: “Yo comprendo la sutileza de tu espíritu y el error, pero no lo sigo y te compadezco mucho, porque has caído tan vergonzosamente y te has separado del Señor”. Clara, por la compasión y el dolor de su error y de su condenación, comenzó a llorar amargamente y le dijo: “Sufro por tu obstinada perfidia, sufro también por las penas que el Señor soportó en este mundo por ti, ingrato”. El hereje empezó a reírse fuertemente, diciendo: “Ruego a Dios que te dé el espíritu que yo tengo”. Clara replicó: “Permita Dios que antes vengan sobre mi, como a él le pluguiese, todas las tribulaciones de este mundo. Estoy segura de que el Señor no permitirá un daño tal a mi alma”. Entonces dijo el heresiarca: “Si yo pudiese predicar cuanto siento en mi espíritu, en breve tiempo renovaría todo el mundo y lo convertiría a la verdad de mi espíritu”. Clara le dijo: “¿Por qué, pues, no predicas?” Y el heresiarca respondió: “Porque tengo miedo”. Clara dijo: “Entonces mi espíritu es mejor que el tuyo y mi Señor, a quien amo, supera y trasciende lo que tú amas. Yo, en realidad, no tengo ningún miedo y por defender la verdad que afirmo, no dudaría un instante en soportar la prueba de la muerte. En efecto, el Dios, al que me adhiero con amor y espíritu de verdad, da audacia y firmeza a los que lo aman, y uno se hace tanto más audaz y firme y seguro y no teme las penas corporales, cuanto más se acerca al Señor mi Dios. Tu espíritu es espíritu de falsedad, que está sujeto al temor y es mísero y vil”. Con éstos y otros muchos discursos, que las frágiles memorias de las monjas no pudieron retener, habrían continuado discutiendo por largo tiempo, pero la hora nona desembocaba en vísperas. El heresiarca, alzándose del lugar donde estaba, se acercó al altar y se apoyó en él. Después de haberse quedado algún tiempo así, vuelto hacia la grada de la que se había separado, dijo a Clara: “El Señor me ha dicho, en este momento, que no hay otro demonio fuera de él. Demonio es sabiduría y Dios es sabiduría, luego Dios es el demonio”. Clara afirmó: “Dios es la suma sabiduría, el demonio

la suma malicia”⁴⁵. Después de esto, el heresiarca, puesto que no lograba resistir la fuerza del espíritu que hablaba en Clara, se alejó. Esta, dirigiéndose a las monjas, dijo: “Yo no dije ser mejor que aquel hombre, por sentir en mí una cierta bondad; lo dije sólo por defender el honor de Dios y refutar sus errores”.

En una visión, Cristo se le apareció a Clara, que rezaba. Caminaba descalzo, con un vestido largo y tan blanco que la nieve comparada con él era oscura. Clara, reconociendo al Señor, se arrodilló y se inclinó deseando besarle los pies. Pero Cristo, cubriéndose primero los pies con su vestidura cándida, permitió que se los besase así cubiertos; luego, bendiciéndola, desapareció. Por esta visión ella comprendió que Cristo se debe amar en honestidad y castidad, que ella siempre había amado y que Dios odia a los herejes de la secta del espíritu de libertad, los cuales sostienen que las acciones deshonestas y torpes no son pecado.

Tras la disputa sostenida con los herejes, la virgen Clara, celosa de la Iglesia católica, se puso con toda firmeza a perseguirlos, denunciándolos, a ellos y a los que creían en ellos, a los superiores de la Orden franciscana y a otros de la provincia del ducado y a algunos cardenales de la santa Iglesia romana, que en aquel tiempo estaban por aquellos lugares, hasta que sobre ese crimen fue decretada una inquisición contra ellos, a quienes, encontrándolos culpables, fueron condenados a la reclusión en cárcel perpetua.

Ella se empleaba a fondo de este modo con una gran confianza en su eliminación. Había visto, en efecto, por revelación divina, que del centro tenebroso de una tempestad de granizo, en la región toscana, se deslizaba un río arrollador y con tal ímpetu que, arrancando bellísimos árboles de ramas deliciosas, arrastraba en su furia los frutos que colgaban de ellos, los cuales, aunque deleitables en su aspecto mientras estaban en los árboles, luego arrastrados por el torrente, se abrían, apareciendo engañosos y vacíos, conteniendo sólo abominables obscenidades.



Un día, Clara y una santa napañera desde la infancia y hasta la muerte, dialogaban en torno a la gracia y a las prerrogativas del sacramento del altar. Clara le dijo: “Crees tú que en la hostia consagrada está el cuerpo de Cristo?”. Ella respondió: “Lo creo”. Y Clara: “También yo lo creo. Hubo un tiempo en que creía sólo por fe; ahora lo creo por certeza y por fe”. Marina preguntó: “¿En qué modo, Clara?”. Esta respondió: “En una visión el Señor me reveló cómo la substancia del pan y del vino, rápidamente, en un abrir y cerrar de ojos, a las debidas palabras del sacerdote, se transforman en el cuerpo y en la sangre de Cristo y cómo todas las hostias del mundo en un abrir y cerrar de ojos se convierten en el cuerpo de Cristo por los diversos sacerdotes, sin

⁴⁵ Este conocidísimo episodio es recordado también en todas las fuentes clarianas. Sobre él cf. L. OLIGER, *De secta Spiritus libertatis in Umbria saec. XIV*, Roma 1943. Sobre Bentivenga de Gubbio, cf. también *Dizionario biografico degli italiani*, 7, (1966), pp. 589ss. El socio era fray Santiago de Coccorano (en otro tiempo conrado de Gubbio, hoy de Valfabbrica, a veces erróneamente identificado con Coccorone: nombre antiguo de Montefalco hasta 1249), el cual ejercía de capellán de monasterio. Ambos murieron en la cárcel como heréticos.

que alguno ponga algún impedimento al otro”. Dijo de haber tenido esta revelación, como también otras, un día mientras oía misa en el oratorio. La realidad predicha y que Cristo está todo en cada hostia consagrada y, si se dividiese, en cada un a de las partes, Clara se lo relató con palabras altísimas, pero Marina no pudo comprenderlo y cuanto había comprendido, recordarlo.

Sor Juana, abadesa después de la muerte de Clara, enfermó de tuberculosis tan gravemente que escupía pulmón mezclado con la sangre y, agravada por la extrema debilidad física, fue considerada sin esperanza por cuatro médicos entre los mejores del distrito, porque había perdido toda energía y ni con las medicinas se podía evitar ya la muerte. Clara, suplicada por las demás monjas de rogar al Señor por la salud de Juana, les dijo: “Sólo la humildad que preveo para el monasterio por parte de Juana, me dispone hacia ella; por lo demás sé que únicamente por la fuerza de la oración puede ser ayudada. Por tanto, oremos por ella al Señor, para que la libre de esta enfermedad tan grave”. Después de poco tiempo, por las oraciones de Clara, Juana se curó totalmente.

Clara, un día, reflexionando en la celda sobre sus defectos y su ingratitud, y viéndose vil y muy mala, con la amargura del dolor, se fue al oratorio para participar en la celebración eucarística. Mientras se celebraba la santa misa, Clara, espiritualmente elevada, vio a Dios en sí misma y a sí misma en Dios como en un espejo, viéndose unida a Dios con una unión indecible. No obstante, aunque se viese totalmente inmersa en Dios y además viese a Dios en sí misma, se veía casi un nada respecto a la infinitud de Dios. Es más, por usar una comparación, se veía como una vasijilla en medio del mar, inmersa en el agua y sostenida en ella.

Cuando cardenales de la santa Iglesia romana o prelados u otras personas honorables enviaban a Clara cartas de recomendación o limosnas o dones, o le sucedía algo alegre o triste, por ningún suceso accidental mostraba alegría o perturbación, ni se notaba en ella mutación alguna de ánimo.

Un día, un capellán del monasterio de los frailes menores [franciscanos], reprendió a Clara por algo reprochable, que había sucedido en el monasterio y que le había sido referido en secreto. Pero Clara, sin muestra alguna de perturbación, le dijo: “¿Quién os ha relatado estas cosas?”. El capellán respondió: “No puedo decirlo, porque quien me lo refirió me impuso el secreto”. Y Clara: “Puesto que vos no queréis decírmelo, os lo diré yo”. Lo había sabido, en efecto, por revelación divina. Y dijo: “Si un mal de tal género hubiera sido sólo pensado, ciertamente habría podido revelárselo Dios; si cometido, el diablo. Pero porque ni ha sido pensado, ni realizado, no fue el Señor a revelarlo, porque el Señor no miente, ni fue directamente el diablo, sino un hombre es el que habló por sugestión suya”. Y Clara, al momento, dio el nombre del tal que había referido al capellán aquella falsedad. “Si la infamia de esta acusación se hubiese referido solamente a mí, no me habría defendido, pues no me habría preocupado de ella; pero porque hace referencia a todo el monasterio, lo defendiendo y aseguro que cuanto afirman es falso”⁴⁶.

⁴⁶ El argumento constituyó el art. 125 del proceso de 1318. El fraile del que se habla es fray Juan de Foligno, llamado “el Continente”. El hecho, que se remonta a varios años antes de la muerte de Clara, fue el siguiente: se puso en circulación la voz de que “las monjas con demasiada desenvoltura habían tocado, cantado y bailado

De hecho, alguna vez Clara decía: “¡Oh, cuántos son los que traman insidias contra mí! Hubo un tiempo en que me perturbaba en la tribulación y en el temor, un tiempo en el que me turbaba ser honrada en las cosas prósperas: ahora no me preocupo ni de las unas ni de las otras”.

El canónigo de Gubbio, don Tomás, preguntó a Clara: “Clara ¿cómo se interpreta lo que el Señor dijo a Moisés: ‘Verás mi espalda, pero no podrás ver mi rostro’, cuan do se lee que él se apareció muchas veces a santas personas, durante su vida?”. Clara respondió: “Se dice que se le mostró la espalda de Dios, para dar a entender lo que se puede ver de Dios en esta vida, no porque en Dios exista propiamente el delante y el detrás, pero se dijo a modo de similitud, porque cuanto se puede ver de Dios en esta vida es lo de atrás, la ‘espalda’, en contraposición a cuanto se verá en la gloria”

Tres años antes de su muerte, Clara, adquirido el breviario, ordenó que en el monasterio se rezase siempre el oficio divino, según el uso de la Iglesia romana. Comenzando por sí misma lo recitaba devotamente, y enseñaba a las otras monjas a leerlo y recitarlo. Se dice haber adquirido esta ciencia por infusión divina, más bien que por ejercicio de lectura, ya que si bien se nos recuerda que en su infancia aprendió siete salmos y una lectura de maitines y nada más, no por eso pudo aprender ciertamente el oficio por ingenio natural y aunque lo hubiese sabido, por el mucho tiempo transcurrido, habría tenido que olvidarlo, tanto más que hasta entonces no había habido nunca en el monasterio libros para leer el oficio. Que la ciencia de Clara fuese inspirada por Dios, fácilmente podía ser valorado por cualquier espero, porque otras veces aunque no hubiese leído libros ni hubiese aprendido las ciencias, respondía exhaustivamente a lectores y predicadores teólogos en torno a cualquier duda o cuestiones profundas. Desde entonces en adelante recitó con orden, mirando al libro raramente, cuando no lo había aprendido y enseñaba a las monjas⁴⁷.

Una mujer de Montefalco, llamada Elena, tenía un niño muy pequeño, tan enfermo de grave epilepsia, que en el periodo de tres días a veces le atacaba hasta catorce veces. A causa de tan frecuentes y graves caídas tenía los ojos vueltos y no podía ser curado en modo alguno, estando –según el criterio de los médicos- a punto de morir. La madre y la abuela del niño se lo encomendaron devotamente a las monjas. Algunos días después, sor Catalina, tía del niño, vio por revelación que él, introducido en el monasterio, se curaba por la virtud y por las oraciones de Clara. Habiendo ella referido todo esto a la madre y a la abuela del niño, Clara, sabiéndolo por revelación no imana sino divina, la reprendió severamente, diciendo: “Tú estás por ahí soñando y luego cuentas tus sueños a su madre”. Pero después, la madre y la abuela del niño, por la convicción de que si Clara tocara al niño, se curaría completamente, lo llevaron al monasterio y suplicaron con ardor a Tomasa, Catalina y a las otras monjas, que estaban con ellas en la grada, de llevárselo a Clara, porque esperaban que por méritos se curaría. Tomasa, conmovida por la piedad, a pesar de esperarse una reprensión, porque no era costumbre de introducir niños en el monasterio, no

con personas seglares, y como consecuencia se murmuraba de ello en todo Montefalco” (cf. PIERGILI, ed. 1663, p. 82). Se sabe también que el divulgador de tal calumnia fue fray Pedro di Salomone, OFM, ya encontrado.

⁴⁷ Clara no debió ser del todo analfabeta, si podía enseñar a las compañeras la lectura del oficio. En cuanto a su recitación, ésta desde hacía ya tiempo había sido prescrita por el papa Inocencio IV a los agustinos eremitanos de Toscana y la norma introducida en las primeras Constituciones de la Orden agustiniana, en 1290.

atreviéndose las otras a correr este riesgo, tomó el niño. Habiéndolo llevado casi hasta la entrada de la celda, Clara, perturbada por su introducción, le dijo: “Pero ¿qué has hecho?”. Tomasa respondió: “Clara mía, por amor de Dios, no me condenes, porque me han movido la misericordia y la piedad, doña Branquina tiene mucha fe y el niño es torturado por una enfermedad gravísima. Oído lo cual, Clara tomó al niño, con el rostro pálido, lo miró largo rato y movida a compasión, dijo: “¡Oh Señor, que curaste una multitud de enfermedades, te ruego cures a este niño de esta enfermedad tan grave!”. Dicho esto, Clara bendijo al niño con la señal de la cruz y, después de haberle dado una cruz de madera, se lo devolvió a Tomasa. Desde aquel momento el niño, por las oraciones de Clara, quedó tan curado que no se encontraron más en él, ni la enfermedad, ni los síntomas de ella.

Margarita de Provenza, estando un día en la iglesia mayor de Spoleto, pensaba a las cosas maravillosas, que había oído decir sobre la santidad de Clara, no creyendo que fuesen verdaderas, especialmente las más grandes y sobremanera difíciles contadas por muchos. Temiendo ofender a Dios, tanto si las creía como sino las creía, y queriendo conformar su voluntad a la de Dios, le suplicó, como ya le había suplicado otras veces por el mismo hecho, que se dignase mostrarle la verdad. Y he aquí que, elevada en una especie de éxtasis y absorta en un arrobamiento espiritual, vio un niño dulcísimo, que superaba toda admirable belleza: ante él estaba una hermosísima mujer, más cándida que la nieve y sin mancha alguna. Del niño resplandecían rayos maravillosos por su luminosidad, no semejantes al esplendor del fuego del sol, sino mucho más luminosos y más bellos. El esplendor que provenía del niño se concentraba totalmente en aquella mujer, tanto que no se difundía en otras direcciones, sino que iluminaba, con fortísima y admirable intensidad, sólo a ella. La mujer difundía el esplendor sobre las monjas de S. Cruz de Montefalco, como si procediese de ella a las otras. Margarita, mientras en la visión pensaba quién fuese aquella mujer que, tan amada por el Niño Jesús, resplandecía con tantas gracias y tanta virtud, sintió y realmente comprendió: “Esta es Clara, abadesa del monasterio de S. Cruz”. Vuelta en sí, no supo, ni entonces ni después, si había visto estas cosas físicamente o sólo en espíritu; únicamente comprobó que se encontraba de pie, tiesa y tan rígida de no poderse sentar, erguida como si fuese una columna. En esta visión Margarita tuvo la certeza de la santidad de la virgen Clara y desde aquel momento creyó y tuvo por ciertas cosas aún mayores de las que decía la gente de ella. A la misma Margarita le fue revelado por el Señor más de una vez, que Clara tenía los signos de la pasión de Cristo. Ella, en cambio, interpretaba tal revelación como referida a la contemplación espiritual, en el sentido que Clara tuviese en el corazón el recuerdo de la pasión. Por eso a nadie relató la visión hasta que oyó, después de la muerte de Clara, que habían sido encontrados en su corazón los signos de la cruz y de la pasión de Cristo.

Juanita, leprosa y reclusa de S. Bartolomé de Montelucio, en un arrobamiento vio todas las monjas del monasterio de S. Cruz elevadas del suelo unos dos brazos y a Clara todavía más alta sobre ellas. En tal visión Juanita conoció que Clara tenía en sí la santidad y atraía a las monjas de su monasterio al servicio de dios

Una purísima virgen de Spoleto, de vida santa y habituada a las revelaciones divinas, en una de ellas, vio una numerosa comunidad de jóvenes de admirable belleza, vestidas a la francesa, que caminaban dos en dos, y otra comunidad de vírgenes religiosas que las seguían

del mismo modo. La virgen, admirada de semejante visión, se acercó a una de aquellas religiosas y le preguntó qué significaba aquello. Esta respondió: “Somos los hijos e hijas de S. Clara de Montefalco”. Entonces, alzando los ojos, vio avanzar, detrás de las vírgenes, camellos, encima de los cuales había una especie de concha o vasija de oro, de gran dimensión. En medio de la vasija se veía una bellísima columna, encima de la cual estaba otra concha maravillosa, pero más pequeña que la primera; en medio de ella se alzaba otra columna en dirección de la inferior, en cuya cima había otra concha, que sostenía una tercera columna. En las vasijas o conchas, flores y lirios de oro esplendentes emanaban maravillosos e intensos perfumes y eran tanto más bellos y esplendentes cuanto más altas estaban las conchas. Sobre la tercera columna estaba la beata Clara con admirable ornamento y esplendor. Esta, sentada sobre el trono de las sublimes virtudes, dijo a las vírgenes: “Esta es mi hija”. Y al instante les mandó que le condujesen a la virgen que tenía esta visión. Cuando se la condujeron, la besó y la abrazó, infundiéndole tanto consuelo, dulzura y perfume que sus capacidades naturales no podían sostener la sobreabundancia de alegría. En esta revelación la virgen comprendió claramente que Clara tenía las virtudes, los adornos y las perfecciones de las virtudes y que gallardamente había escalado sus peldaños⁴⁸.

La abadesa del monasterio de Colle del Consiglio⁴⁹, mientras reflexionaba, un día, sobre la santidad de Clara, de la que había oído muchas cosas, vio en espíritu un cirio tortuoso encendido, muy bonito y de tal grandeza que un hombre no habría podido abrazarlo. Su llama era grandísima y subía directamente hacia el cielo. Mientras se acercaba al ingreso del cielo, por sí mismo formó tres puntas y tres llamas y llegado muy velozmente a la presencia de la Trinidad, Cristo Hijo de Dios, en forma humana, lo acogió con rostro alegre y volviéndose a Paula [así se llamaba la abadesa], que veía todo esto, le dijo: “Este don ha sido mandado por Clara de Montefalco y yo lo acojo con amor”.

En el año en que Clara murió, un hombre de vida buena de Spoleto, le preguntó: “Clara, ¿cómo estás?”. Respondió: “Dios me permite revelarte cuanto voy a decirte”. Y dijo: “Todas las cosas se han vuelto para mí iguales, de modo que mi espíritu no experimenta cambio alguno por cualquier hecho externo. Me siento tan vil que si alguien me arrojase al río o me ofendiese de otro modo, por la conciencia que tengo de mí, no podría decirle que me dejase o que no me ocasionase injuria alguna. Aunque me viniesen todos los vituperios del mundo o todos sus honores, no sufriría cambio alguno. Más aún, no sufriría alteración, ni siquiera aunque estuviese con los ángeles o con los santos, porque tengo la visión de Aquel de quien reciben consuelo y paz los santos y los ángeles

El mismo afirmó que Clara, preguntada por él, si pedía a Dios lo que El no escucha, respondió: “Todo lo que le pido, Dios me lo concede; él, sin embargo, ha dispuesto mi voluntad de tal modo, que no quiera nada que a él le desagrade”⁵⁰.

⁴⁸ La mujer se llamaba Sibilia, según el índice de nombres puestos al fondo del códice montefalquense. De ella no se tienen más noticias.

⁴⁹ El monasterio de S. Juan de Colle del Consiglio (junto a Spoleto) no está documentado de otro modo. Se dice haber sido fundado en 1130, pero no se dice siquiera qué Regla hubiese observado, ni a qué Orden perteneciese. En 1456 se unió al monasterio agustiniano de la Stella de Spoleto

⁵⁰ El índice, al fondo del códice, pone como referencia el nombre, ya encontrado, de Blas de Letula (cf. nota 34)

Preguntada una vez por un religioso cómo es posible que sean satisfechas plenamente todas las propias aspiraciones, respondió: “¿Qué es, pues, nuestra poquedad respecto a la infinidad divina?”

Menos de un año antes del tránsito de Clara, mientras rezaba en su celda durante la noche profunda, un diablo enorme con muchos otros demonios más pequeños, visto por ella, por tres veces, fue a todas las puertas de entrada del monasterio. No habiendo podido entrar, tras violentos intentos y gran fatiga, por ninguna de las puertas, vino a la de la celda de Clara, por la que se salía al claustro, y rabioso dijo a Clara, para referir a la letra sus palabras: “Tú has hecho de todo para que yo no pueda entrar, pero yo te urdiré tales intrigas que me la pagarás tú y los que estén contigo”. E inmediatamente, con sus secuaces, se alejó –visto por Clara- hacia otro ambiente religioso, donde al día siguiente, como ya había sucedido con frecuencia también antes, se urdieron complots inicuos contra ella y su monasterio.

Después de algunos días, habiendo referido Clara dicha visión a su capellán, éste dijo: “Tu visión era verdadera: En efecto, estando yo presente tramaron estas cosas –y las refirió- contra ti y tu monasterio. Pero yo las he impedido en cuanto he podido”

Un fraile de Bevagna, franciscano⁵¹, venido un día al monasterio, entre otras cosas dijo a Clara: “¿Qué es esto, Clara? He encontrado una persona que goza de tanta paz y tranquilidad, que no la turba nada”. Clara dijo: “si la persona de que hablas vieses cometer un pecado y ofender a Dios, ¿ni siquiera por esto se vería turbada?” El fraile repuso: “No sería sacudida por nada”. Clara dijo: “No se puede decir que esa persona esté en paz y tranquila, es más, espiritualmente está muerta y por tanto no vive, porque así como el cuerpo muerto no siente nada, lo mismo el alma que no se siente sacudida y turbada, cuando Dios es ofendido, espiritualmente está muerta y no se puede decir en verdad que esté en paz y tranquila”. Y añadió también: “Haz una prueba con la persona que dice estar en tal estado: dale un bofetón en la cara o un golpe con una piedra, y entonces verá que no tiene ni paz ni paciencia, porque no tiene ni siquiera el espíritu de Dios. Que no quieres golpearla, al menos preguntale si, en el caso que fuese golpeada, se turbaría, y verás qué te responde”. El fraile dijo: “Ahora entiendo como no había entendido nunca”, y mostrándose satisfecho de la respuesta de Clara, se fue allí. Después de su partida Clara comenzó a pensar que el fraile había hablado de sí mismo. Nutriendo la sospecha que tuviese el ánimo corrompido y perteneciese a la herejía de la secta del “Espíritu de libertad”, dijo a algunas monjas: “Me temo que esté inficionado del error”. Y sufriendo por él, mostraba con palabras y otros gestos la pena por no haberle hablado más largo rato y por no haber escrutado más a fondo sus sentimientos.

Pero después el fraile volvió al monasterio y Clara, por las sospechas que había tenido, más fuertemente encendida de celo hacia él a causa de la fe católica, con gran fervor empezó a hablar de la perfección del alma y de su estado respecto a Dios, continuando el diálogo en torno a lo que se había hablado antes. Conversando juntos, Clara, amplió el tema, para poder conocer a través de sus palabras o de cualquier otro indicio, si hubiese caído en la herejía. Durante el diálogo el fraile dijo: “Clara durante cuatro años he estado en una tan

⁵¹ La misma fuente da el nombre de fray Juan de Bevagna.

profundísima paz y serenidad que no sentía ni perturbación ni alteración por ningún hecho; luego se me dio un estado en el que me veía con tanta perfección, que veía y conocía a Dios en todas las cosas y me deleitaba continuamente en él”. Clara, comprendiendo que él se consideraba en total seguridad, le dijo: “Guárdate, guárdate bien, hermano, porque tú crees estar en alto, pero ten cuidado a la bajada y a cómo vas a bajar!” El le replicó: “Actúe Dios según su juicio, porque yo no me preocupo de si quita o si da”. De esto Clara tuvo una fuerte sospecha hacia él, pero no quiso juzgar todavía. En efecto, como refirió luego a las monjas, ella pensaba que puede existir un alma con tanta humildad de no perturbarse si Dios le quitase las gracias que habitualmente recibe, porque se ve y se reconoce indigna. Pero dado que al fraile le pareció que Clara no le creyese, añadió: “Mira, Clara, si un hombre estuviese en una casa en donde hubiese una luz y nada más que aquella luz, el hombre no podría ver más que aquella luz, puesto que no hay nada más”. Clara, repuso: “Admito que un alma alguna vez está tan unida, tan elevada y tan absorta en Dios, que en aquel momento ni ve ni siente otra cosa que Dios. Pero eso en este mundo no puede durar continuamente, porque también las personas que tienen este estado y esta gracia permanecen poco tiempo en él y muy pronto vuelven en sí mismas. Vuelta en sí, cada alma está sujeta al temor y debe pues temer por sí misma”. Tras este diálogo, el fraile se fue. Clara, reflexionando sobre sus palabras y temiendo que hubiese caído en la herejía, dijo a las monjas que en aquel momento estaban presentes: “No puedo conocer con claridad si ese fraile haya caído en el error. En efecto, unas veces dice palabras buenas y santas, pero otras veces en su discurso intercala otras que parecen sospechosas de ese maldito error del espíritu de libertad; y luego si ha dicho algo sospechoso, disimula y enmascara sus palabras, por lo que no puedo juzgarlo con seguridad. Sin embargo, puesto que lo considero muy sospechoso, aunque no pueda ver claramente su estado, vosotras, para vuestra seguridad, absteneos de sus discursos y guardaos de él, como de un hombre muy peligroso”.

Cuando Clara enfermó de la enfermedad que la llevó de este mundo, aquel fraile fue mandado por su superior a escuchar su confesión. Aunque él no fuera considerado herético por nadie, sin embargo, puesto que Clara, como se ha dicho, había comenzado ya a sospechar, durante la confesión reanudó el razonamiento y aunque gravemente enferma, le repitió con fervor cuanto le había ya expuesto otras veces. El fraile le dijo: “Clara, yo afirmo creer como crees tú”. Y Clara: “Ésta es mi convicción y mi fe: que toda alma mientras vive en su cuerpo en este mundo puede ofender a Dios y le ofendería si Dios la abandonase a sí misma. Por eso cuanto más en alto está, tanto más debe temer y estar vigilante para no caer”. Después que el fraile se hubo ido, ella refirió a las monjas cuanto dicho arriba y otras muchas cosas, pero éstas no pudieron retener más de todo ello.

Durante la misma enfermedad, Clara tuvo casi continuamente maravillosas elevaciones y arrebatos por diez días, durante los cuales, como en otros muchos precedentes y en los diez siguientes, refirió con discreción a las monjas muchas de las visiones y revelaciones que había tenido de Dios en tiempos pasados. Se piensa que esto haya sido hecho no sin mandato divino, para que no quedaran escondidas las tantas y grandes gracias que Dios le hizo, sobre todo porque en otros tiempos, tanto en la buena salud como en la enfermedad, no acostumbraba a referirlas, a no ser alguna, pero muy rara vez y parándose para confesar la propia vileza y la propia ingratitud, o también, alguna vez, para la instrucción y el cuidado de las monjas.

Puesto que Clara, por la sublimidad de estos arrebatos perdía las fuerzas naturales del cuerpo, los médicos y las monjas temían que muriese en alguno de ellos, a pesar de no ser mortal la fuerza y el tipo de esa enfermedad, que, más bien, como aseguraban los médicos, era un estado en debilitamiento y de naturaleza no grave. Para impedirle semejantes arrobamientos, los médicos mandaron hacer un lecho portátil con el que pudiera ser llevada por el monasterio. Cuando las monjas quisieron meterla dentro, ella con cara alegre, dijo: “Este lecho volveréis a tenerlo pronto, porque permaneceré aquí por poco tiempo”. Otro día, elevada a Dios, dijo a las monjas que allí cerca: “¡Oh, cuánta gente! ¡Mandadlas fuera! ¡Me admiro de cómo puedan estar aquí!”. Entonces las monjas le preguntaron: “¿Tienes miedo, Clara?”. Respondió: “No tengo ningún miedo, porque llevo en mi corazón la cruz del Señor mío Jesucristo crucificado”. Entonces Juana hizo con la mano sobre ella la señal de la cruz. Clara le dijo: “Hermana, ¿por qué me has hecho esta señal? Yo no tengo necesidad de cruz exterior, porque llevo impresa en mi corazón la cruz del Señor mío Jesucristo crucificado”. Y con frecuencia repitió estas palabras.





La última semana

En la fiesta de S. Lorenzo, Clara, con el rostro todo alegre, comenzó a soltar y a mover los miembros, que durante varios días no había podido hacerlo. En las elevaciones del espíritu, viendo que la asistían las comunidades de los santos y conociendo estar invitada al paraíso, como se podía entender de sus razonamientos, dijo: “Pedid a Santa María que acoja mi alma”. Y dirigiéndose a las monjas, dijo: “Exultemos todas en el Señor y cantemos ‘Te Deum laudamus’, porque el Señor mío Jesucristo quiere llevarme con él. Todo el paraíso y toda la comunidad celestial se prepara para acogerme, y yo quisiera invitar a todo el mundo a estas nupcias”. Decía también algunas frases como si hablase directamente a los santos presentes, exclamando entre otras cosas: “¡Oh fraternidad de la vida eterna!” Luego, volviéndose hacia las monjas, dijo: “No puedo permanecer más. ¿Qué hacéis vosotras? He aquí que el paraíso se prepara a recibirme, porque me quiere y S. Francisco y todos los santos vienen a llevarme consigo, porque el Señor mío Jesucristo me quiere⁵². Después de un poco de tiempo, en aquel mismo día, en la elevación del espíritu, decía: “Veo que en todo se actúa la justicia de Dios y veo que toda la creación es buena y no veo ningún mal, sino uno solo”. Una de las monjas le preguntó: “¿Soy yo ese mal, Clara?”. Clara no le respondió, pero repitió: “Veo que todas las cosas son buenas y no hay ninguna mala, sino el pecado”. Pero ya que en esta elevación del espíritu, por los movimientos del cuerpo, parecía que sintiese dolor, Juana quiso preparar un cierto ungiendo para el alivio del mal ilíaco que Clara había padecido otras veces. Pero ella dijo: “Llévatelo. ¿Piensas acaso que sienta ahora dolor al lado?” Después de permanecer algún tiempo así, se volvió del otro lado, y como si hablase a los demonios allí presentes, pero apostrofándolos con audacia y gran fervor, decía: “Criatura maldita, no quiero ni dar ni pretender nada de lo tuyo”. Y añadía: “Dices que me querías dar. Aléjate de aquí, criatura maldita. Hace cinco mil años que fuiste maldecida por Dios y yo también te maldigo”. Vuelta hacia las monjas dijo: “Decía que me quería dar: y yo no quiero ni dar ni recibir nada de lo suyo”. Dado que las monjas presentes comprendieron que estaba luchando con el diablo, una de ellas, a pesar de que Clara hablase con la máxima seguridad, le preguntó: “¿Tienes miedo, Clara?”

⁵² Este paso, en el códice montefalquiano, ha sido –así como en otros puntos– gravemente interpolado, sustituyendo a S. Agustín por S. Francisco. Los testimonios procesales que nos quedan también citan solamente el nombre de S. Francisco. Pero el agiógrafo Piergili, en el 1663, justificándose a este propósito, aseguraba: “entre los escritos mencionados se encuentran algunos cuadernos en los que se registran los testimonios examinados por orden de Pedro Trinci de Foligno obispo de Sspoleto, y uno de estos testigos, al deponer sobre la susodicha visión, dice que la beata Clara nombró a S. Agustín y a S. Francisco: *Ecce S. Augustinus, ecce S. Franciscus, etc.* ¿Cómo entonces puede decirse, que no escribo con sinceridad, cuando escribo lo que encontré escrito en folios antiguos?” (cf. PIERGILI, ed. 1663, en el prólogo con el título: *A quien quiera leer, l’Autor*). El texto luego, dado por un fraile de la Observancia franciscana a Alberti (cf. nota 15), en el último tramo del s. XV, y reelaborado por éste en un latín humanístico, al respecto trae: “He aquí una estela de santos: notable Francisco estigmatizado, Lorenzo quemado, Bartolomé despellejado, Pablo decapitado; notable nuestro padre Agustín, maestro de todos los doctores y espejo de todos los santos; notable Domingo, Benito, Basilio. He aquí un coro de Vírgenes...” De frente a tanta abundancia de nombres expresos, no se sabe qué decir. Sin duda que Clara, en aquella circunstancia, debió nombrar tanto a S. Francisco como a S. Agustín. De los testimonios antiguos, evidentemente discordes, Berengario extrajo las dos versiones diversas (cf. la otra, nota 15), que luego los copistas sucesivos o los dueños de códices se sintieron autorizados a unificar, cada uno –naturalmente– según el propio interés, las propias simpatías y las diversas tendencias.

Respondió: “Ningún miedo” y añadió: “Miedo de qué, si tengo en mi corazón la cruz del Señor mío Jesucristo crucificado?” Entonces una de las presentes quiso hacer sobre ella la señal de la cruz. Y Clara le dijo: “Por qué me haces la señal de la cruz? ¿No os he dicho que la cruz del Señor mío Jesucristo crucificado la tengo dentro de mi corazón? Y después de un poco hizo salir a las monjas de la celda en que yacía echada. Permaneció, sin embargo, Juana, de la que no evitaba la presencia, sea cual fuere la gracia que Dios le hiciese. Y empezó con dulce y moderada voz a cantar, diciendo: “Amor mío Jesucristo, que me guardas, has atraído tanto mi alma con tu purísimo aspecto, que no puedo entretenerme de ir a ti”. Luego, vuelta a Juana, que se había quedado en la habitación, con rostro alegre le dijo: “Mi alma se ha encontrado con mi dilecto fidelísimo Jesucristo, que me ha dicho también que vaya a él. Por esta palabra suya mi alma está tan llena de dulzura y de incontenible deleite, que no puedo por menos de ir a él”. En la elevación de aquel día, Clara dijo otras muchas devotas y profundísimas palabras, que la frágil memoria de las monjas no pudo retener. Pero yo, que las escribo, he conservado con toda escrupulosidad lo que pudieron recordar, sin añadir ni cambiar nada.

Después de algunos días, una monja puso una cruz en frente de Clara, que yacía en cama. Cuando Clara la vio, dijo: “¿Por qué ha sido puesta allí esa cruz?” Le respondió una de las monjas: “Clara, hemos puesto ahí esa cruz porque es la imagen que recuerda a Cristo crucificado y porque contiene muchas cosas bellísimas”. Clara dijo: “Hermanas, no hace falta que pongáis la cruz para mí, porque yo llevo en el corazón la cruz de Cristo”. Y con voz sumisa lo repitió muchas veces.

En la fiesta de la asunción de la Bienaventurada Virgen María, dos días antes de su muerte, Clara hizo llamar en torno a sí a todas las monjas. Instruyéndolas y animándolas a servir a Dios, entre otras cosas, dijo: “Hijas mías queridísimas y hermanas, os encomiendo a todas vosotras y mi alma a la muerte de Cristo Señor crucificado y confío al Señor a vosotras y al trabajo que he desenvuelto en vosotras. Vosotras, sin embargo, sed humildes, obedientes, pacientes y unidas en el amor y obrad de modo que Dios sea alabado en vosotras y no se pierda la obra que el Señor Dios ha realizado en vosotras”. Y así, instruyéndolas largamente e inflamándolas con estas y muchas otras palabras, las enfervorizó en la piedad. Terminado con fervor su razonamiento, recibió el sacramento de los enfermos, que precedentemente había pedido.

Otro día, en la elevación de la mente, Clara decía: “¡Que se me deje ir!”. El médico que había entrado para visitarla, preguntó: “¿A dónde quieres ir, Clara?”. Ella respondió: “A mi Señor”. Puesto que el médico lo había ordenado así, Marina y las demás monjas trataban de disuadirla de estos pensamientos y de estas elevaciones, y por eso buscaban cómo distraerla con alguna conversación. Clara, volviéndose a Juana, su secretaria, preguntó: “¿Qué cosas digo, Juana?”. Le respondió: “Clara mía, tú dices muy bien, pero las monjas querían traerte de estas elevaciones a la realidad presente; después de haberte fortalecido, podrías concentrar mejor tu mente en Dios”. Clara con gran fervor de espíritu, repuso: “¿Retenéis que esos sean pensamientos míos? ¡No son pensamientos míos, hermanas!” Se cree que respondiera así, no en el sentido de que no tuviera la mente en Dios, sino en el sentido de que no sólo tenía la mente en él, sino también en varias visiones y en el ciertísimo conocimiento de Dios, de los santos y de la gloria que le estaba preparada. Después de un

poco, Clara dijo: “¡Arrojadme al suelo y golpeadme!” Luego rogó a las monjas que recitasen por ellas lagunas Horas canónicas, que dijo haber omitido algunos días a causa de la enfermedad. Cuando las monjas no habían terminado aún de decir las Horas, conoció que le habían sido perdonados por Dios todos sus defectos y la gloria celeste que le estaba preparada. Considerando con estupor su inmensa belleza, con gran alegría y fervor de espíritu, exclamaba: “Es demasiado, es demasiado, Señor, el gran premio del paraíso!”

Hacia la tarde, Clara mandó llamar a su hermano Francisco, entonces superior de los franciscanos del valle de Spoleto. El mandó a preguntar si podía aguardar hasta el día siguiente. Clara respondió: “Si mañana no viniere muy pronto, no hace falta ya que venga

La mañana del sábado, en la que Clara pasó de este mundo al otro, llamó a sus hermanas del monasterio y, en el lecho portátil, se hizo llevar, con gran alegría, al oratorio; después que la hubieron posada, se hizo poner en otra parte del oratorio mismo, indicado por ella con precisión. Y allí, con profunda serenidad, se adormeció.

La mañana del mismo día, una monja del monasterio de S. Iluminada, junto a Spoleto⁵³, laudablemente envejecida en pureza, en virginidad y obras santas, no sabiendo de la enfermedad de Clara, fue al oratorio de su monasterio a rezar. Después de haber rezado algún tiempo, junto a la grada de hierro, a través de la cual las monjas miran hacia el altar el cuerpo de Cristo y reciben los Sacramentos de la Iglesia, vio en la parte exterior del oratorio, donde los ministros sagrados celebran el culto divino, tres niños semejantes en todo, más aún, iguales, de la misma edad e indeciblemente maravillosos y graciosos. Su cabello era rubio, sus mejillas coloreada como rosas, mientras sus rostros, las manos y los otros miembros superaban toda blancura y toda belleza. Sus vestidos eran blanquísimos y resplandecían maravillosamente en los ornamentos dorados. Después de haber examinado diligentemente a los tres niños y, por su experiencia en las revelaciones divinas, habiendo concluido que no eran seres mortales, vio a los tres maravillosos niños, unas veces tan unidos, que parecían uno solo; otras veces distintos uno de otro, pero, aunque separados, talmente iguales, que cada uno, separado de los otros dos, era de igual grandeza y en todo semejante al niño que aparecía de la unión de los tres, el cual en nada superaba a cada uno de los tres separados, siendo en todo semejante a cada uno de ellos. Mientras estaba absorta contemplando su belleza, vio, sobre el altar de la iglesia u oratorio, un bellissimo árbol, frondoso de ramas y follaje de diverso género y propiedades. En efecto, tanto al interno como al externo de la copa, había rosas y lirios, ramitas de olivo, flores y ramas hermosas y perfumadas, que cubrían con su espesura todo el altar. Y he aquí que de repente entra en la iglesia una formación de ángeles, que de dos en dos procedían de un modo muy elegante. Admirada por esta sublime visión, la mujer se levantó del lugar en donde estaba sentada junto a la grada, y, queriendo hacer partícipes de tanto don a las otras monjas, quería salir al claustro para llamarlas a ver semejante visión. Alzada de donde estaba sentada, andaba de acá para allá en el interior del oratorio, pero de ninguna manera podía salir al claustro y llamar a las monjas: de la sublimidad de la visión le provenía un tal sentimientos espiritual que ni siquiera podía llamarlas, y caminaba con gran dificultad y pesantez. Entonces uno de los tres niños, que ella reconoció como Cristo, la llamó por su nombre, diciéndole -relato

⁵³ Según el índice, ya más veces citado, se trata de Sor Bartoluccia, de ningún otro modo conocida.

sin cambiar, añadir u olvidar nada-: “Bartoluccia, ven, mira y no temas, porque nosotros estamos yendo a donde Clara de Montefalco, que debe venir con nosotros; en su cuerpo se encontrarán tres cosas como piedras preciosas”. Reconfortada por la voz de Cristo, volvió junto a la grada de la que se había alejado y vio aquella innumerable multitud de ángeles entrar de nuevo de dos en dos en la iglesia. Y después de los ángeles, entraron sucesivamente la comunidad de los confesores, las comitivas de los mártires en órdenes distintos y al final los Apóstoles. Además de la visión general de todos los santos, de cada formación ella reconoció a algunos en particular. Los santos entraban en la iglesia cada uno en su grupo y con diversos ornamentos: algunos con el hábito de religiosos, otros con las insignias militares, otros con las diaconales, otros sobresalían con los ornamentos sacerdotales y otros resplandecían por la majestad pontifical. Y así los santos diversamente adornados, entraban procesionalmente en la iglesia. Aquella admirable y sobrenatural multitud de ángeles y santos llenaba completamente la iglesia y no obstante entraba continuamente otra innumerable multitud, que ni la primera era impedimento a la acogida de los otros, que todavía entraban, ni éstos limitaban el espacio a los primeros. Al final llegó a la iglesia una ingente multitud de vírgenes, adornadas de esplendor y de gracia admirable. En medio de ellas procedía con solemnidad la Madre del Señor, que superaba por belleza y gracia a todos los demás santos. Estando en el umbral de la iglesia, dijo a los otros santos: “¡Vayamos a Clara de Montefalco, que debe venir con nosotros!”. Apenas oída la orden de la Virgen gloriosa, los santos y santas se acercaron al altar y, cogiendo cada uno un ramito de aquel árbol rico de flores y de ramas, partieron procesionalmente y en el orden en que habían venido. La monja que veía todo esto reconoció que cada santo y cada santa había cogido llevaba una palma o un ramo, según la propiedad de la virtud que había tenido en esta vida. Bartoluccia, que había tenido esta visión y esta revelación, sobre todo porque no había tenido ninguna noticia de la enfermedad de Clara, con cuidado anotó el mes, el día y la hora de la visión. Hacia la hora de vísperas tuvo noticia de que Clara, en la mañana misma, poco después de la hora de la visión, había dejado este mundo.

Después que Clara se despertó del sueño de que se ha hablado, fray Francisco preguntó al médico, que había visitado a Clara y que estaba saliendo del monasterio, cómo estaba. El médico respondió: “Creo que está curada del todo. A parte del temor por los arrebatos que tiene frecuentemente, no puede haber peligro inminente”. Fray Francisco dijo: “Quiero volver a casa, porque, según parece, no hace falta que entre”. Clara, que estaba en el oratorio, conociendo las palabras de su hermano, no por haberlas oído, sino por revelación divina, dijo a una sirvienta que esta allí cerca: “Ve y dile a fray Francisco que entre, de otro modo no me verá más”. Entonces fray Francisco, llamado, entró con fray Tomás, capellán del monasterio y, encontrando a Clara sentada en el lecho y con el cuerpo erguido, dijo: “Clara, ¡estás curada, de verdad!” Clara, con la voz firme, como si no tuviese alguna enfermedad, habló a los dos frailes con sabiduría y con intensa dulzura. Luego, por la insistencia de los frailes y de las monjas, tomó alimento. Permaneció sentada en el lecho, con el cuerpo erguido y con un color tan hermoso y el rostro tan alegre y con tal restablecimiento de las fuerzas físicas, que parecía sin ninguna enfermedad y completamente curada, tanto que los frailes y las monjas, que estaban a su alrededor, se alegraban diciendo: “¡Realmente Clara está curada!” Ella se sonrió un poco y volviéndose hacia su hermano, le dijo: “Te recomiendo de un modo especial este monasterio, y tú

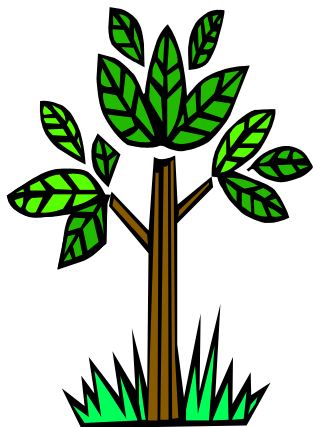
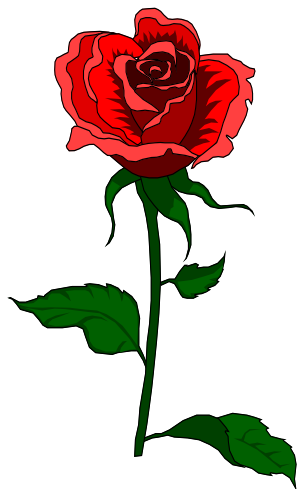
compórtate bien y sé bueno”. Dirigiéndose luego a fray Tomás, capellán de monasterio, que estaba allí presente, le dijo, aunque se hubiese confesado más veces y minuciosamente, durante aquella enfermedad: “Confieso a Dios y a ti mi culpa por todos los pecados que he cometido contra Dios”. Poco después, dirigiéndose a las monjas, dijo: “Vosotras tratad de vivir con Dios, porque yo voy a él”. Apenas dicho esto, estando con el cuerpo erguido y sin algún cambio de los miembros o de los sentidos, exhaló el espíritu, entregándose a Dios con tanta alegría, que no pudo comprobarse que el cuerpo, en la separación del alma, experimentase ni ansiedad ni dolor. Maravillosa esa separación del cuerpo y del alma, porque el cuerpo no hizo los movimientos acostumbrados de los moribundos, no deformó la boca ni los labios, no trastornó los ojos, ni el rostro palideció, ni los miembros se pusieron rígidos. Es más, ni siquiera dobló la cabeza hacia un lado. Murió manteniendo su color rosáceo, los ojos sólo un tanto alzados, sin ningún signo de dolor. La preclarísima virgen Clara pasó de las tinieblas de este mundo a la gloria del esplendor celeste en el año del Señor 1308, el sábado 17 de agosto, poco antes de tercia.

A la misma hora del mismo día, Paula, abadesa del monasterio de S. Juan sobre Spoleto, estando en su monasterio, vio una virgen vestida con candidas vestiduras, unida a una innumerable multitud de santos, venir conducida por el aire al cielo con la ayuda de los ángeles. La indescriptible belleza de la virgen atrajo tanto el ánimo de la vidente, que no fijó la atención de la mente al conocimiento particular de los santos que la acompañaban. La veía, en efecto, resplandecer con tanto fulgor, que, más cándida que la nieve y sin mancha alguna, se ofrecía de tal modo a su mirada, que mientras la veía al externo, la veía también al interno, y mientras la veía del lado posterior, la veía también del anterior. Pero a fin de que Paula no dudase en absoluto de esta visión y pudiese dar más decididamente testimonio de la ascensión de Clara, tuvo también la misma visión los dos días siguientes. No había sabido nada de la enfermedad de Clara, pero luego supo por la gente que había muerto el susodicho sábado y a la hora en que había tenido la visión. Dios, al tercer día, hablándola interiormente, le había dicho que la virgen que había visto era Clara, llevada a aquella hora a la vida eterna en aquel modo tan glorioso.

Clara permaneció sentada, erguida, hasta la hora nona y más, y sólo tras muchos controles hechos por el médico, se la consideró muerta. En verdad, después de mucho tiempo, por la palidez y la frialdad del cuerpo, se comprobó que estaba muerta; efectivamente las monjas con fuerza extendieron el cuerpo sobre el lecho, no habiendo plegado todavía ni siquiera la cabeza a algún lado.

En Spoleto, la anciana virgen Sibilía, madura por la gravedad de las costumbres y famosa por la santidad de vida, mientras estaba rezando en su casa, por revelación divina, vio dos ángeles que presentaban otras tantas almas a Clara con muchas otras vírgenes, que estaban junto al Señor. El Señor, volviéndose, miró a otro de los ángeles presentes, el cual inmediatamente tomó un vestido con el que Clara, por orden del Señor, fue vestida al instante. El vestido era del color del oro y como historiado con arte maravilloso, que resplandecía como las estrellas del firmamento, superando en belleza todos los vestidos de las demás vírgenes. Sibilía, queriendo saber qué significaba eso, oyó al Señor responder a su deseo: “Estas dos almas se convirtieron y se salvaron por Clara, por eso se le añade este vestido”. Sibilía, que no sabía nada de la enfermedad y de la muerte de Clara, anotó el día

de la visión: al día siguiente oyó que Clara había abandonado este mundo, es decir, precisamente el día en que había tenido la visión.



Los signos de la pasión

A la tarde del día siguiente, domingo, fue abierto el corazón de la virgen Clara, en el cual, como ella había predicho, aunque sus palabras no habían sido comprendidas, estaba el tesoro de la cruz y, aunque ocultos, estaban puestos todos los signos de la pasión de Cristo. Tenía, en efecto, en el corazón, esta virgen restauradora de la ley evangélica, todos los signos de la pasión de Cristo y, en la vesícula, de la hiel, que las monjas, abriendo el cuerpo habían encontrado dura y seca, los signos de la Trinidad. En su corazón, pues, en la semejanza carnosa de los nervios duros, por una parte la cruz, tres clavos, la lanza y la caña; por la otra, la columna, el flagelo con cinco cuerdecillas, y corona. En la vesícula de la hiel no había quedado ningún líquido, había sólo tres piedras redondas y circulares in todo semejantes por el color oscuro, pero creo sin poder especificar, o sea, sin ningún color preciso, es decir, de un mixto de todos los colores propios de las piedras, representando de modo creíble la Trinidad.

El aspecto de los signos era el siguiente: El corazón de la virgen era grande como la cabeza de un niño pequeño, exteriormente recubierto de grasa, que no se veía nada del músculo. El interno era cóncavo y vacío, sin división alguna intermedia, como es propio de todo corazón: en la concavidad estaban sólo los susodichos signos. Ya en la apertura del corazón sucedió algo realmente milagroso, porque la monja que lo abrió, debido al espesor, no habría podido cortar con la navaja de afeitar a derecha o a izquierda de un solo gran tajo, ni más profundamente, sin destruir algo de los signos.

La cruz, casi en forma de "tau" tenía el pie o tronco del grosor poco más o menos del índice de un hombre y largo como el de una mujer. Los brazos de la cruz eran más finos que el tronco, gruesos como un dedo de medio grosor; largos cada uno transversalmente como dos dedos comunes. El pie y los brazos eran más gruesos donde se unían al interno, más finos a los extremos: entre los brazos, luego, sobre el leño vertical, la carne sobresalía por encima de la línea de los brazos transversales, como si representase la cabeza inclinada a la derecha del Señor moribundo. Pero ni siquiera los brazos eran en sí mismos del todo iguales; del centro hacia los extremos tendían un poco hacia arriba y el brazo derecho era más grueso que el izquierdo: éste era precisamente más fino que el derecho y un poco más largo. La cruz, de arriba hacia abajo, estaba dividida en dos colores: la parte derecha rojo-oscuro, la izquierda tendiendo a blanco. Aquellos que testimonian estas cosas sostienen que la parte derecha de la cruz o, con más verosimilitud, la imagen de un pequeño cuerpo humano crucificado tenía una abertura como si representase la llaga de Cristo en el costado. Consideradas todas las formas de la cruz, parecía que ella representase el Cristo en la cruz, más bien que el simple signo de la cruz. El señor Tederico, entonces soldado en Orvieto, que poco después entró en la Orden de Predicadores, el señor Bartolo, juez de Perugia y otros testigos dignos de fe, con admiración afirmaban haber visto y reconocido en aquella cruz la forma humana de un cuerpo crucificado y también las facciones de los miembros humanos. Las monjas, en cambio, no hicieron declaraciones de modo tan preciso, ni yo mismo, que miré y palpé varias veces, reconocí los rasgos de los minúsculos miembros, sino sólo la cruz y el perfil de un cuerpo crucificado. La cruz no estaba unida por ninguna parte a la carne del corazón, sino puesta y comprimida dentro de una cavidad o celdilla del mismo, como si hubiera estado puesta dentro de una custodia, del todo semejante y

conforme a ella, tanto que por la calidad de la carne, del corazón y de la cruz, por la disposición de la superficie y por la solidez, podía sacarse fuera y aparecía clarísimamente a la vista y a la observación. Pero la cruz tenía, en la parte inferior, un pequeño nervio, fino como un hilo, por el que estaba unida a la parte inferior del corazón. Ella, luego, había crecido tanto en el corazón de la virgen, que las partes superiores de la cruz misma y de los brazos transversales, habían ocupado la bóveda superior del corazón y estaban puestas y escondidas entre la carne y el corazón mismo y no de los brazos había perforado el corazón completamente. El pie, o mejor dicho, el tronco de la cruz, estaba en parte descubierto y en parte, a lo largo, entre la carne de la celdilla cóncava del corazón.

En la parte opuesta había un nervio redondo y durísimo, que yo mismo palpé apretándolo con los dedos y no era fácil poder plegarlo: éste en parte estaba colocado entre la carne y en parte descubierto en la concavidad del corazón; era largo como el dedo común de un hombre; grueso como la pluma gruesa de una oca o el dedo meñique de un niño. La parte superior del nervio tenía cinco pequeños nervios separados entre sí y con nudos, no hechos artificialmente con las manos, sino porque la carne en algunos puntos sobresalía en grosor, a modo de nudo, la normal circunferencia de aquellos nervios finos, como si se hubieran hecho nudos en las correas de un flagelo o de un látigo. Por esto ese nervio parecía representar el flagelo con el que Cristo fue flagelado. El flagelo, en la parte inferior, tenía carne blanda, ancha y fina, como si representase la correa por la que suele colgarse. Las correas de la frustra o flagelo estaban, como la parte superior de la cruz, escondidas, colocadas y replegadas en la parte superior del corazón. Su color era oscuro tirando a rojo, como si hubieran sido coloreadas de sangre en los golpes, en cambio el color del nervio o vara tendía a blanco, como si fuese madera. La frustra o flagelo no estaba unida a ninguna parte del corazón, sino que estaba puesta y en parte descubierta como en una cavidad acoplada a ello, como ya ha dicho más arriba de la cruz.

Entre la cruz y la frustra, pero más cercano a ésta, estaba derecho un nervio durísimo, grueso como el dedo meñique de un muchacho, de color oscuro tendiendo a negro, que representaba, como parecía del todo, la columna a la que Cristo fue atado y flagelado. Su parte inferior estaba sólidamente unida a la parte inferior del corazón, mientras la parte superior estaba unida a la carne superior de la celdilla, como si estuviera atada con cuerdas: había, en efecto, en la parte superior un conjunto de nervios finos, con los que la columna estaba en parte unida a la parte superior de la celdilla. En su parte intermedia la columna estaba sin impedimentos, libre, y no estaba unida en ningún otro punto. Al pie de la columna se veía un nervio fino y semicircular, representando la corona que fue puesta en la cabeza de Cristo. A su alrededor había, en efecto, pequeñísimos nervios, finos, negros y cortos, cercanos los unos a los otros, representando, tal como estaban colocados y por los demás detalles, las espinas, como lo demostraban también la forma circular y la disposición del mismo nervio. La corona no estaba separada de la carne de la celdilla, no obstante, el nervio sobresalía de la igualdad de la carne circunstante, a semejanza de una corona de espinas.

De la parte de la cruz, había tres clavos negros, de carne, como se cree, pero durísimos, suspendidos de la bóveda o concavidad, o sea, a la carne superior de la celdilla del corazón, de modo que sus cabezas, redondas, alargadas, poco más gruesas que un grano de trigo, pendían hacia la parte inferior de la misma celdilla, no unidos a parte alguna. La parte más

fina de los clavos, o sea, sus puntas, estaban unidas con finísimos hijos de carne, como hilos de seda, y con éstos los clavos estaban suspendidos por las puntas, pero no cada uno a un solo hilo, sino a dos, separados, pero muy cercanos. Con estos clavos se indican claramente los clavos con los que Cristo fue crucificado. En efecto, uno de ellos indicaba el clavo de los pies, siendo más grueso y separado de los otros por hilos más largos, mientras los otros dos, menores del precedente, estaban suspendidos con hilos más cortos y estaban entre sí más juntos. De ello verosímilmente se retiene que el mayor y separado representa el clavo de los pies, y los otros dos los clavos de las manos. Cerca y bajo la fila de los clavos, se veía salir de la carne un nervio durísimo y puntiagudo, tanto que no se podía plegar. Hacia la punta era de color negro como el hierro y a través de la concavidad del corazón tendía transversalmente hacia abajo. De ello y de su forma, fácilmente puede deducirse que indica la lanza con la que Cristo fue traspasado.

Al lado de la cruz, y en la parte inferior del corazón, estaba unido a la carne un nervio grueso como una pluma de oca, que sobresalía de la carne circunstante como un bastón o caña dirigido hacia arriba. En su extremo había un conjunto de pequeños nervios casi rojos, que indicaba, de la disposición y color, una esponja, puesta sobre la caña. De ello se infiere que significan la esponja y la caña con las que se dio a beber a Cristo en la cruz.

En la vesícula de la hiel, se encontraron tres piedrezuelas, cada una gruesa como una avellana media o un pulgar de mujer. Tenían forma redonda y circular, el color medio oscuro y amarillento, que creo no poder asemejar a ningún color particular. Por la forma, el número, la semejanza y el color viene indicada la Trinidad de las divinas Personas, sobre todo porque son tan semejantes, que a duras penas se puede notar diferencia alguna entre ellas. Después de un largo examen de médicos y físicos, se sentenció que en modo alguno pudieron formarse por vía natural, sino sólo por obra de la divina potencia.

Los predichos signos del corazón y del cuerpo de Clara no fueron buscados a propósito por las monjas, sino que, inmediatamente después de su tránsito, en la mente de todas y de cada una sobrevino con grandísimo fervor la inspiración de que se podía conservar al **cuerpo** de Clara, mediante el cual habían sido hechas tantas obras santas; por eso quisieron extraerle las vísceras. No quisieron, sin embargo, abandonar a la corrupción, sino más bien conservar, el **corazón**, en el que habían acaecido tantas inspiraciones divinas, tantas santas consideraciones y tantos propósitos. Mientras hacían los preparativos para conservar el cuerpo y el corazón, encontraron en el corazón, sin que tuviesen la intención, el misterio de la pasión de Cristo en los predichos signos y, sucesivamente, en la vesícula, -en donde según la naturaleza debía estar la hiel-, encontraron las tres piedrezuelas. En realidad, aunque antes de la incisión del corazón, hubiesen extraído la vesícula de la hiel, dura y sin líquido, puesto que ignoraban la potencia de Dios y el misterio en ella escondido, durante muchos días dejaron a un lado, por descuido, las piedrezuelas, en su bolsa íntegra, hasta que, después de la publicación de los signos del corazón, por consejo del médico, abrieron y encontraron

precisamente los pedrusquillos. Apenas extraídos, estaban unidos entre sí, pero mientras las monjas los lavaban sin violencia alguna con vino, se separaron⁵⁴.

Un fraile de la regla y de la Orden de los Menores⁵⁵, encargado de predicar en las exequias de Clara, compuso el sermón como era costumbre hacerlo para los difuntos y se propuso basarlo sobre este tema: “Una mujer graciosa encontrará gloria”. Subido al púlpito, mientras estaba para proponer el tema escogido, de repente, por el fervor de una irrupente inspiración, cambió todo y volcó todas sus fuerzas en alabarla; hablando algún tiempo con grandes alabanzas sobre su vida y su tránsito, encendido precisamente por la inspiración, no pudo decir nada de cuanto había preparado, ni predicar de la beata Clara, como era costumbre de los otros difuntos. Inflamado por el hecho de predicar de la beata Clara como de una santa y una virgen, sin haber tenido antes intención alguna, en su fervor pronunció estas palabras: “¿Quién es ésta que sale del desierto, llena de delicias apoyada en su amado?” y como tema propuso: “Como tu nombre, así tu alabanza”. Iniciando su sermón, desarrolló un elogio como para una santa y una virgen: permaneciendo en aquel fervor hizo alabanzas y elogios elevadísimos, que antes ni siquiera había soñado en modo alguno; y así continuó, con mayor audacia, fervor y elocuencia de cuanto hubiese jamás hecho por un santo. A sus elevadísimas palabras, los frailes, venidos en cantidad de diversas Ordenes, indignados, especialmente sus hermanos franciscanos, empezaron algunos a reír burlonamente dentro de sus capuchas, otros a mirar con ojos torvos, mientras otros meneaban la cabeza, otros volvían la vista a otro lado y otros se decían mutuamente que se estaba pasando en los elogios. Así, de modos diversos, manifestaban su descontento, El predicador, dándose cuenta de sus gestos, fastidio y descontento, aunque por un lado le desagradara su perturbación, por otro, sin embargo, no cesaba de hablar laudablemente de dicha virgen, como el Señor le inspiraba. Es más, en el decir estas alabanzas, no frenado por la perturbación de los frailes que le escuchaban y todavía más animado por la gloria de Dios y de la susodicha virgen, predicaba cosas más profundas y sublimes. Paragonando a Clara, bien con una estrella, bien con la luna, bien con el sol, bien a un ramo florido, bien con otras cosas preciosas, no podía apagar el deseo de su mente en sus alabanzas. Ardía, en efecto, en la mente del predicador un grandísimo fervor de devoción, por el que, arrojado todo temor, no se preocupaba de los gestos de los frailes: radicado en la firmeza de la verdad, la predicaba intrépido y en el fervor de la inspiración espiritual, que sentía continuamente, predicando, decía en alabanza de la predicha virgen, todo lo que no había pensado antes, pero que le inspiraba el Señor. Al final, sin que antes lo hubiera pensado, concluyó: “la beata Clara no tiene necesidad de nuestras buenas obras y de nuestras oraciones; somos nosotros los que tenemos necesidad de su ayuda: supliquémosla que interceda por nosotros ante el Señor”.

En adelante, puesto que por este sermón y por muchos otros elogios dichos por él en otros sermones siguientes, los detractores y adversarios habían exacerbado sus lenguas, tanto que en su convento le habían dirigido palabras no poco punzantes, comenzó a

⁵⁴ El primer acto público, tendente a comprobar el descubrimiento hecho en el corazón de Clara, con el solemne juramento de las monjas y del médico físico que lo había cuidado, es el del 22 de agosto de 1308, apenas seis días, después de la muerte (ed. S. NESSI, 1981)

⁵⁵ Fray Santiago de Gonzo, indicado en el índice citado.

atormentarse en su ánimo, y, reflexionando por largo tiempo sobre los reproches de los frailes y sobre cuanto había dicho en los sermones, decía entre sí mismo: “He suscitado en los frailes mucha reprobación y escándalo, como motivo de reproche contra mí y no sé si esto sea agradable a Dios y a la santa virgen”. Un día, más atribulado que de costumbre, por las muchas cosas que había oído, habiéndose apartado de los frailes, no pudiendo soportar sus palabras, fue a la celda y se sentó en el lecho. Y he aquí, que, mientras se había como amodorrado en ese pensamiento, la virgen Clara, resplandeciente de admirable luminosidad, entró en la celda y, sentándose de frente al fraile adormecido, lo miró con rostro alegre. Luego habló, diciéndole: “Mírame y ve si te parece demasiado cuanto has dicho de mí en los sermones”. Habiéndose puesto a reflexionar sobre estas palabras, de repente del esplendor de la virgen, se difundió algo de luminoso, como un fulgidísima chispa de fuego, que tocó el alma del fraile con una fuerte unción espiritual. Al toque de la chispa el fraile inmediatamente recordó tan claramente los sermones y todo lo que había dicho en alabanza de la virgen, que lo veía todo con mayor claridad, lo comprendía con mayo evidencia y conocía más completamente y mejor de cuanto había comprendido lo que miraba con los ojos de la cara. Respondiendo a la virgen, dijo: “Verdaderamente es poco cuanto he dicho”. Clara, sonriendo deliciosamente, añadió: “Sí, cuanto has dicho ha sido poco y además en el decirlo no has observado el modo junto. No afirmabas cuanto decías como estabas obligado a afirmarlo”. Mientras se desarrollaba este diálogo, el alma de fraile, iluminada por la luz que recibía de Clara, veía su gloria elevarse en alto y superar muchos órdenes de ángeles. Pero dado que se elevaba muy velozmente y la capacidad e inteligencia del fraile no lograban seguirla, no pudo comprender en qué orden de los espíritus supremos se quedase. Sin embargo, del esplendor y de la velocidad de la subida, creyó y comprendió, en la visión, que Clara había subido a lo más alto.

Estando después el fraile apoyado en la almohada, sobre ésta se sentó luego Clara e, interponiendo mano y brazo entre el cuello del fraile, que dormía ligeramente, y la almohada, con la otra mano lo tocó dulce y suavemente en la parte superior de la mejilla, diciendo: “Mira ahora y ve si soy bella”. El fraile, ya que absorto intensamente en la dulzura, no podía hablar, decía, no obstante, entre sí, sin expresarlo con la voz: “Eres de una belleza admirable, santa virgen. admirable Levantando la cabeza, trataba de mirar y ver a Clara con los ojos de la cara, pero de Clara emanaba un fulgor tan intenso y tanta claridad, que los ojos del fraile no pudieron sostenerla, es más, por la reverberación del fulgor estaban deslumbrados y por el reflejo perdían la capacidad natural de ver. Clara, no obstante, tocó de nuevo al fraile en la mejilla como había hecho antes, diciendo: “Mírame y respóndeme si soy bella”. A su voz, el fraile, físicamente reanimado, repitió la frase que había elegido para el segundo sermón y exclamó: “Eres toda hermosa, amiga mía, y no hay mancha alguna en ti”. Entonces el fraile comenzó a pensar a qué podría asemejarse el color de la virgen. Puesto que todo parecía insuficiente en parangón con aquella belleza y con aquel esplendor, por fin se le ocurrió considerar el color del cielo de occidente tras la puesta del sol, plenamente sereno, sin niebla alguna. Asemejando a este esplendor del cielo el persistente fulgor de Clara, paragonaba luego adecuadamente el color diverso, que entretanto parecía haber asumido, al color del oro purísimo y esplendente. Mientras él pensaba estas cosas, Clara, por tercera vez, lo tocó, preguntándole si le parecía bella como había dicho en el sermón. Manteniendo firme por más tiempo la mano sobre la mejilla que dulcemente había

golpeado, le infundía en el alma la seguridad máxima, por la que repitiendo la precedente convicción, dijo: "Eres toda hermosa..." Al contacto de la mano de la virgen, sintió emanar de ella una delicia indecible, tanto que el alma y el cuerpo, y cada parte del cuerpo, fueron colmadas de una consolación y deleite, que no puede expresarse: puede sólo decirse que también los dedos de los pies y otros miembros del cuerpo, que por su naturaleza y finalidad no acostumbran recibir o sentir ningún placer o escaso, de manera sobrenatural, de aquella sobreadundancia de consuelo recibían deleite como la lengua o el ojo u otros miembros suelen, por su naturaleza, recibir o sentir deleite consuelo. También todos los sentidos y las facultades de los sentidos sentían sus propios deleites y sus particulares consolaciones. El fraile, recibiendo seguridad y fuerza de la gran familiaridad y consuelo de la virgen Clara, comenzó a mirarla más atentamente. Y en el mirarla comprobó que Clara, en cualquier parte, aunque mínima, que se mirase, se la veía toda integralmente. En efecto, tan transparente y clara, que mientras se miraba a un extremo o a una parte, se veía también internamente y de la otra parte. No parecía vestida con ningún hábito, sino sólo con la luminosidad de aquella luz y de aquel esplendor. Después de haber permanecido largo rato en este estado, Clara ordenó al fraile de escribir y referir la visión al guardián del convento de los Menores de Montefalco, que –dijo– le era hostil, y era verdad.



Los 'Milagros'

Un hombre de Montefalco⁵⁶ sufría en aquel tiempo una gravísima enfermedad desde hacía catorce o más años. En la pierna izquierda, desde la extremidad del muslo, o sea, desde la conjunción de la cadera y a todo lo largo de la pierna, la tibia y el pie, sentía un dolor fortísimo a causa de una enfermedad, a juicio de los médicos, incurable, de modo que no tenía la posibilidad normal de caminar. En efecto, cuando caminaba no podía levantar el pie, sino que lo arrastraba con la tibia y el muslo. La largura además de la pierna y de la tibia era más corta de dos dedos o más. Pocos días después del tránsito de la virgen Clara, habiendo oído que se habían encontrado en su corazón la cruz y otros signos de la pasión de Cristo y que se enseñaban en su monasterio, -y que para verlos habían acudido el alcalde, los oficiales y todo el pueblo de Montefalco- comenzó a despreciarlo todo, considerándolo sin ningún valor, y se encaminó hacia la carnicería para comprar carne. Después de un breve camino, tocado en el corazón por Dios, se arrepintió de haber despreciado la potencia de Dios y la santidad de la dicha virgen, volvió atrás y anduvo al monasterio para ver con la demás gente los signos predichos. Impedido por los dolores de su enfermedad, no podía caminar junto a los otros, sin embargo lo seguía como podía, cojeando. Cuando por un fraile menor fue mostrada la cruz encontrada en el corazón de la virgen, el enfermo sintió en el alma un ímpetu de devoción y, encendido de fervor espiritual, dijo: “Santa Clara bendita, te suplico, por los servicios que prestaste a Dios, de librarme de la enfermedad que padezco desde hace tanto tiempo”. A la oración añadió que si hubiere sido librado de la enfermedad, habría llevado al monasterio, en honor de la virgen, una caña de bota de cera, larga como toda su pierna. Terminada la oración, antes de que se retirase de allí, inmediatamente emanó del muslo y de la tibia enfermos un grandísimo sudor en la caña de bota que llevaba. Mientras se retiraba, aunque no estuviese del todo curado, sintió, no obstante, que el dolor había disminuido un tanto, y que el pie, la tibia y el muslo se habían calmado casi del todo. A la noche siguiente, mientras dormía en su casa, vio en sueños que el monasterio de S. Clara, llamado de S. Cruz, fluía una fuente deliciosa y bellísima, a cuya belleza y para beber su agua, acudía una muchedumbre innumerable. Pero no todos los que andaban a la fuente podían beber, sino sólo algunos, entre los cuales se veía a sí mismo y tenía conciencia de beber realmente. Algunos días después, habiéndose predicado en el monasterio en torno a la santidad de Clara y de los signos, en la noche de aquel día, el enfermo vio en sueños toda su casa maravillosamente iluminada y más luminosa que el sol del mediodía. En aquella luminosidad vino a él también la virgen Clara, más luminosa que el sol y que cualquier otra luz, la cual, acercándose al enfermo, con el toque dulcísimo de sus manos, le quitó, así lo sentía él, todo el mal: le parecía que santa Clara le quitase la enfermedad, como se quita la piel a una anguila. Luego Clara se alejó, dejándolo totalmente curado. Pero él, sintiéndose curado, con voz fuerte y alta, refiriéndose a su enfermedad, gritó: “¿La llevas fura contigo, la llevas fuera contigo? Dios sea alabado, porque la lleva fuera consigo”. Y añadió: “¡Realmente se la lleva!” Un vecino de casa, sintiéndolo gritar, lo reprochó, diciendo: “Desgraciado, ¿por qué gritas? ¿Hay acaso ladrones que roban, para que tú digas que se lo llevan?” Despertado por su voz, el pobrecillo vio su casa todavía

⁵⁶ Antonio, hijo del difunto Blas, llamado Romanone (el hecho es referible al agosto de 1308)

maravillosamente iluminada por el resplandor y se sintió del todo curado, ya sin ningún dolor y sin que quedaran signos de la enfermedad, es más, tenía perfectamente la capacidad de caminar y el muslo y la tibia tenían la misma largura que la otra pierna, por la intervención milagrosa de la beata Clara. Este milagro es notoriamente cierto, porque la enfermedad de aquel pobrecillo era bien conocida, desde hacía catorce años o más, por todos los habitantes del país, no quedando en él, después del milagro, ningún signo de la enfermedad. La virgen Clara se le apareció en sueños al mismo enfermo, cuando estaba a punto de consentir en algún pecado, antes de que cayese, y le ordenaba de no consentir. El afirmó que también otras veces y de varios modos lo custodió de caer en pecado⁵⁷.

En el mismo día en que en que fueron mostrados los signos al pueblo, un ladrillero estaba disponiendo los ladrillos en el horno. Viendo venir a su mujer, le dijo: “¿De dónde vienes?”. Ella respondió: “Vengo de santa Clara, porque han sido encontrados en su corazón la cruz, el flagelo y ahora se muestran a todos y suceden muchos milagros”. El hombre empezó a reír, a burlarse, denigrar y a considerar necio cuanto había dicho su mujer. Mientras expresaba su desprecio, de repente uno de los ladrillos que había metido en el horno saltó y lo golpeó con gran fuerza en un brazo. Sintió un gran dolor, que fue aumentando continuamente. La tarde del mismo día, habiendo aumentado sobremanera, el hombre tornó a sus cabales, y reconoció que aquel golpe milagroso le había acaecido por haber denigrado a santa Clara. Prometió visitar el sepulcro, aceptando como verdadero cuanto había oído decir de ella. De inmediato sintió a Clara tocarle el brazo, donde tenía el dolor que a su toque desapareció como también la herida. Y así quedó totalmente curado.

Mientras los signos eran mostrados al pueblo, una mujer muy anciana y envejecida laudablemente en obras santas, de nombre Beatriz, se encontraba con otros en el monasterio de santa Clara y, estando erguida de pie, vio una innumerable comitiva de ángeles, de santos y santas. Estaban vestidos de modo y colores diversos y en medio de ellos estaba, esplendente con indescriptible ornamento, la beata Clara. Su vestido, de color rojo, mostraba tanta superioridad de ornamento, que, en toda aquella comitiva celestial, sólo otros dos santos tenían vestidos como ella. Encendida de fervor, como en un arrebató espiritual, por esta visión de Clara, no pudo contenerse, y gritaba: “¡Santa Clara, Santa Clara!”. En otra ocasión a la misma Beatriz, que estaba en casa, se le apareció Clara maravillosamente iluminada a quien –como oyó la misma Beatriz– el Señor le dijo: “Clara, pide lo que quieras, porque lo obtendrás todo” Otro día, apareciéndosele por tercera vez, mientras desaparecía dejó delante de Beatriz una bellísima cruz. A su vista Beatriz se signó dos veces: veía tan claramente la cruz, que llamó para que viera tal belleza a una sobrina que habitaba con ella, pero antes de que llegase, desapareció la cruz.

Junto a Boneggio, en el cenobio de Santa Inés, de la diócesis de Perugia, vivía, desde hacía mucho tiempo y laudablemente, una religiosa⁵⁸. Desde hacía muchos años sufría una gravísima enfermedad en todos los miembros del cuerpo, por lo que estaba muy débil y desgastada por violentos dolores. La cabeza se le movía constantemente y no podía ni siquiera por breves momentos tenerla quieta. No podía tampoco llevar alimento a la boca,

⁵⁷ Vinarello di Petriolo de Montefalco, recordado en el proceso de 1318.

⁵⁸ Simonetta, viuda del señor Benvenuto, recordada como arriba. (sobre el monasterio cf. más adelante y en la nota 69)

sino que tenía que dárselo alguna de las religiosas. Para poderse librar de la enfermedad había seguido por mucho tiempo los consejos de los médicos y además había hecho votos, encomendándose a la intercesión de san Francisco, de santa Clara de Asís y de muchos otros santos, pero ni por las recomendaciones de éstos, ni por la de ningún otro, había sentido mejoramiento alguno, es más, parecía que la enfermedad se agravase siempre más. En el octavo día del tránsito de la beata Clara de Montefalco, estando en cama antes de la hora tercia del sábado, se hallaba intensamente recogida en oración, cuando de improviso oyó una voz, que creyó ser ciertamente angélica o divina: “Haz voto a santa Clara, haz voto a santa Clara y serás curada”. Puesto que ya había hecho voto a santa Clara de Asís, reflexionó con gran estupor sobre las palabras oídas, y también porque no había oído hablar de otra santa Clara fuera de la de Asís; de la beata Clara de Montefalco o de su santidad, jamás había tenido noticia y menos aún de su muerte. A esta reflexión, pero sin haber pronunciado palabra, la voz respondió: “Santa Clara de Asís tuvo un maestro terreno, pero la santa Clara de que te hablo tuvo sólo un maestro espiritual, no terreno”. Y añadió: “Hoy hace ocho días que esta santa Clara pasó de esta vida y su cuerpo es puro, como el de S. Juan: se llama santa Clara de la Cruz”. Entonces la enferma dijo: “No sé quién sea esta santa, ni nunca he oído decir algo de ella”. La voz dijo: “De esta santa Clara te hablará Bonademane de Perugia y te instruirá sobre ella”. Después de estas palabras la enferma volvió en sí y llamando a la rectora y a las otras religiosas del cenobio, relató inmediatamente y con orden cuanto había oído. Ellas mandaron al instante a las sirvientas del monasterio a Bonademane de Perugia. Cuando ésta hubo escuchado la relación de las sirvientas, improvisamente elevada en espíritu, y a pesar de no haber sabido antes de la muerte de la beata Clara, exclamó: “¡Clara santa, Clara santa, toda de Dios, toda unida a Dios! Sí, es verdad, es verdad que murió hace ocho días. Esta es la santa Clara, que era abadesa del monasterio de S. Cruz de Montefalco”. Vueltas las sirvientas al monasterio, la enferma, oída su relación, se encomendó para su curación a la beata Clara de la Cruz. Emitido el voto, inmediatamente fue curada del todo.

Un fraile de Spoleto, de la Orden de Predicadores⁵⁹, oprimido desde un mes y medio por doble fiebre terciana, después de los remedios de los médicos, había invocado la protección de muchos santos, pero no había obtenido aún la curación. Habiendo oído hablar de los milagros de Clara y que en ella se habían encontrado los signos de la pasión de Cristo, se encomendó a ella. Mientras aguardaba el aumento de la fiebre, se levantó de la cama y se puso de rodillas ante la imagen del crucifijo, diciendo: “Salvador del mundo, te ruego, por los méritos y oraciones e santa Clara, que en estos días ha salido de este mundo, que no me aflija más esta fiebre y yo te prometo que lo anunciaré públicamente”. Emitida la promesa, inmediatamente quedó curado y no le volvió más la fiebre.

Una mujer de Monte Martano⁶⁰, venerada por sus acciones santas y por sus incesantes obras de caridad, un día, elevada en espíritu, vio a la beata Clara ante la presencia de la Trinidad, más luminosa que cualquier otra luz, con una cruz de oro y el crucificado en sus manos y una resplandeciente corona de oro en la cabeza.

⁵⁹ Fray Festa, indicado en el índice citado.

⁶⁰ Margarita, según el mismo

Un venerable padre señor Santiago Colonna, cardenal de la santa romana Iglesia, que en aquel tiempo estaba en Roma, mientras la Curia romana estaba en una región de Francia, [Aviñón], oída la grande fama de la virgen Clara y de los signos predichos –la cruz, el flagelo, el corazón con otros signos de la pasión de Cristo y los tres pedrusquillos- los hizo llevar a Roma para observarlos. Diligentemente examinados por él muchas veces, por el venerable padre señor Napoleón, cardenal diácono de san Adriano, junto con muchas otras personas honorables y dignas de fe, algunos de los presente, reconociendo devotamente la potencia de Dios y los signos encontrados en el cuerpo de la virgen Clara, se encomendaron ardientemente a ella. Otros contrastando con temeraria audacia la potencia y las obras de Dios, decían que eran signos con fraude. Otros aseguraban que no eran una verdadera representación de la pasión de Cristo, ni se le parecían, Y así de modos diversos despreciaban los signos y los consideraban inexistentes. Un día estaba presente en la exposición de los signos un fraile menor [franciscano], ejemplar de vida y reputación, predicador famoso y elocuente, insigne lector en teología, capellán que formaba parte de la familia del cardenal Napoleón⁶¹. Desde hacía más de diez y siete años, a causa de una hernia grave en la ingle derecha, sufría tanto que, que para aliviar el mal, tenía que llevar siempre un cinto de hierro, y, no obstante el impedimento del cinto, con frecuencia se le salían fuera los intestinos y no podían ser repuestos dentro, sino con fuerte presión de las manos, estando a menudo necesariamente tendido por tierra o en la cama. Aunque hubiese visto varias veces los signos predichos y tuviese confianza y devoción en la santidad de Clara, no había nunca rogado por la propia curación y tampoco había pedido de ser curado por la potencia de la beata Clara y de los signos, queriendo –como él mismo afirmaba- conformar de ese modo el deseo de su mente a la voluntad divina, hasta el punto de no pedir absolutamente nada para sí mismo, sino que en todo sucediese, sin ningún deseo suyo, lo que Dios dispusiese, sobre todo, porque consideraba meritorios ante Dios los dolores que sufría a menudo a causa de su enfermedad. Esta enfermedad era conocida por muchos de su Orden dignos de fe y también por otras personas religiosas y seglares, ya que no podía esconder por largo tiempos los dolores que con frecuencia sufría, sin que fueran conocidos por los que le frecuentaban. Habiendo, pues, observado que alguno de los presentes minusvaloraban los signos y sus formas y otros los despreciaban, negándolos del todo, por su determinada devoción a Dios y a la virgen Clara, inflamado como si le hubiese invadido maravillosamente el influjo del espíritu del Señor, dijo a la virgen Clara: “Virgen Clara santísima, hasta ahora no he querido nunca suplicarte por la curación de mi enfermedad, por no ser ansioso de proveer a mi salud. Ahora, en cambio, como testimonio de tu santidad y de la verdad de estos signos encontrados en tu cuerpo y para tapar la boca de los denigradores y para que yo pueda anunciar con más convicción en mis predicaciones tu santidad y la veracidad de estos signos, te suplico y quiero que tú te dignes curarme de la hernia que padezco”. Apenas dicho esto, sin ningún intervalo de tiempo, la hernia reentró del todo, de modo que el fraile se sintió curado, y los intestinos desde entonces no pudieron salir más fuera, ni volvió a sentir más dolor alguno, por más que, sin ponerse el cinto, predicase sus sermones a voz en cuello o cantase el oficio divino. Por este hecho milagroso, notorio y estupendo, los denigradores

⁶¹ Es el célebre Ubertino de Casale, recordado por la *Relación de los tres cardenales* (el hecho es referible a noviembre de 1309)

y los incrédulos presentes se convirtieron y desde entonces creyeron con firmeza y los que ya creían se confirmaron aún más.

Un sacerdote era vejado por un fortísimo dolor de dientes. Oyendo que Dios obraba muchos milagros por los méritos de Clara, una tarde hacia la puesta del sol, se dirigió a ella, diciendo: “¡Oh nueva santa Clara, te ruego que te dignes librarme de este dolor!”. Hecha la promesa de visitar su sepulcro, inmediatamente, en la mejilla en que más fuertemente sentía el dolor, percibió el dulce contacto de la mano de la virgen y de repente, sin ningún intervalo de tiempo, fue librado totalmente del dolor. La noche misma, mientras –como contó él– un poco amodorrado, pero no dormido, pensaba con alegría a su curación, oyó claramente, pero sin ver nada, una voz que le decía: “Te ha curado S. Clara”⁶².

Una mujer, agobiada por fortísima fiebre, rogó a la beata Clara por su curación e inmediatamente quedó curada. Pensó entre sí: “Iré al monasterio y revelaré el milagro”. Luego cambió dentro de sí el propósito y dijo: “Acaso me vuelva la fiebre y no esté del todo curada, o, si completamente curada, no será por un milagro, sino por la fuerza de la naturaleza”. Después de esta reflexión, le volvió la fiebre, por lo que ella se arrepintió de haber dudado y de haber sido incrédula respecto a la potencia de santa Clara, y lloró amargamente, rehizo la promesa y se encomendó de nuevo a la santa: a la mañana siguiente se encontró completamente curada y no le volvió más la fiebre⁶³.

La abadesa del monasterio de S. Nicolás de Norcia, mientras estaba orando el día de la natividad de la Beatísima Virgen María, de improviso sintió el fortísimo perfume de la Virgen Madre de Dios. Poco después, elevada en espíritu, vio a la Virgen María que tenía bajo su manto a santa Clara. La Virgen María dijo a la abadesa: “He aquí a Clara, hija mía”. Y la virgen Clara añadió: “Pocos fueron mis años, para que mereciese estar bajo el manto de la Madre de Dios”. La abadesa, que veía esta escena, dudando que fuera Clara de Asís, le preguntó: “¿Pero es verdad, que tú eres Clara de Montefalco?”. Santa Clara respondió: “Has dicho bien; lo soy”⁶⁴.

Un niño de diez años, cerca de Perugia⁶⁵, desde hacía mucho tiempo sufría de epilepsia y cuando era atacado por el mal, sin poderlo prever, caía a tierra, con frecuencia durante la jornada, y echando espumarajos por la boca y con los ojos extraviados, perdía todas las facultades físicas. Un día, mientras padecía un ataque de extrema virulencia, su madre lo encomendó con devoción a la beata virgen Clara y, apenas hecha la promesa, el muchacho quedó curado de repente y no volvió a padecer más ataques de epilepsia.

Una niña de Asís, que había perdido el oído, y tenida por todos como sorda durante muchos años, encomendada a esta santa virgen por su padre, recuperó el oído.

Un chico de Castelridaldi⁶⁶ fue atacado por una enfermedad, que le hizo perder de improviso la capacidad de hablar y la fuerza de los miembros. Sus padres temían por su vida, sobre todo, porque en los quince días precedentes, por una enfermedad semejante

⁶² Don Rinaldo, rector de la iglesia del Santo Ángel de Lapigge, según el índice citado.

⁶³ La señora Branchina, hija del artesano Juan de Montefalco, s. m. í.. El hecho es referible hacia el 1313.

⁶⁴ Sor Clara, según el mismo índice

⁶⁵ Mattiolo, según el mismo índice

⁶⁶ Giacomuccio, según el mismo índice.

habían perdido otros dos hijos y un sobrino. Su madre lo encomendó a santa Clara y el muchacho instantáneamente se curó del todo.

Un sacerdote⁶⁷, durante cuarenta y dos días, estaba oprimido por fiebre continua, tanto que muchos días fue considerado por todos como muerto. Durante la enfermedad se había encomendado a santa Clara, que junto a otras cinco religiosas se le apareció vestida con el hábito que usan las religiosas de su monasterio y lo bendijo tres veces. Desde aquel momento el sacerdote se restableció.

Un tale⁶⁸ sufría, desde hacía siete años, un dolor en la cadera, por lo que no podía ceñirse la espada y los dolores eran tan fuertes que a duras penas podía caminar: para ellos se encomendó a la beata Clara. Una mañana quiso salir de la región y distraídamente ceñida la espada empezó su camino. Llegado fuera del pueblo, volviendo en sí, se admiró de haberse ceñido la espada y de no haber sentido algún dolor. Así se encontró del todo curado por el poder de la beata Clara.

Un tale tenía un buey malo. Un día lo abandonó en el campo por muerto, porque creía que de verdad estaba muerto. Vuelto el mismo día al campo convencido de tener que desollarlo, encontró al buey sano y del todo curado. En efecto se lo había encomendado a santa Clara.

El venerable don Angel dei Tignosi⁶⁹, canónigo lateranense y entonces rector de la fraternidad del clero de Roma, vio, pocos días después de la muerte de santa Clara, casi al principio, cuando estaban recientes, su corazón, la cruz y los otros signos de la pasión de Cristo y también las concavidades del corazón donde se hallaban en el primer momento; y convención a las monjas de que no debían de tenerse escondidos; habiendo sido invitado, en el aniversario de la muerte de la santa, a celebrar la eucaristía y a predicar al pueblo, mientras comenzaba a reflexionar sobre el sermón, comenzó a tener fiebre. Sintiendo fortísimos síntomas de la cercana enfermedad, pensaba que no estaría curado en pocos días, por lo que se encomendó a la predicha virgen, rogándola de retrasar a otro día el ataque de la enfermedad, para no estar impedido de desarrollar el servicio que había comenzado. Y he aquí que de repente, prendido por el sueño, en el tiempo que se necesita normalmente para recitar un salmo, sudando fuertemente y de manera desacostumbrada, antes de que le invadiese totalmente el frío y antes del calor fuerte, en el tiempo en que se dice un “Padre-nuestro” quedó completamente curado, hasta el punto de volverle más la fiebre y el batir del pulso se volvió normal.

En este mismo primer aniversario, mientras se enseñaban al pueblo los signos de la pasión de Cristo y de la Trinidad, la señora Beatriz, famosa por su santidad, dijo: “Quisiera velos por más tiempo y a parte, porque no me basta verlos así”. Al día siguiente, mientras escuchaba la misa en el altar externo de la iglesia de los frailes Menores, de improviso,

⁶⁷ Don Rainuccio, según el mismo índice

⁶⁸ Angelello di Aandreoni, según el mismo índice

⁶⁹ Este personaje, ya citado en el texto (cf. p. 68), depuso en el proceso de 1309-10; resultó ausente en el de 1318-19, probablemente porque había sido elegido obispo de Viterbo (rigió la diócesis de vez en cuando hasta 1343); en 1323 fue encargado por el Papa de instruir el proceso de canonización de Santo Tomás de Aquino. El por consiguiente presidió la conmemoración del primer aniversario de la muerte de Clara

como fuera de sí y encendida en elevación de espíritu, dijo: “¡Ve, ve; guíame, guíame!”. Otra mujer, que conocía de hacía mucho tiempo la santidad de Beatriz, le preguntó: “¿Dónde, señora Beatriz?” Respondió ella: “¿Pero no has visto a santa Clara? Acaba de pasar por aquí, entré mí y el sacerdote, y me ha dicho que vaya y vea cuanto quiera. La he visto tan hermosa que no se puede explicar”.

La misma señora Beatriz, mientras estaba en las molestias del fin de su vida, dijo: “He aquí que viene santa Clara, más adornada que una esposa y más bella que una rosa!”⁷⁰.

Juana, que sucedió a santa Clara en el oficio de abadesa⁷¹, mientras en la noche de Navidad oraba después de maitines, de repente vio a santa Clara con Cristo en brazos, en la figura de un hermosísimo niño, de lo que se maravilló mucho. De momento pensó que fuese hijo de santa Clara. Luego comenzó a reflexionar dentro de sí cómo podría ser esto, ya que Clara había sido virgen. Y en seguida Clara respondió a su pensamiento con gran fervor de espíritu: “El amor me lo hizo concebir, el amor me lo hizo dar a luz, y el amor me lo hace poseer eternamente”.

Una monja del monasterio de S. Cruz⁷² desde hacía casi tres meses sufría continuamente un agudo dolor en la cadera y por toda la pierna hasta el pie, tanto que no podía caminar. Después de muchas curas de los médicos, no se producía mejora alguna. Un día Juana, abadesa del monasterio, le dijo: “Isaia, haz un voto a santa Clara y yo satisfaré cuanto hayas prometido”. Isaia dijo: “No quiero rezar por mi salud física, pero ruego a Dios y a santa Clara que me den sólo lo que es útil para la salvación del alma”. La abadesa le dijo: “Hermana, haz un voto, porque estoy segura que agradará a Dios y yo satisfaré cuanto prometas”. Entonces Isaia pidió a Dios y a santa Clara que si fuese útil para su alma, la curasen de aquella enfermedad. Unos cuatro días después, Isaia dormía en su lecho; despertándose sintió de nuevo aquel dolor insistente. En seguida se adormeció. En el sueño sintió un óptimo y fuerte perfume. Reflexionando sobre su origen, comprendió, sintió y conoció que provenía de la beata virgen Clara. Le parecía, sin embargo, que entre ellas existiese un muro. Clara entre tanto dijo: “De mí procede a ti este perfume”. Inesperadamente, en medio del muro, apareció una amplia abertura, semejante a una ventana. Entonces Isaia vio a la beata Clara vestida con blanquísimas vestiduras, junto con otras dos religiosas. Y preguntó quiénes fuesen. Clara respondió: “Una es Juana y la otra Francisca”. Después Clara se acercó a Isaia y la tocó con la mano. Besándola, comenzó a pasarle la mano por todo el cuerpo, desde el cuello hasta los pies. Isaia dijo: “No me hagas esto Clara, porque yo no soy digna”. Santa Clara repuso: “Déjame hacer lo que hago bien”. Entre tanto pasó por el dormitorio, junto a su celda, una monja: Isaia se despertó del sueño y de la visión, se alzó inmediatamente y, como solí hacer, cogió con ambas manos una especie de pértiga y, apoyada en ella, se dirigió hacia las escaleras: de hecho no sabía aún de estar curada; la enfermedad la había debilitado y fatigado tanto, que hasta entonces no

⁷⁰ Esta mujer, recordada varias veces en el texto, y muy marginalmente por los testigos en el proceso de 1318-19, había depuesto en 1309; su testimonio es el único que nos ha llegado completo, pero hasta ahora permanece inédito.

⁷¹ Juana de maestro Egidio, era tataranieta de Clara, en cuanto hija de un primo de sangre. Fue abadesa del monasterio hasta 1345.

⁷² Isaia di Tommaso del señ. Santiago de Montefalco, identificada por el índice citado

había podido caminar ni siquiera con el bastón. Llegada al vértice de la escalera, comenzó a bajar apoyándose a la barandilla. Cuando ésta se acabó, ella continuó bajando directamente los últimos banzos sin fatiga ni dolor alguno. Llegada al claustro volvió en sí y comprendió que estaba del todo curada por el poder de la beata virgen Clara. Viendo esto, las monjas corrieron hacia ella y muchas de ellas por la gran alegría no pudieron contener las lágrimas. Isaia les refirió la visión. Desde entonces caminó como las otras mujeres, derecha, sin ningún dolor.

Un franciscano⁷³, capelán del monasterio en aquel año, sufría desde hacía mucho tiempo dolores iliacos fortísimos y frecuentes. Un día, mientras era vejado por intensísimos espasmos, dijo con devoción: “Santa Clara bendita, te ruego, puesto que has curado a tantos enfermos, dignate curarme a mí también”. E inmediatamente sintió, donde le dolía como el tierno contacto de una mano, y oyó una voz que le decía: “Alzate, porque está curado”. Conociendo que el roce y la voz eran de santa Clara, dijo: “¿Cómo es que estoy curado, cuando sufro tanto?”. Clara le repuso: “De verdad estás curado, álzate”. Alzándose, no sintió ningún dolor y reconoció de estar plenamente curado. A partir de entonces no volvió más a sentirse afligido por aquellos dolores.

Paula, un tiempo abadesa del monasterio de S. Juan sobre Spoleto, religiosa envejecida en obras de santidad y nutrida en la disciplina monástica desde la infancia mientras vivía todavía en el siglo, en diversos momentos después e la muerte de Clara, tuvo las siguientes visiones, como afirmó aún en vida con juramento, no por una ventaja para la propia santidad, sino para revelar la santidad de la beata Clara en lo que había sabido. Un día, pues, mientras hacia la hora de nona meditaba la muerte de Cristo, vio oscurecerse el sol de repente y así también todo el mundo. Al instante, contra su costumbre, la visión se le cambió y la golpeó una luz en la que fue inmediatamente llevada a la presencia de la Trinidad, donde vio que Clara estaba en la Trinidad y la Trinidad, como también cada persona divina separada de las otras, estaba en Clara y Clara en cada una de ellas. Paula añadió que la razón podía expresar el modo de la unión de Clara en la esencia divina y en cada una de las Personas.

En otro momento, una tarde, mientras Paula tomaba alimento para el sostenimiento del cuerpo, vio en tres sucesivos, pero inmediatos momentos, tres fuegos. Comprendiendo, por habitual experiencia, que estaba apunto de tener un éxtasis, una revelación o cualquier otra forma de elevación de espíritu y queriendo sustraerse a la vista de las compañeras, al menos durante el cambio que estaba para venir, se levantó de la mesa y se fue a su celda. Allí, tras el saludo a la Beata Virgen, continuando en la oración, vio cuatro fuegos que pasaban semejantes a los precedentes; luego vio otros tres más grandes subir al cielo, uno detrás del otro. Sintiendo divinamente atraída a seguir estos tres, deseó saber de dónde provenían: pudo sólo saber que el mayor, que precedía a los otros, era la oración de una viuda por el alma de su hijo difunto. Parándose los fuegos ante la Trinidad, Cristo miró con rostro benigno a Clara. Ella, estando maravillosamente adornada y bella delante de la Trinidad, hizo reverente inclinación y dijo: “Señor, tres prisioneros están retenidos en la prisión de tu justicia: por ellos mis fieles y devotos me han suplicado con insistencia: Te ruego, Señor,

⁷³ Fray Simón (de Foligno), según el mismo índice.

te dignes librarlos”. Al instante, un ángel de un orden, superior al cual Paula no veía otro orden y que consideraba el más alto y detrás de él otros dos de orden inferior, descendieron al purgatorio. Inmediatamente el primer ángel condujo a un amenísimo prado a un sacerdote secular cautivo en un fortísimo fuego y deformado por las quemaduras; el segundo condujo a un franciscano inmerso en agua hirviendo; y el tercero condujo a uno del orden de los continentes, que yacía en un lecho lleno de serpientes y de otros animales feroces y que bajo los vestidos era corroído por escorpiones. Allí, dejadas todas las deformidades, tras un breve momento, vueltos esplendentes de fúlgida luz, y, elevado cada uno al cielo y por el respectivo ángel y presentados ante Dios con cantos y grandes honores, recibieron los puestos en el orden a ellos correspondientes. En efecto, no se les dio igual honor en todo: el sacerdote secular, vuelto más esplendoroso que el sol, Cristo el Señor le hizo sentar a la derecha, coronar con una corona cándida y asignarle un puesto maravilloso en el orden más alto. Deseando Paula saber quién fuese, Cristo le respondió que era el hijo de una viuda, viviendo durante treinta años en el siglo, y que desde los diez años en adelante había tenido muchísimas tentaciones de un particular pecado y que nunca había ofendido a Dios con él. Paula dijo: “¿Por qué entonces, Señor, ha debido soportar tantas penas?” Cristo respondió: “Por otros pecados que cometió. En realidad tendría que haber padecido grandes penas en el purgatorio por otros cinco años, pero le han sido condonadas por las oraciones de Clara”. Por ello comprendió Paola, que las tres almas habían sido liberadas de las penas del purgatorio, por la intercesión de la beata virgen Clara.

Otro día, Paola vio cómo Cristo, atado con cadenas a una columna, era flagelado con golpes crueles y tan fuertes que le parecía oír el sonido de los azotes. Luego, cambiada la visión, veía a Cristo pender de la cruz y la sangre, que salía de las heridas, esparcirse por tierra. Cristo, vuelto a Paula, le dijo: “¿Quieres tú saber quién ha visto toda mi pasión?”. Al instante Paula vio, presentada por el Señor, a la virgen Clara como puesta dentro una cruz y con admirable deleite. Aquella cruz era, en efecto transparente, como si fuese de cristal. Paula veía precisamente que Clara estaba en ella con grandísimo deleite. Cristo el Señor dijo a Paula: “Clara vio mi cruz y mi pasión y se deleitó y yo me deleito en ella”.

Otro día, hacia la hora sexta, mientras Paola oraba, vio, de repente, un a vía estrecha y cubierta. Una mano la elevó un tanto incluso físicamente del suelo, pero con mayor fuerza aún su mente hacia le cielo. Entrada por la puerta celeste, que notó esculpida de oro y de piedras preciosas, vio a la beata Clara ante la presencia de la Trinidad. Y he aquí que un ángel del orden más alto, o sea, un serafín de un rojo vivísimo, que había sido el custodio de Clara en esta vida, llevando con sus manos un estandarte de un rojo admirable, se acercó a la virgen Clara y lo fijó a su derecha. Delante de Clara, como premio, había tres coronas, una blanquísima, otra de estrella, y la tercera de palma, en la que había escritas bellísimas letras. Juntamente con las coronas había un árbol encantador, lleno de espejos; y en cada uno de ellos se reflejaba la Trinidad: en medio había una flor redonda, bellísima, más cándida que la nieve, del tamaño de una mariposa. Alrededor de la flor había ramos frondosos y derechos, que superaban en belleza la belleza de cualquier otro árbol. Paula, deseando conocer el significado de estas cosas, obtuvo esta respuesta: la flor blanca del árbol y la corona cándida significan la virginidad de Clara; la corona de estrellas su obediencia, la corona de palma, su victoria, porque soportó muchos géneros de martirio y

aparece escrita, porque Clara fue celadora y maestra de fe; las ramas frondosas del árbol expresan la plenitud de sus virtudes, porque Clara fue virtuosa en todas sus obras.

Otra vez, Paula vio a Clara como salir de la Trinidad y, tras haber hecho una reverente inclinación, suplicar a Dios, que retuviese su ira, porque parecía airado contra el pueblo

En otra visión semejante, vio a Clara ante la presencia de la Trinidad, vestida de un manto rojo, sobre el que aparecían sus virtudes, como expresadas con figuras, y toda la corte celestial se alegraba admirada por la belleza de aquel manto; Clara suplicaba al Señor por la ciudad de Spoleto, diciendo: “Señor, te pido que guardes esta ciudad, para que no se pierda. Yo tengo en ella, realmente, muchos amigos devotos”.

Cecilia, rectora del monasterio de Santa Inés de Boneggio⁷⁴, de la diócesis de Perugia, tenía, como declaró, una especial devoción a la beata Clara, llamada de la Cruz, a la que con frecuencia se encomendaba a sí misma y a su monasterio. Algunos religiosos tenían coloquios demasiado libres con las monjas de aquel monasterio y, no contentos con esto, las visitaban cada vez con más frecuencia en la grada y, lo que era aún peor, las tocaban deshonestamente. Puesto que Celia prohibía estos coloquios, un fraile menor, que poco después apostató de la Orden, persuadió a las monjas a propinarle veneno, para poder luego elegir una que no les propusiese tales prohibiciones, empeñándose él a hacer penitencia por semejante acción. Siguiendo su consejo, algunas monjas dieron a Cecilia veneno en un panecillo con azafrán. Su lengua, los dedos de las manos y las articulaciones de los pies se volvieron negros e hinchados; luego también todo el cuerpo: todos pensaban que no podría escaparse de la muerte. Pero la beata Clara, a la que con frecuencia se había encomendado, se le apareció en el momento de la muerte y la curó completamente.

Muchas veces la beata Clara se le apareció a esta rectora, instruyéndola y convenciéndola de conservar muy rigurosamente la castidad y de hacerla observar a las monjas. Alguna vez, cuando alguna de ellas tenía en la grada coloquios deshonestos con alguna persona externa o se divertía con tocamientos o de cualquier otro modo hacía algo deshonesto, la beata Clara inmediatamente se lo desvelaba, a veces de viva voz, enseñándole con firmeza cómo debía corregir aquellas faltas.

En una de las apariciones le dijo: “Yo mantuve esta costumbre, no querer soportar nunca en mi monasterio conversaciones familiares con personas seglares o religiosas y que ninguna monja hablase frecuentemente con otra persona y nunca en secreto, sino que fuese observada estrictamente la castidad: el amor y la custodia de la castidad me hicieron toda de Dios”. Cecilia le dijo: “Quisiera dejar estas monjas y este monasterio”. La beata Clara le dijo: “En el pasado recibiste honores en este lugar y ahora es necesario que soportes muchas tribulaciones. Tú misma has recibido en tu compañía estas monjas que te perturban. En el futuro, guárdate bien de recibir alguna, si antes no la has concebido en el alma y dada a luz y conocido.

⁷⁴ El monasterio resulta fundado en 1296; desde sus orígenes Cecilia había sido su abadesa. Pertenecía a la Orden de penitencia. Desde 1304 estuvo bajo la protección del cardenal Napoleón Orsini, quien había sido también amigo y confidente de Clara. A partir de este punto, parece que comiencen añadiduras de hechos recogidos y registrados por el biógrafo en un segundo tiempo: de manera a veces desordenada, como apuntes ocasionales puestos juntos a la buena de Dios.

Francisca, hija del artesano Ermanno de Foligno, monja del monasterio de S. Cruz, desde hacía más de un año sufría de una gravísima enfermedad y de dolores en el costado izquierdo: las costillas sobresalían más de lo normal, escupía sangre y le faltaba el aliento, de modo que a duras penas lograba respirar y los médicos y otros desesperaban por su vida. También sus familiares lloraban por ella, como es costumbre con los moribundos. Habiéndose agravado tanto que ya no podía dormir y considerándose próxima a la muerte, una monja del monasterio le dio un paño que santa Clara había tenido en la cabeza durante su vida terrena: Francisca se lo puso en el costado que le dolía y en seguida se adormeció quietamente. Pero luego, con el permiso de la abadesa, se consagró a santa Clara y acercándose inmediatamente a la caja de la sana, se durmió sobre ella. Después de algunos días, en la fiesta o en el aniversario de santa Clara, comenzaron a formársele, en el costado que le dolía, innumerables úlceras dolorosas, desde la cintura arriba hasta la mitad del pecho, a través de las cuales, en pocos días, depurada, reconoció estar curada por el poder y los méritos de santa Clara⁷⁵.

Francisca, hija del difunto Bernardo, monja del mismo monasterio y muerta dos años antes de santa Clara, algunos años después de la muerte de ésta, se apareció a la monja Constanca, ligeramente enferma, y le dijo: “¡Ven con nosotras!”. Comprendiendo que Francisca la llamaba para irse de este mundo, le contestó: “¡No quiero ir!”. Francisca dijo: “Santa Clara vendrá por ti”. Y he aquí que al instante santa Clara, con Francisca y muchas otras monjas, fue a Constanca y le dijo: “Prepárate, hija mía, y ven con nosotras”. Constanca, vuelta en sí, refirió la visión a las monjas, prediciendo que pronto moriría: en efecto, murió el quinto día, después de la fiesta aniversario del tránsito de santa Clara.

Yo mismo, que he contado cuanto queda escrito arriba, concerniente a la vida y milagros de la beata virgen Clara, un día durante esta búsqueda, poco antes de la hora prima, ligeramente adormilado, vi un altar preparado con ornamentos blancos bellísimos y partículas no consagradas esparcidas por tierra. Con ansia me puse a recogerlas y entretanto se oyó una voz: “No han sido consagradas”. Entonces mi ansiedad se mitigó, pero no dejé de recogerlas. Habiendo llevado al altar cuanto había recogido, vi que también las había esparcido en él, desde la parte derecha anterior hasta la piedra consagrada que estaba en el medio⁷⁶.

Angeluccio di Giacometto de Spoleto, durante la guerra de los spoletanos, en el encuentro junto a Cortignano, fue herido por un soldado con la lanza, que le traspasó el vientre saliendo por la espalda como un brazo. El soldado, sacada la lanza, lo abandonó por muerto en el campo. Angeluccio, viendo que perdía mucha sangre y que estaba para entrar en agonía, se encomendó en su corazón a santa Clara. Y he aquí, que inesperadamente, ya próximo a la muerte, readquirió milagrosamente las fuerzas físicas. Alzándose, recogió los intestinos, que habían salido por la herida, en el regazo de los vestidos, los llevó cuatro millas, o sea, hasta Bevagna, corriendo sin ningún fastidio físico y más ágilmente de cuanto

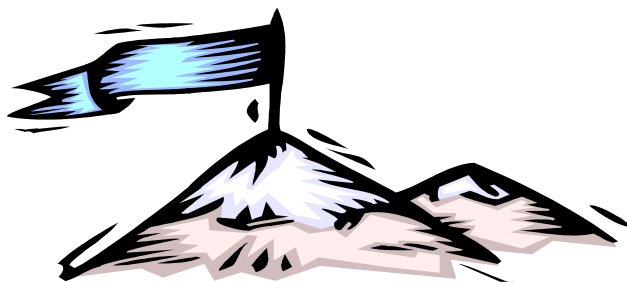
⁷⁵ Sor Francisca moriría sucesivamente el año 1315.

⁷⁶ Recuerdo tardío de un sueño tenido en precedencia por el autor, e insertado en el texto sin ningún orden.

habría podido hacerlo de sano. Aquí, desinfectados y repuestos en su sitio, en pocos días quedó del todo curado por el poder de la beata Clara⁷⁷.

Un niño de Spoleto⁷⁸ tenía una gravísima enfermedad: sus ojos se habían salido de las órbitas hasta las mejillas y se veían sus raíces, las pupilas estaban corroídas y casi destrozadas. Había perdido la vista y estaba próximo a la muerte. Una noche, a su padre, que dormía profundamente como si estuviera en éxtasis, se le apareció una mujer con el velo y hábito que usan las monjas del monasterio de S. Cruz, que le dijo: “Tráeme el niño y será curado”. Y desapareció. El padre vuelto en sí, fue a donde yacía el hijo y donde estaban también las mujeres que asistían al moribundo y ya habían encendido la vela bendita. Él relató con precisión la visión y las palabras oídas. Enseguida una de ellas, viuda de un soldado, repuso: “La mujer que se te apareció era santa Clara”. Al día siguiente, el niño fue puesto sobre la tumba de santa Clara y con un paño le cubrieron los ojos, porque su deformidad horrorizaba a los presentes. Habiendo dormido un poco y despertándose por sí mismo, se encontró completamente curado. Quitado el paño, no se vio señal alguna de la enfermedad: los ojos habían vuelto milagrosamente a sus órbitas, limpios y claros, como si no hubieran tenido nunca enfermedad alguna.

Paoletto di Matiolo⁷⁹ de Spoleto, llamado por los familiares para el funeral del hijo ya agonizante, lo encomendó a la virgen santa Clara. Vuelto a casa, el mismo día encontró al muchacho del todo curado. Informándose de la hora de la curación, comprobó que había sido curado de repente, sin ningún intervalo de tiempo, precisamente a la hora en lo había encomendado a santa Clara.



⁷⁷ El testimonio del interesado, en el proceso de 1318-19, se ha perdido, por lo que no se tienen noticias más precisas de este suceso, sino es lo que relata Piergili (ed. 16633, p. 282), el cual dice que esto siguió a la expulsión de Giacometto decretada por los guibelinos de Spoleto, en 1308.

⁷⁸ El biógrafo no dice que este niño, de nombre Lucarello, era hijo del precedente. El estrepitoso milagro, uno de los convalidados en 1881 para la canonización, y ya seleccionado entre los “probanti” [los que prueban], no se logra establecer con precisión la fecha de cuándo habría acaecido; dado que un testigo lo pone en referencia a diez años antes (o sea, hacia el 1308), mientras que otro dice haber acontecido cinco años antes (o sea, hacia 1313); de todos modos parece más probable esta segunda fecha. En efecto, hacia el 1313 parecen pararse las añadiduras aportadas por Berengario, si es que no son de otros.

⁷⁹ De él no se tienen otras noticias, ni del proceso de 1318-19, ni de la *Relación de los tres cardenales*. Probablemente se trató de un episodio referido por el biógrafo, y que luego sucesivamente no se logró documentar, como hubiera podido suceder con muchos otros

APENDICE

Pensamientos

Los santos son como los montes; también hay que verlos desde lejos y, cuanto más altos y grandes son, desde posiciones diversas y conocer los accesos: entonces se disfrutan mejor, incluso las particularidades, y se vuelven familiares y siempre más atractivos.

Esto vale sobre todo para Clara de Montefalco, estereotipada por mucho tiempo, e inmóvil en una oleografía que aleja, en una mística extraordinaria y por lo mismo sin enganche para el conocimiento y para la devoción y que acrecienta la dificultad de comprenderla y de presentarla en la autenticidad humana y cristiana.

El conocimiento de los documentos originales que le conciernen, permite ver su esencialidad, o, como se suele decir, su espiritualidad –que significa experiencia de verdad y de amor- y, de ella, la fuente y el modelo, o sea, Cristo “y éste crucificado” y resucitado.

Entonces se pueden comprender y con frecuencia admirar e imitar los particulares ascéticos y místicos, no pocos de los cuales, de otro modo, permanecerían incomprensibles y desconcertantes. Como permanece incomprensible, desconcertante y hasta escandalosa la cruz de Cristo, si no se comprende su espiritualidad, es decir, la verdad y el amor que lo determinaron a tal elección.

Ofreciendo los “pensamientos” de Clara, hay que correr el riesgo de reducirlos a “dichos”, especialmente los más importantes, mientras que deberían ser leídos y sentidos en su vida, como expresiones de su experiencia cristiana: entonces se percibiría mejor su universalidad y podrían volverse iluminantes para la propia vida y para la experiencia personal.

Durante una enfermedad

¡Oh, cuán grande fue el dolor, que soportó por mí, mi Señor Jesucristo!

Yo soy digna, si pudiese soportarlos, de padecer todos los dolores del mundo y todas sus enfermedades. Yo soporto y acepto muy gustosamente esta enfermedad, y no es ni la mitad de cuanto debiera padecer por mis pecados.

A las monjas que la inducían a orar por la propia curación:

Jamás le pediré a Dios que me cure de esta enfermedad, es más, le pediré que me aumente dolores y enfermedades. Si le agradase a Dios el tener que llevar esta enfermedad durante toda la vida, también me agradecería a mí y la llevaría muy a gusto.

A las monjas que hablaban de su santidad, porque conocía los secretos de sus corazones y las acciones más ocultas:

¿Qué conversaciones son ésas que tenéis entre vosotras? ¡Qué mal me conocéis! Esta es la conciencia que tengo de mí misma: de ser la peor de todas las criaturas. Si alguna vez conozco algo de vuestro ánimo o de otras personas, no debéis pensar que se deba a mi

bondad, sino que es por razón de mi oficio, por vuestras oraciones y por otras buenas personas. // En cambio, yo de parte mía habría cometido todas las fechorías y libertinajes, si él no me hubiese defendido. Yo soy muy ingrata con el Señor por sus beneficios. Si pienso a tales beneficios y siento mi ingratitud, no veo qué otra persona, por más llena que esté de malicia, pueda paragonarse a mi miseria, porque en comparación a mi ingratitud, los vicios mismos son casi un nada. // Reflexionad, hermanas, que si Dios nos abandonase, nosotras de parte nuestra no haríamos más que mal. ¿De qué, pues, podemos gloriarnos?

Otro motivo de gran admiración era su elocuencia espiritual, pero ella:

Convenceos de que yo soy una miserable. No debéis considerarme alguien, porque hablo con tanta elocuencia de cosas espirituales.

Además de las persecuciones evidentes, ella “sabía” que no pocos, incluso religiosos, perturbados por su santidad, la calumniaba y conspiraban para desacreditarla.

¡Cuántos son los que conspiran contra mí! Hubo un tiempo en que me perturbaba por las tribulaciones o por cualquier temor; luego hubo otro tiempo en que me atribulaba por la estima y por las circunstancias felices. Pero ahora no me preocupo ya de nada.

Su camino espiritual está confirmado por la siguiente confidencia

Para mí todas las cosas se han vuelto iguales, por lo que mi alma no experimenta ya influencia alguna de cuanto sucede fuera de mí. Me considero tan poca cosa, que, respecto a mis convicciones, si me arrojasen a un río o me infligiesen cualquier otra ofensa, no haría nada para sustraerme. Igualmente si echasen sobre mí todos los vituperios del mundo o si me encontrase con los ángeles o con los santos, no sufriría ningún cambio de ánimo, porque contemplo a Aquel de quien reciben consolación y paz los ángeles y los santos.

Su contemplación significaba también, desde la infancia, una costumbre dinámica, intelectual, imaginativa y afectiva a Dios y a la pasión de Cristo, con la participación, frecuentemente, también del cuerpo, con centenares y a veces millares de genuflexiones y postraciones, que, en número de 500, eran obligatorias, mañana y tarde, para todas las monjas no impedidas. De esta costumbre contemplativa son indicativas muchas de sus directrices:

Debéis pensar siempre en Dios y meditar la pasión de Cristo. Al comienzo de la jornada acordaos de la flagelación de Jesús; a la hora prima del “Ecce Homo”; a la hora tercia, de Jesús con la cruz a cuestas; a la hora sexta de Jesús crucificado; a la hora nona, de la muerte de Jesús; a Completas, de su sepultura. Durante las otras horas, de la coronación de espinas, de los sufrimientos de María Virgen.

Durante el tiempo de las principales celebraciones litúrgicas –especialmente de Navidad y de Pascua- debéis dedicaros con toda el alma a las cosas espirituales y a la contemplación de los misterios celebrados en tales solemnidades.

Cuando estéis juntas, debéis guardaros de conversaciones vanas e inútiles y que haya siempre alguna que hable de Dios y de cosas espirituales.

He aquí su experiencia de “fidelidad” total:

No es necesario ni decir ni hacer sino lo que agrada a Dios.

A esta directriz corresponde también su enseñanza respecto al trabajo físico y al empeño intelectual:

En el amor a Dios es necesario crecer a través de la ciencia y de la vida.

Para alcanzar altura en las virtudes son útiles el trabajo y el sacrificio físico, aunque el trabajo de la mente y la elevación a Dios sean medios mejores y más aptos.

El trabajo físico dispone la mente y la fortifica para la virtud.

El ocio es pésimo, porque en él surgen las tentaciones. Debéis manteneros en ejercicio y esforzaros, porque a través de la paciencia del trabajo se crece en las virtudes.

El trabajo físico e intelectual, la penitencia, la meditación y el diálogo espiritual, significan sólo disponibilidad a la gracia de Dios:

La gracia de Dios puede actuar en el alma por encima de las posibilidades de la naturaleza y del entendimiento. Desde el momento en que Dios puso en orden en mí la buena voluntad y la conformó con la suya, he podido ocuparme de los otros y de muchos empeños, permaneciendo un ida a él, aunque en la celda habría tenido más ardor divino y mayor consuelo espiritual.

El recogimiento, como condición para un buen uso de la propia inteligencia y de los dones de Dios, era recomendado por ella, incluso para las personas externas,

** a su hermano Francisco, cuando era aún niño:*

En los días festivos, ve con algún compañero a un lugar escondido y allí rezad el “Ave María” y haced genuflexiones y postraciones.

** cuando era estudiante a Asís*

Yo sé –y podría decirte tiempos y lugares- que con frecuencia, antes de la comida y de la cena y a otras horas, te das con tus compañeros a juegos y a diversiones, a comer y a beber desordenadamente. ¿Cómo no te avergüenzas de ello?. ¿Cómo no te sientes confuso por tanta ligereza? Tendrías que ser tan virtuoso y de un modo de ser tan atrayente, que todos los otros te tuviesen como espejo y ejemplo.

** hecho “lector” en teología:*

No querría que tú te ocupases siempre de esta tu ciencia y te exaltases por ella. Es más, te digo que por mi parte tendría más consuelo, si tú fueses un laico o el cocinero de tus hermanos con buen espíritu y con devoto fervor, que si fueras uno de los mayores teólogos. // Te recomiendo evitar todo comportamiento que pueda llevarte a faltar a la castidad, no sólo externamente, sino también de pensamiento, para conservar pura la mente y resistir a las tentaciones y a los pensamientos contrarios. Debes darte a la oración y a la piedad mucho más de cuanto otro cualquiera pudiera ser movido por la soberbia y la ambición.

** a Blas de Spoleto, un laico empeñado, a quien complacía mucho dialogar:*

Te recomiendo retirarte, evitar chismorreos y discusiones. En vez de esto recógete en Dios, en oración y contemplación: así el Señor te elevará a una vida de perfección.

** la experiencia contemplativa la dispuso a un siempre más intenso servicio a los hombres*

Aunque ocupase en mil asuntos, es posible mantenerse en santidad y unidos a Dios.

Y he aquí el fundamento del camino de perfección.

Os recomiendo ser humildes y fundamentar todas las demás virtudes en la humildad.

A Juana, su prima y secretaria, que le sucedió en la dirección de la comunidad:

Trata de ser una mujer fuerte, para que nada te pueda engañar.

También aquí es singular el equilibrio entre la virtud y la confianza en Dios, como resulta de esta respuesta dada a su hermano, que le recomendaba de cerrar bien las puertas:

Tengo tanta confianza y seguridad en Cristo Jesús, que con su gracia me defenderá de ladrones y bandidos, los cuales no podrían hacernos daño, ni a mí ni a mis hermanas.

El amor iluminaba y sublimaba todas sus cualidades, incluidas la capacidad de conocer las dificultades y los peligros espirituales del prójimo, en particular los de sus monjas:

Guárdese cada una de vosotras de toda mentira, porque el que cede a intenciones mentirosas, fácilmente cae también en otros pecados.

Hasta que no tuvo experiencia directa de las mentiras de los otros, ella estaba convencida de que todos fuesen sinceros y que a las palabras correspondiesen siempre la mente y el corazón. Ante la realidad de las culpas condenaba siempre el pecado, pero nunca el pecador.

Es necesario rezar intensamente por los pecadores, sufriendo con y junto a ellos, para que, separados por Jesucristo, no sean condenados.

De debilidades, más o menos secretas, de defectos y de tentaciones no combatidas, hacían experiencia también algunas de sus monjas.

Los pecados de una persona consagrada, aunque sean leves, tienen siempre una cierta gravedad, si esa no se opone a ellos, porque por los pecados leves, hechos voluntariamente, se llega a los graves. Es necesario, pues, hacer penitencia por todo pecado y considerar como un dolor toda ofensa que se hace o se ve hacer a Dios.

Yo conozco vuestras malas conversaciones secretas, vuestras tentaciones y vuestros pensamientos carnales, que son contra Dios y de grave daño para vuestras almas. Podría poner la mano sobre la cabeza de cada una que ha caído en tales pecados, pero no puedo avergonzarla y la corregiré en secreto.

Por eso decía también:

El alma pura y limpia no profiere palabras inmundas. Estas son manifestación de una mente no pura y generan el vicio, no sólo en quien las pronuncia, sino también y, a veces, mayormente en los otros.

A sus monjas decía –e hicieron experiencia de ello:

En la pobreza y en la indigencia sed pacientes: entonces os sentiréis más saciadas, que si tuvierais suficiencia de alimento

Incluso cuando al monasterio aflúan muchas ofertas, ella, dando a la comunidad y a cada monja aquello de que tenían necesidad, distribuía todo a los pobres, porque decía:

Los pobres son los amigos de Dios.

La experiencia contemplativa y mística de Clara se puede intuir y, en parte, comprender por cuanto nos ha recordado su hermano en el proceso para la canonización, refiriéndonos las palabras de su hermana:

La vida del alma es el amor de Dios. Por el amor el alma se une a Dios y se hace una sola cosa con él, y tanta es la amistad de Dios con el alma y del alma con Dios, que lo que quiere Dios lo quiere también el alma, y lo que quiere un alma semejante, lo quiere Dios mismo. Por eso no hay que maravillarse, si el alma, por el amor que tiene a Dios, está dispuesta a morir mil veces, antes que querer ser separada de Dios. Es más, la muerte misma, el dolor y toda tribulación le son dulcísimos.

No es algo digno de admiración que el alma ame a Dios, porque Dios es nuestro creador y nos ha creado a su imagen, nos ha redimido entre suplicios y con la muerte terrible de cruz, y es, además, nuestra providencia que nos gobierna, nos rige y promete la vida eterna, que nos dará fielmente sin falacia alguna. Por tanto, consideradas todas estas cosas tan grandes, el alma debe amar y honrar a Dios indivisiblemente y desgastarse a sí misma, ofreciéndose a Dios toda y siempre, según sus posibilidades.

Por la esperanza que tenemos en Dios, debemos soportar toda dificultad y toda tribulación; es más, si los sufrimientos fuesen mil veces más grande, los debiéramos considerar deleitables y dulces, relacionándolos con la bienaventuranza, que sobrepasa toda nuestra capacidad física e intelectual. ¿Quién enseña al alma, si no es Dios? No hay en el mundo una enseñanza tan buena como la de Dios.

Respondiendo a una pregunta de su hermano:

Una es la relación y la medida en las cosas espirituales y otra en las materiales. Lo podrías saber mejor, si en vez de pasar página constantemente, degustases espiritualmente las cosas que atañen a Dios. En efecto, algunas veces una criatura se eleva sobre otra, pero sin mejorar. En cambio, un alma espiritual saca ventaja de lo que entiende, degusta y siente; cuanto mayor es lo que entiende, degusta y siente, tanto más se eleva y es iluminada. Por eso, la desproporción que tú imaginas entre Dios y el alma no daña, sino que ayuda. Dios, por ser infinito, eleva el alma a aquellas cosas que ella puede comprender y retener. Por tanto, no hace falta que el alma sea infinita, porque es Dios el que le enseña cosas profundísimas.

Respuesta a la pregunta de un teólogo sobre ex 33,20 [“pero mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida”]

En el dorso está representado todo lo que se puede saber de Dios en esta vida; la cara representa la vida divina que no se puede ver en ésta, pero que será visión en la gloria.

Al ermitaño Gilio, que le había preguntado cuál es la vía más breve para dedicarse completamente a Dios:

La vía más breve para dedicarse completamente a Dios es obedecer a las inspiraciones divinas. La inspiración es divina, cuando el alma siente veneración, porque las buenas inspiraciones llevan al alma a temer de sí misma y a una profunda reverencia hacia Dios.

En los últimos años de su vida cantó. También en versos y rimas, la “Ciudad de Dios”. Algunas de sus expresiones se recordaron como pronunciadas en dialecto.

Io ajo Jesu Cristo mio crucifisso entro lo core mio [Llevo a Jesucristo mío crucificado dentro de mi corazón].

(Esta frase, repetida por Clara varias veces, fue una de las razones por las que las monjas decidieron, después de su muerte, abrir su corazón, donde encontraron los signos de la Pasión)

La penúltima tarde de su vida, a las monjas reunidas alrededor de su lecho, dejó lo que se podría llamar su testamento espiritual, así recordado por ellas en una breve síntesis:

... En la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, le ofrezco mi alma y le ofrezco a todas vosotras... Sed benditas por Dios y por mí. Y os ruego, hijas mías, de comportaros bien y de conservar bendecido todo el trabajo que Dios me hecho hacer por vosotras. Sed humildes, pacientes, obedientes, estad unidas en la paz y en el amor de Dios; sed mujeres tales que Dios que por vosotras sea siempre alabado.

Carta del obispo Gerardo, con la que se concede la Regla de S. Agustín.

Gerardo, por divina misericordia, obispo de Spoleto. A las queridas en Cristo Juana de Damiano, de Montefalco, y demás hermanas residentes en las casas de S. Cruz y S. Catalina del Bottaccio, en el poblado de Montefalco, de la diócesis de Spoleto. Salud en el que es de todos la verdadera salud.

A las que han elegido la vida religiosa es obligado prestar eficaz ayuda, para que, por medio de asistencia favorable, estén en disposición de servir al Señor en el santo vivir religioso.

En verdad, de parte vuestra se nos ha dirigido humilde súplica, para que, en vista de que las casas de S. Cruz y de S. Catalina del Bottaccio, cercanas al castillo de Montefalco, de la diócesis de Spoleto, en las que os disponéis a servir a Dios en paz, mediante la observancia regular, son bastante idóneas como lugar para la vida religiosa, os sea concedida por condescendencia de nuestro favor, una regla segura y las cosas que al lugar ordenado convengan. Nos, por tanto, alabando en el Señor vuestro propósito e invocado el nombre de Cristo, con la autoridad de la presente, decidimos concederos la regla del beato Agustín, regla que por vos y por las demás hermanas, que morarán en los susodichos lugares, queremos y mandamos que, en conformidad con los tiempos y según las posibilidades, sea en perpetuo inviolablemente observada. Os damos y os concedemos plena y libre potestad de erigir un oratorio con campana, en que alabar a Dios, y un cementerio para vuestra sepultura y la de vuestras hermanas, de coro o conversas, de acoger y recibir como socias y hermanas las personas que quieran abandonar el mundo. En reconocimiento, pues, de dominio, queremos que ofrezcáis cada año, a nosotros y a nuestros sucesores, una libra de cera. En testimonio de lo cual, mandamos hacer las presentes letras con la imposición de nuestro escudo.

Dado en la iglesia parroquial de S. Fortunato de Montefalco, el año del Señor 1290, tercero del Pontificado del señor Nicolás papa IV, intimación tercera, a diez de junio.

Datos cronológicos

- 1268 - Nace en Montefalco, en el condado del Castellare, de Damián y Giacomina.
- 1274 - Entra en el reclusorio fundado por la hermana mayor Juana
- 1281 - Pasa con la comunidad al nuevo reclusorio, llamado de S. Catalina del Bottaccio, que desde entonces toma el título de S. Cruz y S. Catalina.
- 1290 - El obispo de Spoleto, Gerardo, concede a la comunidad la Regla de S. Agustín; el reclusorio se convierte en monasterio
- 1291 - Muere Juana; Clara es elegida abadesa.
- 1293 - Recibe la impresión de los signos de la pasión de Cristo en el corazón.
- 1303 - Hace construir el oratorio monástico de Santa Cruz.
- 1305/6 Disputa con los herejes llamados “del espíritu de libertad”.
- 1308 - Muere el 17 de agosto “poco antes de la hora tercia”, en la iglesia de S. Cruz, a donde enferma se había hecho trasladar
- 1310 - Berengario de Donadio inicia el proceso diocesano, en calidad de vicario general del obispo de Spoleto.
- 1317 - El papa Juna XXII ordena el proceso “apostólico” para comprobar la santidad de Clara.

1881 - El papa León XIII, después de varias alternancias, manda reemprender el proceso y la proclama santa el 8 de diciembre.

Índice

<i>Introducción</i>	1
<i>Biografía</i>	5

Vida de Santa Clara de la Cruz

Proemio.....	5
Infancia y adolescencia.....	7
En el segundo reclusorio.....	12
Erección del monasterio. Clara abadesa.....	16
Experiencias interiores. Los pobres y los enfermos.....	22
Espíritu profético.....	26
Contra los errores del espíritu de libertad.....	35
La mística cotidiana.....	39
La última semana.....	47
Los signos de la Pasión.....	53
Los milagros.....	59

Apéndice

Los pensamientos.....	71
Letras del obispo Gerardo con que concede la Regla de San Agustín.....	77
Datos cronológicos.....	77

